

Concurso Jóvenes Escritores de Ciencia

Cuentos premiados



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
CÓRDOBA



ÍNDICE

	Pag.
El programa	3
Ganadores:	
Categoría A	
Primer Premio: El Agotamiento	4
Segundo Premio: Pipo: El Buscapersonas	11
Mención Especial: Gonde	16
Mención Especial: El internauta: Una cápsula para las virtudes	23
Mención Especial: El cuento de Agustín	29
Mención Especial: Catástrofes Mundiales	33
Mención Especial: Una historia para ser recordada	42
Categoría B	
Primer Premio: Leopoldo	49
Segundo Premio: El florecimiento del genio	62
Mención Especial: El descargo	72
Mención Especial: De amor y de ciencia	78
Mención Especial: Existir	86
Categoría C	
Primer Premio: Bola ocho	90
Mención Especial: Día del maestro	97
Mención Especial: Tibieza en una caja	103
Mención Especial: Divertimento	109

EL PROGRAMA

El Ministerio de Ciencia y Tecnología otorga premios y menciones especiales a cuentos con temáticas específicamente orientadas a la ciencia y la tecnología posibilitando a jóvenes investigadores y escritores la oportunidad de desplegar sus capacidades relacionadas con la divulgación, contribuyendo a hacer más accesible el conocimiento científico y a mejorar la percepción de la sociedad respecto de la Ciencia y la Tecnología.

En la última convocatoria se premiaron 16 cuentos en 3 categorías. La Categoría A integrada por jóvenes a partir de 12 y hasta 18 años; la Categoría B, que incluye jóvenes de 18 a 34 años y la Categoría C (como categoría anexa) incorpora a los mayores de 35 años.

Primer Premio Categoría A

Autor: Manel Monrós

Seudónimo: Jordi Nacente

EL AGOTAMIENTO

-...Y ahora seguimos con mas noticias internacionales.

- El fin de la guerra. Las tropas de Afganistán se acaban de rendir. El gobierno de EE.UU. dijo que retirarían las tropas a cambio de todo el petróleo.

- Volando por las calles. En EE.UU. se acaba de terminar de fabricar el primer auto que se eleva del suelo.

- Otra vic...

- Uh -comenté- tengo que ir al trabajo-. El auto casi no tenía nafta, eso me dio mas razones para apurarme. Llegué con lo justo a la estación de servicio -Voy a llegar bien pensé- pero rectifiqué mis pensamientos al ver un cartel que decía en grande -NO HAY NAFTA-. -Bueno -pensé- Habrá que caminar-. No lejos de allí había otra estación y allí fue donde me dirigí. Caminé y caminé cuando me detuvo un municipal.

- Disculpe señor; no se puede pasar, estamos pavimentando.

Por esa razón tuve que dar la vuelta a la manzana, pero mi desilusión fue más grande al ver que no había nafta. Ese día no conseguí y tuve que faltar al trabajo. Al día siguiente pensé en tomarme el colectivo, pero no funcionaban, así como tampoco los taxis. Me quedé en mi casa viendo el noticiero a ver que pasaba.

- ...otro yacimiento petrolífero se acaba de secar en Santa Cruz.

- Era el último que quedaba en esa provin...

- Ufa! -protesté- se cortó la luz otra vez-. Ese "otra vez" era porque se venía cortando varias veces todos los días. Como no tenía nada que hacer salí a caminar.

Quizás no había muchos autos pero si había mucha gente caminando. A pocas cuadras de la plaza escuché como que estuvieran dando un discurso o algo por el estilo. No me equivoqué; parado en varias sillas apiladas había un anciano con un guardapolvo blanco. No creía en la reencarnación, pero hubiera jurado que era Einstein. Estaba hablando y casi no se le entendía pero dijo algo más o menos así:

- Fuimos advertidos! Hoy, se secará otro pozo más y dentro de una semana habrá desaparecido todo. Debimos haber pensado antes en ello, pero hasta que busquemos, nosotros, otra solución regresaremos, literalmente, muchos años atrás.

No comprendía porque era tan terrible que se acabe el petróleo y decidí hablar con el.

- Profesor; le tengo una consulta

- Ahora no puedo. Tengo una reunión importantísima. Toma, te daré el número de teléfono y mi dirección.

Me dio un papel escrito rápido y casi ilegible. Tardé un tiempo en descifrar pero al final pude, era en la calle 2 de abril que quedaba lejos de casa. Pero como no tenía otra cosa que hacer decidí ir al día siguiente. Me levanté mas tarde que de costumbre ya que no tenía que ir al trabajo porque cerraron por falta de medios de transporte, entonces nos pagaban un 50% de lo que cobrábamos. Cuando fui caminando vi que en los supermercados ya casi no había mercadería. y casi todos estaban cerrados. Ya estaba agotado cuando vi un cartel que decía 2 de abril. Golpeé las manos y no me escuchaba y ya me estaba por ir cuando vi que venía. Me hizo pasar y yo accedí con gusto. En la entrada había una cocina-comedor y seguía luego un pasillo largo con varias puertas laterales y una al fondo a las cuales no entré todavía. Me ofreció café y yo acepté.

- ¿Cual es el propósito de su visita?- me preguntó.

- Simplemente quería saber porqué es tan grave el tema del petróleo si solo nos quedaremos sin medios de transporte.

- Me temo que usted se equivoca. Como usted habrá notado se están

produciendo muchos cortes energéticos; ¿Sabe por que?

- La verdad que no.

- Bien. La Causa de esos cortes energéticos es que casi no queda petróleo, y aprox. un 38% de la energía mundial, como la de esta localidad se generan a partir de él.

- Eso significa que nos quedaríamos sin electricidad.

- Está usted en lo correcto amigo.

- ¿Y de que viviremos?

- Amigo: el hombre y sus antepasados vivieron durante 2.000.0000 de años sin energía eléctrica, lo que pasa es que hoy no estamos acostumbrados a ello y pensamos que sería medio raro pero la gente del campo no tiene electricidad y sobreviven así.

- ¿Pero no hay una solución a esto?

- La mejor solución es usar energías renovables, pero no rinden lo mismo.

- No entiendo.

- Acompáñeme.

Fuimos por el pasillo y nos metimos en la última puerta hacia la izquierda. Allí había un laboratorio y una escalera que conducía a un piso arriba dónde había una continuación del laboratorio dónde había un telescopio, afiches, una pizarra con cuentas raras y un lío de papeles. Me explicó qué eran las energías renovables y pregunté por que no se usan esas que no gastan.

- Justamente, por lo que le decía: no es lo mismo la energía que consumimos que la de un panel solar, por ejemplo. Porque para que sea la misma energía debería llenar el jardín con paneles solares.

- ¿Y que propondría usted?

- Arreglarnos con eso mientras se busca una energía que la reemplace.

- ¿Y que hay de la nuclear?

- La energía nuclear se ha dejado de usar debido a los accidentes ocurridos.

- Y no la piensan volver a usar ni siquiera en estos casos?

- No. Y mucho menos para alimentar todas las ciudades que han funcionado con petróleo.

- Por que razón?

- Por la cantidad de ciudades que son. Imagínese usted todas las localidades con una planta nuclear; habría desastres a cada rato. Y ahora si me disculpa debo irme a atender asuntos de urgencia, puede venir cuando quiera.

- Adiós, fue un gusto conocerlo.

- Adiós.

Me acompañó a la salida, ya estaba oscureciendo, quedé realmente sorprendido por las complicaciones que tiene la ciencia, todas las cuentas que parecen imposibles, todas las palabras raras escritas en la pizarra, pero lo que me sorprendió más fue que haya gente que la entienda. El día estaba precioso; nunca había visto tantas estrellas, seguramente por las luces que ayer existieron y la oscuridad que hoy nació. Llegué con sueño. Pensaba en comer algo un minuto antes de ver con la linterna vacía la alacena vacía. Me acosté, pero no me dormí, me turbaba en la cabeza la idea de tener que conocer más ciencia y así fue que el día siguiente, con bastante sueño, lo primero que hice fue dirigirme a la casa del científico. Luego de mucho golpear las manos me atendió.

- Buen día joven. ¿Que lo trae otra vez por aquí?

- Vine a visitarlo profe, y a que me enseñe mas de ciencia; me pareció increíble que haya gente que entienda esas cuentas raras.

- Jajaja, la ciencia es complicada amigo, pero no es imposible su comprensión.

- Si me explica bien quizás podré entender.

El profesor comenzó con explicaciones larguísimas e incomprensibles, me tuvo que dar varias veces una explicación para que yo más o menos la entendiera. Luego de horas de explicaciones infinitas se fue oscureciendo poco a poco hasta que ya no quedaba nada de luz, el profe se cansó de hablar y sus dibujos casi no se podían ver, entonces sugirió que vayamos a ver por el telescopio. A pesar de la interesantísima

conversación que teníamos estaba muy ansioso por ver por primera vez por un telescopio. La vista fue maravillosa. Ver lo que eran en realidad esos puntitos blancos que siempre veía en el cielo sin ni siquiera interesarme por ello; ver esos planetas que nunca me puse a pensar como serían; ver y descubrir formas con las estrellas, fue realmente increíble, no dejaba de pensar en ello, de ser un astronauta y viajar hacia las estrellas a pesar de que el profe me dijo que eso por ahora era imposible. Con estas ideas locas regresé a mi casa, el profesor me acompañó hasta la puerta y desde el momento que crucé por ella hasta llegar a mi casa no dejé de mirar hacia el cielo. No podía creer que todo eso alguna vez haya estado todo comprimido y se haya expandido, de que quizás se vuelva a comprimir, de que haya tantas cosas mas allá de La Tierra, no dejo de pensar como me gustaría tener vida eterna para poder ver lo que suceda con el universo. Llegué a mi casa con ganas de conocer más, pero tenía tanto sueño que me acosté a dormir. Eran las 11:30 cuando me levanté, con un poco de dolor de cabeza pero que no impidió mis clases de ciencia y a las 11:42 ya estaba cruzando la puerta. El profe me recibió bastante impresionado por las ganas que tenía de aprender. Esta vez me enseñó de biología, vimos por el microscopio, que me sorprendió mucho más de lo que creía. Así transcurrieron las horas y se oscureció. Pero el profe me siguió contando biología y algo más de física. Esta vez regresé a mi casa sin poder dejar de pensar en todas las cosas que hizo la ciencia por nosotros: las vacunas, los remedios y no solo cosas para curarse sino toda la tecnología avanzada se descubrió gracias a la ciencia. Llegué a mi casa sin sueño pero con hambre, conseguí luego de mucho caminar carne y verduras. Las preparé y las comí con gusto. Durante toda la semana fui a la casa del profe y aprendí tantas muchas cosas increíbles excepto esas cuentas raras. Era realmente impresionante todo lo que aprendí; ese mundo científico lleno de cosas maravillosas e increíbles. Estaba tan entusiasmado que quise armarme un telescopio; así lo hice, luego de dos semanas ya estaba observando las estrellas. Realmente estaba contento y vivía pegado al telescopio, pero no me alcanzó; ahora quería un microscopio. Ahorré hasta tener lo suficiente para satisfacer esa

necesidad. A pesar de que el dinero casi no servía más el microscopio estaba carísimo, pero a pesar de ello pude comprarlo. La gente tenía hambre. Casi todos perdieron sus trabajos y pasaban hambre. Los únicos que no perdieron trabajo fueron los campesinos pero el trabajo se les hizo mucho mas difícil, los trabajadores del frigorífico pero tampoco era lo mismo, algunos negociantes a pesar de muchas complicaciones dejaron abiertos sus puestos, los maestros que estaban tan acostumbrados a la tecnología se tuvieron que adaptar, los que trabajaban en el estado y algunos otros como jardineros y sirvientes. Yo hacía algunos trabajos de jardinería y carpintería pero no daban mucha plata a causa de que casi nadie podía pagarlo. Tras haber transcurrido un tiempo el estado se organizó; le pagó a la gente por hacer algo, con la condición de que estén estudiando o hayan estudiado lo que permitió una sociedad con más educación. Seguí la carrera de ciencias naturales, lo que me permitió ampliar más mis conocimientos científicos que ya tenía. Cuando algo no entendía recurría al profe, a quien no le molestaba ayudarme. Transcurrió el tiempo y terminé bien mi primer año en la facultad, en las vacaciones no sabía que hacer entonces me puse a investigar y con mucho trabajo y esfuerzo logré colocar en la notebook un panel solar y crear así mi notebook solar. En la casa coloqué lámparas solares y de día las ponía afuera para que se carguen y de noche las volvía a poner adentro, entonces tenía luz. Además coloqué un panel solar para la heladera y la cocina eléctrica, así entonces se podía decir que tenía una casa a 220. A pesar del panel que tenía le agregué otro mas, para la radio y oras cosas. La Tv. ya no me servía, ya que no daban nada. El diario seguía saliendo pero ya no era lo mismo: salían las noticias que pasaron hace una semana. Con el me enteré que el único país que quedaba con petróleo era EE.UU. pero que en aprox. un mes se le acabaría. El profe se entusiasmó mucho con la notebook solar y propuso venderla. Luego de algunos meses teníamos los bolsillos llenos. Me compré un caballo y una carreta para poder transportarme. Además compré algunos libros científicos y aparatos de laboratorio. Transcurridas las vacaciones volví a la facu con todas las pilas puestas y con ganas de aprender esas cuentas raras. Dejé mi caballo en la caballeriza

junto con los demás. Cuando entré estaba todo iluminado, cosa que me sorprendió pero no le di mucho interés. Al día siguiente, con luz, volví a pasar por allí para ver como es que tenían luz, ya que no había ningún panel y encontré la respuesta; usaron el mismo sistema que yo: estaban todas las luces con clip colgadas en las paredes cargándose. No fue el único lugar, estaban en todas las casas con luces colgando en la pared, excepto 2 o 3. Parecía realmente los tiempos de antes sin autos y todo el mundo andando a caballo. Ya no había mas saqueos a supermercados ni robos, todo andaba mejor que antes, todos estudiaban y no había falta de dinero. Yo seguía estudiando todos los días, salvo cuando estaba enfermo que me quedaba en mi casa-laboratorio haciendo experimentos, observando el cielo y buscando respuestas a los problemas. Transcurrieron los años y fui descubriendo muchas cosas interesantísimas. Además me recibí de científico y descubrí algo para curar el cáncer con lo que me hice rico, además se lograron construir grandes usinas para generar energía solar. Lo mas importante fue que logré comprender que la ciencia es lo que nos brindó la vida, algo que yo siempre creí que era algo que no servía, que estaba solo para que los chicos se saquen unos, que esas cuentas raras tan solo estaban para complicar las cosas, ya que era lo mismo que hacer una cuenta "común". Así hoy aprendí las maravillosas cosas de la ciencia y lo interesante e importante que es que existiese y aprender de ella ya que fue la que pudo explicar cosas que nadie más.

Segundo Premio Categoría A

Autora: Denise Aylen Lazzuri

Seudónimo: Denu

“PIPO”: EL BUSCAPERSONAS

En una isla ubicada en el extremo oriental del Asia, existía un país lleno de historias, con diversidad de paisajes, en donde contrastan las montañas y praderas en la parte central de la misma. Sobre sus costas, pueden verse extensas playas de doradas y finas arenas bañadas por aguas transparentes color cielo.

Su gente es como la del resto del planeta, tiene comercios, trabajan en algunas pocas fábricas que aún existen, algunos son campesinos y otros artesanos. Respetan la tierra, la aman profundamente y están orgullosos de ser sus ciudadanos y representantes.

Rinden cultos a sus dioses, se divierten, respetan las fiestas, construyen su futuro sobre bases del pasado, sufren aman y sueñan.

A este país soñado, llegan turistas de todas partes del mundo tentados por los apacibles balnearios y por las construcciones con estilo oriental en las que el detalle es la constante de buen gusto.

El clima es caluroso durante casi todo el año, como corresponde a un país costero y cercano al trópico. Las lluvias son allí permanentes durante gran parte del año, por lo que la vegetación es variada; contrastando helechos, enredaderas, palmeras, árboles de gran porte y matas con vistosas flores de colores. En las noches, la luz de la luna sombrea en las costas vecinas al mar, las imágenes de las palmeras y de puestos artesanales extendidos a lo largo de las mismas.

La rutina de la mañana en sus calles es variada e interesante. Hay vendedores ambulantes, turistas, gente del lugar que concurre a cumplir con sus obligaciones a

las oficinas comerciales, vigilantes, mozos de bares y restaurantes típicos ataviados con trajes coloridos y vistosos.

Las calles están siempre limpias, no existen desechos ni desperdicios; sus pobladores se encargan de mantenerlas en orden y los visitantes se contagian de ellos, por lo que la higiene reinante resulta un bien común y un acto solidario.

Casi al final del verano pasado, las temperaturas reinantes, excedieron las marcas anuales previstas. Días de intenso y agobiante calor, preanunciaban algún cambio climático diferente de lo usual. El cielo estaba poblado de nubes permanentes por días, la marea iba creciendo, y eso se notaba en las aguas que desde el mar llegaban hasta casi la vecindad de las playas privadas de los hoteles más cercanos a la costa. El viento agitaba la copa de árboles y palmeras mientras dispersaba de una forma inusual las cristalinas arenas por las calles de la ciudad.

Con todos estos signos de la madre naturaleza, los medios de comunicación radiales y televisivos daban un alerta climatológico temprano, para que la población quedara advertida de posibles riesgos, buscara refugio, cuidara su vida y de sus pertenencias.

Así era de organizado y precavido este país.

Un medio día del mes de marzo, el cielo estaba mas gris que nunca, el aire era sofocante, el mar estaba agitado, los vientos soplaban en todas las direcciones desprendiendo ramas de árboles, arrasando techos, carteles y todo cuanto encontrasen en su camino y fueran capaces de transportar.

El mar cada vez se agitaba con más fuerza, caprichosas olas avanzaban sobre las aceras, inundando casas comercios y parajes costeros. La gente corría desesperada a buscar refugio en otros sectores mas seguros, se atropellaban entres si, gritaban, había desconcierto e incertidumbre. La fuerza violenta de las aguas destruía vidrieras y hogares desplazaba vehículos, postes de alumbrados públicos y las vistosas construcciones que eran la envidia de muchos visitantes.

La tranquilidad y la belleza reinantes hasta ese día se transformaron en sombras

del pasado.

Poco a poco los gritos se transformaron en clamores, pedidos de desesperación y de solicitud de auxilio, reinaban por doquier. Casas destruidas totalmente, mamposterías vencidas atravesaban las calles, mientras la altura de las olas avanzaba hora tras hora minuto tras minuto. Sin dudas que entre escombros, agua y todo lo que ésta fue arrastrando en su camino quedaron vidas humanas, animales, valores personales y culturales sepultados.

Las advertencias y las presunciones de los pobladores más baquianos en meteorología resultaron insuficientes para avizarar semejante desastre natural.

Se establecieron alertas por doquier, las comunicaciones nacionales e internacionales anunciaban el fenómeno y solicitaban ayuda humanitaria y solidaridad con el pueblo de la isla.

Desde un país vecino, un conjunto de profesionales dedicados a las ciencias exactas, estaban diseñando desde hacía más de tres años, un complejo aparato que tenía como misión ayudar a buscar personas en situaciones de desastres naturales o en accidentes.

El dispositivo apodado “buscapersonas”, era una especie de vehículo lunar teledirigido, con ruedas todo terreno, impermeable al agua y resistente a nieve y viento, con capacidad de desplazarse por término de varias horas, comandado desde una distancia prudencial de varios kilómetros a través de un control remoto. Contaba además con varias lentes acopladas, y un sistema de pantallas de registro y cámaras para fotografías. Antenas dispuestas en su cabina anterior, podían dar la señal de alerta, toda vez que se aproximaba a cuerpos humanos o de animales.

El buscapersonas se diseñó como parte de una propuesta de trabajo en horas de óseo de aquellos estudiosos de las ciencias, pero parecía el momento y el lugar para llevar a la prueba los alcances del proyecto.

Así fue como Juan y Pablo diseñadores de la máquina en cuestión, viajaron sin

interés alguno a ese país abatido por la desgracia, para brindar con su contribución tecnológica la ayuda pertinente para buscar personas desaparecidas o afectadas por el temporal.

Tras arribar al país, fueron recibidos por el jefe de operaciones de rescate quien en un vehículo oficial los trasladó hasta el sector más damnificado. Luego algunos saludos protocolares con autoridades del lugar, pusieron en funcionamiento al invento, con todo el temor de que las cosas no salieran bien, como resultaba lógico de suponer por la presión a la que estaban expuestos.

Conectaron los cables, ajustaron los telecomandos, encendieron el motor interno y dieron la orden de partida. Las ruedas de aquel vehículo sorteaban cualquier terreno, era estable y firme, parecía estar más decidido que las motivaciones de sus creadores y que la suma de todos los responsables de los rescates. Atravesaba puertas y ventanas, se deslizaba sobre bordes de columnas vencidas, techos de automóviles y ramas de árboles caídos. Sus antenas giraban cientos y miles de veces, se detenían para fotografiar sectores, al tiempo que enviaban las señales a las cámaras de recepción que operaba Pablo.

Nada aparecía en los primeros cinco minutos de registro. Nada que tuviera que ver con vida humana o animal. Algunas caras de dudas y gestos de desconcierto se intercambiaban entre los presentes. Juan y Pablo seguían compenetrados en su tarea de registro y control, confiados en que la propuesta no iba a fallar y que contribuiría al bien común en esa situación de catástrofe.

Cada minuto que pasaba y no aparecían datos positivos de vidas, resultaba angustiante y generaba mayor incertidumbre y desconsuelo. Pablo y Juan no se atrevían a observar a su alrededor, para no ser interpelados por autoridades y por algunos reporteros que trataban de registrar las primicias de la experiencia.

Tras casi diez minutos de operaciones con el buscapersonas, obtienen la primera señal de registro en la que se individualiza a un niño entre los escombros de una habitación derrumbada.

Parecía estar llorando desconsoladamente y agitando los brazos como solicitando ayuda.

Las caras de desconfianza se trasformaron en rostros de esperanza. Ahora Juan y Pablo sentían que sus corazones latían con más entusiasmo. Las brigadas de rescate partieron con los datos perimetrales aportados por los inventores del diseño. Hubo gritos, aplausos y mucha, mucha esperanza.

Entre los escombros tras veinte minutos de espera, aparecieron los rescatistas con el menor en los brazos de uno de ellos, los paramédicos lo tomaron precipitadamente y le dieron la asistencia que se brinda en estos casos. Al preguntar como se llamaba respondió Pipo.

Pipo, quedó en control observación en un improvisado hospital de campaña.

Mientras todos cumplían funciones en ese modesto y trágico escenario, se iban sucediendo nuevas identificaciones de cuerpos heridos vivos y también de otros fallecidos. Los socorristas y paramédicos no daban a vasto, se sumaban pobladores y brigadas de organizaciones que llegaban desde remotos lugares para colaborar en forma incesante.

Tras casi veinte horas de agotadora jornada de trabajo, se pudieron identificar más un centenar de vida y otro tanto de cadáveres. El cansancio de Juan y Pablo se notaba en sus rostros. Solo paraban para tomar un poco de agua o café de vez en cuando, mientras la máquina diseñaba parecía no agotarse ni desvanecerse. Ella tenía una misión y estaba decidida a cumplirla a rajatabla.

Parecía como si a su constitución tecnológica se le hubiera infundido una impronta de preservación de la especie, una cuota de esperanza.

Ese mismo día los creadores del diseño del “buscapersonas”, decidieron bautizarlo con algún nombre al aparato. Por esas extrañas coincidencias de las almas que tienen objetivos en común decidieron llamarlo PIPO...

Mención Especial Categoría A

Autora: Sofía Daniela Depetris

Seudónimo: Las huellas del tiempo

GONDE

Nací un veinte de abril, día lluvioso según me lo recuerdan mis padres, se había cortado la luz, todo muy extraño, pero nada interrumpió mi nacimiento. Crecí mis primeros tres añitos en Córdoba, llenos de ilusiones, alegría, risa como todos los primeros años de vida, son excepcionales. Cuando cumplí seis años me mudé a Cosquín donde emprendí la escuela, 1º grado, algo muy importante y tierno, con mi guardapolvo blanco y nuevo, reluciente, una primaria increíble, fabulosa con muchos amigos a los cuales los tuve que dejar atrás cuando cumplí doce años. Me mudé nuevamente pero esta vez definitivo, estoy en La Calera, un pueblo pequeño, vivía entre las sierras, era feliz mi adolescencia la describo sencilla, pero era tan divina que parecía de no creer. Allí es donde conocí a mi amigo, con el que comparto la secundaria, somos geniales. Recuerdo cuando nos conocimos, fue una tarde de otoño, estaba frío, yo iba caminando por la calle de tierra que conduce hasta mi casa, él, que se llama Santiago venía en una bicicleta, y al verme se distrajo y cayó, yo corrí para ver si estaba bien y de paso ayudarlo y comenzamos a hablar, de ahí en adelante no nos separamos más y compartimos muchísimas cosas juntos. Tenemos ideas muy locas, construíamos chozas bajo los árboles y jugábamos por horas, también recuerdo que hacíamos competencia de bicicletas, y muchísimos juegos más. Ahora estamos en facebook todo el día, hablamos por celular, debes en cuando nos vemos para realizar tareas recreativas y matar así el tiempo, una vez nos juntamos en su casa con su mamá que se llama Lucía, su papá Francisco y su hermana Santina, que tiene nueve añitos. Esa tarde fuimos a su habitación, estábamos escuchando música y cantábamos como dos locos. Reíamos a carcajadas cuando de pronto nos miramos y se nos ocurrió una

gran idea. Santiago y yo queríamos crear un proyecto algo extraño, diferentes de los demás, esta idea surgió por que antes nos habían comentado que se iba a realizar una feria de Ciencias y Tecnología que siempre se realiza y nosotros no habíamos participado jamás, y era un buen momento, como premio final o al mejor trabajo era de \$ 1.000.000, y eso nos motivaba aun más, pero igual si perdíamos nos queda una buena experiencia, era particular el trabajo, no nos iba a representar ninguna escuela ni institución. Como idea principal se nos planteo la necesidad de tener un aparato que nos ayude y facilite las tareas que realizamos, algo así como un robot. La feria era el 13 de octubre y nosotros estábamos a 27 de marzo, teníamos tiempo, cada uno por su lado empezó a diseñar ideas de robots, dibujábamos cada garabato hasta que relacionamos partes de un dibujo con otras de otro dibujo y ¡Chan Chan! Quedó la idea final.

El sábado siguiente nos juntamos para poner manos a la obra y comenzar a trabajar, buscábamos materiales por todos lados, los examinábamos, los limpiábamos y los guardábamos para ver que utilización le podíamos dar. Como siempre, las horas que pasábamos juntos, pasaban volando y se hacía de noche y cada uno tenía que volver a su casa y allí finalizaba la aventura.

En la semana iba al colegio con él pero solo hablamos de estudio, no mezclábamos las cosas extraescolares.

Él tenía síntomas de una enfermedad, pero no sabíamos cual era, entonces debía ir al médico para que le diagnostiquen algo. Sentía dolores en los huesos y articulaciones, dolor abdominal, tenía anemia, sangraba y le salían moretones, entonces el médico le pidió unos estudios. Al cabo de unos días Santiago fue a realizarse unos estudios que estarían listos la semana siguiente.

Mientras yo estaba muy preocupada por él, siempre le preguntaba si se sentía bien. Le pedí que me avisara cuando iba a volver a ir al médico así lo acompaño y de paso me informo un poco de lo que esta sucediendo con él.

Nos juntamos el día que le entregaron los análisis, nos pusimos a trabajar en el robot para distraernos un poco y sentirnos mejor y despreocupados, para cuando ya queríamos acordar se terminaba la tarde y ya íbamos por la mitad del robot, teníamos lo que era la parte externa, el cuerpo, pero nos faltaba el sistema nervioso, digamos el cerebro para que pueda funcionar, estaba tan entusiasmada con el robot que hasta nombres se me habían ocurrido para ponerle.

Al día siguiente, en el colegio hable con él y quedamos que a la salida íbamos a ir a ver al médico por que él ya tenía los análisis. Llegó el momento y fuimos, estábamos nerviosos, ansioso, teníamos todo tipos de sensaciones mezcladas. A la 2:15 horas el médico abrió la puerta y pronuncio su nombre, nos miramos y entramos, nos pusimos cómodos y Santiago le mostró los análisis, el médico llamado Damián Ramos nos miró con preocupación y pregunto si nos había acompañado un mayor le conteste que no. Damian empezó a explicarnos sobre una enfermedad, lo único que se me cruzaba por la mente en ese momento es que Santiago la podía tener y mi intuición no me fallo, él portaba cáncer de sangre también conocido como leucemia, nos explico que tenía cura y nos dio un informe sobre la misma. El informe decía:

La leucemia se cura, aunque no siempre y no en breve plazo, pero los índices de curación aumentan cada año ya que los avances médicos son casi constates

El trasplante alogeneico de médula ósea es el que se utiliza con mayores perspectiva probadas de actuar contra la leucemia. Para realizarlo se necesita un dador compatible que se establece con un estudio donde se determina la conformación genética y la posibilidad de que el órgano nuevo sobreviva y tolere al huésped. Porque como los glóbulos blancos forman parte del sistema inmune, si reconocen como completamente extraño al transplantado crean una reacción tal que puede llegar a matar al paciente. Esto se llama reacción de injerto contra huésped. Es decir, la médula ósea del donante reacciona contra el organismo del receptor.

Pero, justamente la condición inmunitaria es lo que se aprovecha como efecto terapéutico para obtener otra respuesta llamada de injerto contra leucemia. Es decir

que esa reacción de la médula nueva, sana, debe ser tal que combata a las células cancerosas pero sin perjudicar al huésped. ¿Cómo se logra esto?

La acción antileucémica del trasplante tiene dos fases. La primera es poder administrar un pico de quimioterapia que sería letal si no lo sucediera el trasplante. Se puede utilizar esa dosis letal porque es sucedida por el reemplazo de la médula ósea, que quedó vacía, con células nuevas que vienen de afuera y no estuvieron en contacto con la quimioterapia.

Este régimen, barre, crea el espacio que pueda ser ocupado por la nueva médula. O sea que, por un lado, la quimioterapia tiene un efecto antileucémico directo. Y al sucederle el trasplante, la médula del dador actúa sobre el cáncer por no reconocer como propia las células de la leucemia, y lo ataca inmunológicamente. El equilibrio del tratamiento es controlar esa reacción de injerto contra huésped para que tenga su efecto antileucémico pero que no termine aniquilando a la persona. Es una de las complicaciones que se controla con medicación.

El autotrasplante es más sencillo. El paciente tiene que haber respondido a la enfermedad con el tratamiento de quimioterapia y encontrarse en remisión (sin leucemia aparente). Entonces se le extrae médula ósea, se guarda crió preservada (en frío); se le aplica el tratamiento condicionante con quimioterapia, y se le devuelve la médula ósea guardada para repoblar la cavidad vacía.

También agrego que la operación referida anteriormente constaba \$ 1.000.000, como el premio de la feria a la cual íbamos a participar, se nos llenó el corazón de ilusión con solo saber que había una esperanza de costear esa operación siempre que ganemos. Cuando llegamos a casa de Santiago hablamos con Lucía, y quedo sorprendida con lo que nos había dicho el médico, y nos dijo que ella iba a ver como hacer para costear la operación y nosotros le contamos nuestra estrategia.

Pasaron cuatro meses y estábamos en junio, ya faltaba menos para la feria, entonces decidimos terminar el robot, fue un sábado a la noche que lo terminamos y le pusimos

como nombre Gonde, era las primeras letras de nuestro apellido, el de él es Gonzáles y el mío es Depetri. Gonde funcionaba a baterías, caminaba y comía.

Santiago no dejaba de lado su preocupación, igual que yo, y sus síntomas estaban a flor de piel como las esperanzas que teníamos de ganar. Cada día que pasaba era una eternidad.

La inscripción previa para participar de la feria era el día lunes 10 de octubre, por la mañana, en la universidad misma donde se realizara la feria. Ese día faltamos al colegio para ir a inscribirnos, llenamos el formulario y ya quedamos inscriptos, solo nos dieron una planilla donde detallaban el horario en el que teníamos que asistir el primer día y las programaciones de los siguientes tres días que duraba.

Mientras contábamos los segundos, los minutos, las horas y los días para que llegara solamente comíamos nervios, era increíble, era nuestra primera vez en exponer nuestras locas ideas a la gente y compartir opiniones. Para distraernos jugábamos en la plaza, como niños.

Recuerdo tan bien el 19 de julio, cuando por la mañana en el colegio, Santiago sufrió un desmayo, causa seguramente de la anemia por la enfermedad, estaba asustada, decidí retirarme del colegio para acompañarlo y estar pendiente de sus reacciones. El médico dijo que tenía que estar en observación, mínimo una semana. Le diagnosticó bajas defensas por lo que le recetó pastillas de hierro. El siguiente lunes 26 volvió a su casa, estaba mejor por lo menos tenía color en la piel. No me despegaba de él ni por un segundo, tenía miedo de perder un amigo. Esa noche me quede en su casa, y antes de irme a dormir fui a hablar con él, entre en su habitación y le dije:

- Santi necesito confesarte algo muy importante.
- Si, ¿que pasa Sofí?
- Estoy un poco avergonzada, pero te lo voy a decir, (estaba sonrojada y me temblaba la voz, espere unos minutos y seguí) me gustas, estoy enamorada de vos desde hace tiempo, y no me gustaría perderte, espero que esto no nos distancie. (Me pare y me fui de la habitación)

Al día siguiente me levante y me fui, luego Santi me llamo por teléfono para ver si estaba bien y pregunto por que no me había quedado a desayunar con él, pero eran muy obvias las razones que le cambie de tema inmediatamente.

Los días pasaban iguales, era una eternidad, hasta que por fin entramos al mes de septiembre, una tarde de sábado Santiago fue a mi casa para invitarme a tomar un helado, nuestra relación no había cambiado, pero igual yo lo miraba con otros ojos. Esa tarde le hable de lo increíble que es la ciencia y la tecnología, como avanza, y como nosotros nos podemos curar de las enfermedades, como en su situación, luego me acompaño hasta la puerta de mi casa, nos despedimos y me quede a contemplar como se borraba su silueta a través de la oscuridad.

Y llego octubre, el mes tan deseado, faltaban trece días, y se pasaron volando, fuimos a la hora que decía en la planilla, armamos el Stans en donde íbamos a estar, pasaba gente de organización preguntando como estábamos y nos dejaban una planilla de evaluadores a donde firman para asegurarse de pasar y dejar constante que nos evaluaron. Las puertas al público se abrieron a las 8:10 horas. No entraba casi nadie muy pocas personas, y así se mantuvo hasta el tercer y ultimo día, en donde entraron muchísimas personas y nos fueron a visitar profesores de tecnología felicitándonos por el trabajo realizado. Ese día se iban a saber los resultados del ganador, eran ya casi las 20:00 cuando anunciaron por un micrófono que la exposición se cerraba y se realizaba el acto donde dieron el nombre del trabajo ganador, era el nuestro, que emoción, lloraba de felicidad mientras lo abrazaba a Santi. Esa noche para festejar cenamos todos juntos en mi casa.

El lunes siguiente fuimos a visitar al médico, para decirle que se podía operar Santiago, fue Lucia, Santiago y yo, el médico nos paso un contacto para comunicarnos sobre la operación. Hablamos con el cirujano y quedamos en ir a visitarlo para hablar sobre el tema, fuimos ese día a la tarde, nos dijo los riesgos que había y fijaron fecha, hora y lugar para la operación. Llego el día, Santiago ya estaba listo, después de horas en el quirófano salio el cirujano diciendo que todo fue un éxito y que se tenía que quedar

internado para ver su evolución. A la semana Santiago ya estaba en su casa, estaba reluciente, lo único que me dijo es que me amaba y también una frase muy particular: “Gracias a la tecnología y a la ciencia hoy estoy vivo, por que la tecnología me hizo ganar para pagar lo que la ciencia va a lograr”

Fin.

Mención Especial Categoría A

Autor: Gaspar Fabricio Lazzuri

Seudónimo: Gaspo

“INTERNAUTA”, UNA CAPSULA PARA LAS VIRTUDES

Al final de un frío y largo pasillo, en el ala este del pabellón de Ciencias Biológicas se encuentra el laboratorio experimental de la Cátedra de Ciencias Aplicadas de la Universidad Nacional. La puerta de acceso es de cedro barnizada, sus pisos de entablonado de pino encerado, contrastan con los blancos azulejos de las mesadas ubicadas a ambos lados del ambiente. En su centro hay dos escritorios metálicos cubiertos de libros apilados, apuntes, planillas de registros, un teléfono fijo, una computadora con un monitor y una impresora.

Sobre aquellas se pueden observar tubos de ensayos, gradillas, balones, pipetas, alambiques, una balanza electrónica, una estufa de esterilizar y una vitrina con una veintena de frascos conteniendo varios tipos de reactivos.

Ese es el escenario de trabajo de los doctores Facundo Echenique y Antonio Sepúlveda, dos abnegados científicos que dedicaron mas de un cuarto de siglo a la investigación básica y aplicada. Ambos decidieron embarcarse desde hace más de dos años, en un ambicioso proyecto de investigación con el objetivo de sintetizar una cápsula con micro gránulos, que una vez liberados en el organismo permiten conocer los deseos y las emociones de las personas que las ingieren; permitiendo modificar conductas o mejorarlas en el caso de que fueran perjudiciales o peligrosas, a través de intervenciones médicas, psicológicas o laborales.

Tras arduas jornadas de trabajo y estudio, lograron la molécula que incorporaron a formas de gránulos microscópicos y finalmente los vertieron a una cápsula plástica digerible a la que apodaron “internauta”.

Con este paso concluido, se concretaba solo uno de los tantos peldaños del proceso de Investigación, pero resultaba el pilar esencial y necesario para continuar con la fase experimental que sucedería a continuación.

“Internauta” fue celebrada con gran júbilo por los investigadores y por todo el cuerpo directivo de la casa de estudios. Hubo brindis, llamados telefónicos de otros centros de investigación, conferencia de prensa y hasta publicaciones en los diarios y periódicos del medio, destacando el logro de estos dos profesionales y de lo inquietante del descubrimiento.

A partir de ahora comenzaba un tiempo de desafío, en el cual se debía comprobar que “internauta” era capaz de cumplir con el objetivo de captar las emociones de todos aquellos sujetos sometidos a la prueba. Era necesario trasladar la molécula sintética a los seres humanos y cumplir con los requisitos del protocolo de diseño experimental, para lo cuál debían buscarse voluntarios dispuestos a participar del estudio, respetando todas y cada una de las normativas vigentes avaladas por los programas científicos internacionales.

Facundo y Antonio trabajaban sin cesar en el diseño experimental. Cada vez era mayor la fatiga y el tiempo que invertían en el proyecto, descuidando aspectos fundamentales de la persona como comer, esparcirse y descansar. El agobio no solo afectaba aspectos esenciales de sus vidas sino que reducía las alertas y respuestas en el trabajo.

Una tarde antes de retirarse del laboratorio Antonio dejó al descubierto el envase en donde se guardaban las cápsulas con “internauta”, quedando algunas sobre la mesada de trabajo diario, sin las correspondientes alertas para quienes no fueran del sector.

Don Ramón Ortiz, personal de maestranza y de vigilancia de la casa de altos estudios, pasaba noche tras noche a dar los retoques de limpieza necesarios en cada una de las oficinas del pabellón. Era un empleado de extrema confianza, prolijo, cumplidor, respetuoso y siempre de buen ánimo. Vestía habitualmente un pantalón de trabajo y un delantal mangas cortas, largo hasta las rodillas, de color azul Francia que

combinaba con un pañuelo a cuadros celeste y blanco, anudado alrededor de su cuello. Solía cantar en voz baja mientras cerraba ventanas y puertas que algún olvidadizo dejara abiertas, repasaba con una gamuza naranja el polvillo de mesadas y escritorios.

Casi como una constante, todas las habitaciones del pabellón eran barridas por Ramón con un escobillón de hilos de lana embebidos en algún líquido para lampazos, dejando hasta la mañana siguiente el aroma a hidrocarburos impregnados en todo el ambiente. Al pasar cerca del lugar de trabajo en el laboratorio de los doctores Echenique y Sepúlveda, advirtió que algunas cápsulas dispersas eran similares a las que de vez en cuando, el primero de ellos, le indicaba para sus dolores de estómago; en esas atenciones de favor que solía hacerle. Decidió tomar una de ellas e ingerirla con un vaso de agua de canilla, para ver si conseguía alivio a su pesar, que noche a noche parecía reavivarse.

Luego de haber finalizado la ronda de limpieza nocturna de los laboratorios y aulas, se dirigió a la cocina para un merecido descanso y para tomar alguna colación como solía hacerlo rutinariamente, mientras escuchaba el programa radial de folklore y tango que le servía de compañía, desde que comenzó con esta tarea allá por los meses de julio de 1978.

Cerca de la una y treinta de la madrugada, comenzó a sentir una extraña sensación, diferente a la que experimentaba toda vez que tomaba los antiácidos indicados por el facultativo del laboratorio experimental, en ocasiones en las que presentaba fuertes dolores de estómago.

Don Ramón comenzó a recordar detalles de su infancia, de sus años escolares, de su juventud, de su primer trabajo, de sus amoríos, de su paso por el servicio militar...

Las imágenes se sucedían como cuadros de una película sin interrupciones; sentía un profundo frío en todo su cuerpo que contrastaba con el calor de la estufa radiante de la habitación en la que se encontraba; su frente estaba colmada de sudor, su corazón latía aceleradamente y las respiraciones se entrecortaban por momentos.

El tiempo parecía detenerse en aquellas instancias más dolorosas de su vida. Estaba allí en el medio del funeral de su padre, viendo como su madre lo lloraba con desconsuelo. Por momentos, se entrelazaban los recuerdos sintiendo la misma angustia y pena, al ver como agonizaba su pequeño cachorro pequinés luego de que lo aplastara una camioneta del sodero del barrio. No estuvieron exentos en los recordatorios, las prohibiciones para jugar a la pelota con amigos del barrio, por esas malas notas de matemática y lengua instituidas por su madre como parte del arte de disciplinar. Por momentos aparecían los de la pelota de trapo, las tardes de carnaval, las bicicletadas y las trepadas por las tapias de vecinos para juntar mandarinas a la hora de la siesta, con las consabidas consecuencias sobre los codos o rodillas.

Prosiguieron los cumpleaños con piñatas, la mañana siguiente a la nochebuena y los ansiados regalos tras la carta para el Niño Dios, las calles de tierra camino al colegio, la maestra del primario; devanándose como hebras de un tejido que se desarman para volver a entretejer otra prenda.

La sucesión de recuerdos resultaba inagotable. Retomaban una y otra vez todas las etapas de la vida de Ramón contactándolo con esas experiencias vitales significativas que lo forjaron como hombre y como ciudadano.

De pronto, el recorrido por su pasado se detuvo. Se sintió transportado ahora a un sitio del universo parecido a la cima de una montaña; rodeado de un silencioso paisaje, donde el esta vez, era expresar deseos y anhelos que pudieran concretarse para él o para terceros.

Quedó impávido por la propuesta. No sabía que solicitar ni hasta donde llegar con sus peticiones.

Pensó pedir primero en todo lo que había añorado para sí mismo y no había logrado concretar; pero le parecía demasiado egoísta. Prefirió el bienestar general por sobre el particular, y sin quererlo estaba desarrollando el sentido de la solidaridad, que percibía como una faltante en la sociedad en donde se desenvolvía.

En segundo lugar, bregó para que cada ser humano y mientras más importante fuera su función o cargo, aprendiera a equilibrar las acciones antes de ejecutarlas, haciéndolas maduras y beneficiosas para todos. Sin consideraciones de rigor estaba solicitando que cada uno actúe con prudencia lógica y racional. También, para que aplique su racionalidad fría e inamovible con el objetivo de percibir las cosas tal cual son. Con esto Ramón trataba de pedir templanza, esa especie de fuerza interior que nos hace aceptar los desafíos de vida y cualquier obstáculo que se va interponiendo en nuestro camino por la vida.

Por supuesto que la templanza no podría existir, sin esa resistencia interior y corporal que permite mantenernos erguidos ante los constantes desafíos cotidianos llamada fortaleza.

Como último deseo solicitó que cada persona tenga y se le asigne lo que corresponda según estado y función. Con esta petición, reclamaba justicia para todos; así sin quererlo la cápsula había promovido en Ramón el deseo de las virtudes.

Ahora sentía calma, su cuerpo parecía descansar entre algodones y su corazón ya no latía aceleradamente como antes. Logró dormir profundamente en su sillón de madera y cuero por término de dos horas, cuando percibió sobre sus hombros la mano de Facundo Echenique, quien había venido más temprano de lo usual. Lo notó distinto, su cara traslucía paz y felicidad. Al indagar como había pasado su noche, Ramón le confió con lujo de detalles lo que había experimentado. Lo escuchó absorto, resultándole un tanto intrigante la conexión del relato y el mecanismo de acción de la cápsula sintetizada tiempo atrás por el trabajo conjunto con Sepúlveda. No tomó como todas las mañanas el café que el portero le preparaba; salió apresuradamente de la cocina, atravesó ansioso toda la extensión del pasillo, abrió la puerta del laboratorio y fue grande su sorpresa cuando advirtió el descuido de haber dejado el frasco de las cápsulas de “internauta” abierto, sobre la mesada más algunas de ellas derramadas.

Enseguida ratificó su primera sospecha, estableciendo una relación de causalidad entre el relato de Ramón y los objetivos buscados con el diseño experimental.

El estudio había tenido, casi sin quererlo, su primer voluntario accidental y los efectos pretendidos habían podido visualizarse.

“Internauta” logró repasar y construir la biografía de Ramón Ocampo en una apretada síntesis, además de despertar anhelos y deseos de virtudes humanas, con una justificación propicia extensible a todas las personas, concentrando las mismas en todo aquello que resulta positivo y que nos hace crecer como individuos y sociedad.

Desde el viejo teléfono negro, Facundo, cada vez más exaltado llamó a su colega informándole lo sucedido, mientras sentía los pasos de Ramón que se aproximaban al laboratorio, tratando de buscar una explicación de su inusual e inesperado comportamiento.

Mención Especial Categoría A

Autor: Sabrina Yohana Martinz

Seudónimo: Sasa97

EL CUENTO DE AGUSTÍN

Hace mucho tiempo en un lugar llamado Florianópolis, había un niño muy tímido al que le decían Pepe, aunque su verdadero nombre era Agustín. Al ser muy tímido, no tenía amigos donde vivía con sus padres; además, ellos no querían que tuviera mala influencia, pues en ese barrio ningún niño hacía caso ni estudiaba. Y es por eso que se pasaba el día pensando, viajando con las lecturas con las que se entretenía.

Él era muy imaginativo y le encantaba escribir, pero ese día no tenía donde redactar su cuento porque en el colectivo le habían robado la mochila. Pero nada le impedía a su mente empezar a imaginar e inventar una historia.

-Puede ser de una hoja... o, tal vez de un tornillo -pensaba Pepe-. ¡No, ya sé, de un serrucho! Pero, para qué lo necesitarían...haber... haber... ¡dale, Pepe, piensa! – Se decía- ¡Ufa, necesito hojas así por lo menos hago un borrador. ¡Ya sé, voy a llamar a mi padre y decirle que al volver de su trabajo me traiga hojas y lápices! Pero mientras tanto... - y en su cara apareció una sonrisa...

Recostado en su cama, comenzó a pensar...Un hombre... compró... ¡un serrucho encantado, y al cabo de un tiempo se hizo su amigo! No, no, – dijo- no queda bien.-A un hombre llamado... quién sabe cómo...le regalaron un serrucho que estaba encantado, y que hablaba-empezó a relatarse. De pronto empezaron a ladrar unos perros. Quiso ver qué pasaba y al hacerlo se distrajo tanto que olvidó qué había narrado hasta ese momento. Y se quedó dormido.

Unas horas después se despertó porque sintió el ruido de una puerta que se abría. Pensó que había salido su madre. Pero no, porque la escuchaba hablar con alguien en el comedor; fue a ver y...

-¡Sí!-dijo- ¡Es mi padre! Y corriendo efusivo y ansioso hacia él-¡Pa ¿me trajiste lo que te pedí?!-

-Sí, hijo, acá están, toma, pero ¿Para qué las quieres?-le respondió el padre.

-¡Gracias, es para hacer un cuento! Esta mañana me robaron la mochila en el colectivo, así que no tenía hojas ni lápices para escribirlo-le dijo al padre, que junto con su madre, lo miraban con cara de asombro y preocupación-¡Cuando termine se los muestro!- y salió corriendo. Pasó por la cocina, tomó agua, picó unas galletitas que estaban en la mesa, y subió las escaleras; fue al baño y luego hacia su habitación. Cerró la puerta y dijo: ¡Bien! Ya comí algo, tome agua y fui al baño, ahora nada me puede distraer-. Y empezó a escribir.

Al cabo de un rato entró su madre a la habitación y le avisó que había empezado su programa favorito de televisión. Bajó las escaleras y se puso a ver la tele. Al terminar el programa, volvió a la habitación y retomó el cuento.

-Haber... Había una vez un hombre llamado Pablo que decidió hacerles una casita de árbol a sus hijos-. Se detuvo.- No, el nombre Pablo no me gusta y empieza igual que todos los cuentos- dijo- Bué, que se llame... ya sé, Roberto. Voy a empezar de nuevo... Roberto estaba lleno de herramientas viejas, pero no por eso poco útiles; todas servían...- Hasta ahora me gusta- pensó.

Después de una hora logró terminarlo; lo leyó de nuevo, se fijó en la ortografía y dijo - Ya está, listo; tengo que ponerle un nombre y queda totalmente terminado. Así se lo podré mostrar a mis padres-. Pasó media hora y no se le venía ningún nombre a la cabeza, así que decidió leer títulos de otros cuentos para ver si de allí podría sacar algo.

Al cabo de un rato, bajó las escaleras corriendo, fue hacia donde estaban sus padres, y muy nervioso les dijo: ¡Ya termine el cuento! Acá les dejo la hoja para que lo lean y después me dicen qué les pareció.

Mi amigo el serrucho: Roberto estaba lleno de herramientas viejas, pero no por eso poco útiles; todas les servían. Él tenía un afecto especial por esos instrumentos de

trabajo, y como era muy fantasioso, cada uno tenía un nombre especial... ¡y conversaba con ellos!

Un día se le ocurrió hacer una casita de árbol a sus hijos y para eso necesitaba a su buen amigo el serrucho, al que todavía no le había encontrado un nombre. Era muy útil y cortaba muy bien, hasta aquel día lluvioso en el que quedó afuera. Se oxidó y jamás volvió a cortar. Roberto, el dueño, se sentía mal por aquello pero ya nada podía hacer... ¡Bué... eso pensaba él!

Pasó un mes y Roberto no había terminado la casita del árbol porque le faltaba su amigo el serrucho. Pero una mañana se levanto decidido a ver de qué forma podía ayudar a su gran amigo a volver a ser el de antes. Lo buscó, lo buscó... ¡lo buscó por todos los rincones de la casa! ...pero no lo encontró. ¿Se había ido? ¿Se lo habrían sacado? Roberto sintió que debía salir a buscarlo.

Cuando lo encontró cruzando la calle le dijo:-¡¿Por qué te fuiste?!

-Cortar era para lo único que servía, pero ya no se qué haré- respondió el serrucho triste.

-Yo voy a encontrar la forma de que sigas haciendo lo que te gusta, ¡cortar! Volvamos a casa y algo encontraremos para que hagas-dijo Roberto

Al regresar, se le ocurrió que si lo rediseñaba podía volver a servir... y eso pasó luego de unos pequeños cambios. Le puso un líquido desoxidante, luego lo afiló y por último lo conectó a unos cables y una pila e hizo que el serrucho viejo brillara por completo. Había convertido a su gran amigo en una sierra eléctrica. El serrucho estaba muy feliz por su nuevo aspecto pero... aún le faltaba un nombre.

A Roberto se le ocurrió hacer más para venderlos y así ganar dinero. Y bueno, ese sería el próximo paso. Y recordó que le faltaba darle una identidad a su gran amigo que tan compañero había sido con él... decidió ponerle de nombre Magic, porque para Roberto su amigo era mágico...

-¡Hijo!- lo llamo el padre a Pepe- Ya lo leímos.- Está muy lindo, hijo, te felicito- dijo su madre

- Sí, hermoso como todos los demás cuentos que escribiste, nada más que éste está muchísimo más lindo-dijo el padre.

-Gracias a los dos – respondió Pepe- Quizás lo use para la tarea del cole, ya que con ella elegirán el mejor y le darán una medalla al ganador. Aunque no estoy muy seguro de poder ganar pero, aunque sea voy a presentar algo del que estoy muy orgulloso de haberlo escrito.

-Seguro que ganas,- le dijo la madre-yo creo que es un cuento ganador.

-¡Ja ja!- se rió tímidamente Agustín- Gracias de nuevo. Voy a acomodar la pieza y enseguida bajo a comer.

Y eso fue lo que hizo, acomodó la pieza, puso los lápices y las hojas en el escritorio bien ordenados, fue a lavarse las manos y al ratito bajó a comer. Al terminar de cenar fue a la cama, se acostó, y antes de apagar la luz dijo en voz alta: ¡Mañana será mi gran día, estoy muy seguro de ello!

Eran las 6:30 am y le sonó el despertador. Era hora de desayunar para luego ir al colegio; se vistió, agarró una mochila que tenía de años anteriores, puso la hoja con el cuento, hojas en blanco y los lápices nuevos que su padre le había traído. Bajó para desayunar y se fue a tomar el colectivo que lo llevaría al gran acontecimiento. Hasta ahora nadie lo había molestado burlándose de él, como todos los días. Llegó a la Escuela. Toco el timbre para entrar a clases.

-Sí, yo tengo razón, hoy va a ser mi gran día –pensó Pepe.

-Chicos, entreguen sus cuentos- se escuchó a la profesora de Lengua. Y todo continuó como era habitual; y luego, el recreo. Al entrar nuevamente a la sala, la profesora dijo quién era el ganador. ¡Sí, era Agustín el que había ganado!

Luego de un emocionante día, regresó a su casa, y lo primero que izo fue mostrarle la medalla a su madre. Para ella... ya era un ganador. FIN

Mención Especial Categoría A

Autor: Martin Nahuel Carogana

Seudónimo: Martcar

CATÁSTROFES MUNDIALES

14/03/2011

Diario El Central

El terremoto y tsunami de Japón de 2011, denominado oficialmente por la Agencia Meteorológica de Japón como el terremoto de la costa del Pacífico en la región de Tōhoku de 2011, fue un terremoto de magnitud 9,0 M_w que creó olas de maremoto de hasta 10 m. El terremoto ocurrió a las 14:46:23 hora local, del viernes 11 de marzo de 2011. El epicentro del terremoto se ubicó en el mar, frente a la costa de Honshu, 130 km al este de Sendai, en la prefectura de Miyagi, Japón. En un primer momento se calculó su magnitud en 7,9 grados M_w , que fue posteriormente incrementada a 8,8, después a 8,9 grados por el Servicio Geológico de los Estados Unidos. Finalmente a 9,0 grados M_w , confirmado por la Agencia Meteorológica de Japón y el Servicio Geológico de los Estados Unidos. El terremoto duró aproximadamente 2 minutos según expertos. El Servicio Geológico de Estados Unidos explicó que el terremoto ocurrió a causa de un desplazamiento en proximidades de la zona de la interfase entre placas de subducción entre la placa del Pacífico y la placa Norteamericana. En la latitud en que ocurrió este terremoto, la placa del Pacífico se desplaza en dirección oeste con respecto a la placa Norteamericana a una velocidad de 83 mm/año. La placa del Pacífico se mete debajo de Japón en la fosa de Japón, y se hunde en dirección oeste debajo de Asia.

Centrales nucleares

Se ha declarado un estado de emergencia en la central nuclear de Fukushima de la empresa Tokyo Electric Power a causa de la falla de los sistemas de refrigeración de uno de los reactores, se ha informado que no existen fugas radioactivas, en un principio se habían evacuado a los 3000 pobladores en un radio de 3 km del reactor. Durante la mañana del día 12 se aumentó a 10 km, afectando a unas 45 000 personas, pero al producirse una explosión en la central, las autoridades han decidido aumentar el radio a 20 km. El reactor es refrigerado mediante la circulación de agua a través de su combustible nuclear, se ha detectado una alta presión de vapor en el reactor alrededor de 2 veces lo permitido.

En la tarde del día 12 se produjo una explosión en la central que derribó parte del edificio, y el radio de prevención se aumentó a 20 km, después de la explosión las autoridades confirman que los niveles de radiación han disminuido. Posteriormente las autoridades dan una categoría de 4 en una escala de 7 en la Escala Internacional de Accidentes Nucleares evacuando a más 45 000 personas y comenzando a distribuir yodo, elemento eficaz en contra el Cáncer de tiroides derivado de la peligrosa Radiación nuclear.

El día 13 de marzo la central nuclear de Tōkai, situada en la prefectura de Ibaraki, tuvo un incidente debido al terremoto y uno de sus dos sistemas de refrigeración dejó de funcionar con normalidad.

Se ha informado de un incendio en el edificio de turbinas de la central nuclear de Onagawa que esta en un edificio separado al reactor nuclear, en Miyagi, información que se contradice con la declaración del gobierno japonés.

13/03/2015

Hoy estamos a 4 años de la catástrofe ocurrida en Japón, este día ocurrió el terremoto que causo la destrucción de 13 plantas nucleares, lo cual desato la radiación sobre el país, creándose así, la nanoditis, enfermedad que ha afectado a todo Japón, y prohíbe a la población tener hijos, ya se han intentado sin resultado múltiples formas, la O.N.U ha decidido bloquear toda entrada y salida de dicho país por cuestiones de

seguridad para no propagar la enfermedad, hoy un medico de los Estados Unidos, será enviado a investigar esta situación en busca de una posible cura, es la primera persona que entra al país en 3 años y según fuentes oficiales partiría a las 15:30 horas.

Día 1:

Ese soy yo, John Richardson, estoy dirigiéndome hacia el aeropuerto donde partiré en un avión de alta tecnología hacia Japón, el avión esta diseñado especialmente para que la enfermedad no llegue hasta el, debo investigar, y tener muchas precauciones ya que su contagio es por vía aérea. Parto a las 14:00 hs así que creo que llegare dentro de 5 horas, con los cambios de estos años los aviones son mucho mas rápidos, estimo que haya serán las 08:00 horas cuando aterrice, estoy impaciente por empezar ya con mi investigación, espero progresar rápido. Me he dormido y el viaje se ha hecho mas rápido, acabo de bajar del avión y esto es impresionante, la tecnología de Japón a avanzado notablemente, me puse mi traductor de oreja y comencé a examinar la ciudad de Tokio, entiendo a la perfección todo gracias a este pequeño invento. Me encontré con 3 ciudadanos apartados del resto de la sociedad, luego de una charla, me han explicado que ellos están allí porque son los que ya se han rendido en contra de la enfermedad, me explicaron que la situación es critica y que a los que dejan de intentar procrear, se los excluye de la sociedad, la población a descendido drásticamente en estos últimos 3 años, y todo culpa de la radiación. Me han dado un tour por la ciudad, y me han mostrado una de las cosas mas espectaculares que he visto en mi vida, una nueva fuente de energía, de un brillo azul tenue, contenido en capsulas de metal de distintos tamaños, dicen que lo han descubierto en los laboratorios, por lo cual se puede fabricar toda la energía que se quiera, para abastecer ciudades enteras solo haces falta 2 generadores con estas capsulas y se tiene electricidad segura por 50 años, también he quedado impresionado con los cambios en la infraestructura, la seguridad y la distribución de la población, según ellos la muerte de tantas personas les ha dejado mucho espacio a los habitantes que todavía viven allí, y esta misma situación se da en otras ciudades, y ya son pocas

las que están congestionadas. La seguridad es impenetrable, se han asegurado en un 100% de que nadie entre ni salga de las ciudades y el país en general, ellos reconocen estar enfermos, pero no por eso le desean lo mismo a todo el mundo, pero todos son rencorosos, por lo cual sus avances tecnológicos no son conocidos en otros países. La infraestructura cambio desde aquel aterrador día del terremoto, ahora esta 100% asegurado cualquier terremoto menor a 12,0 M_w no dañara la ciudad en lo mas mínimo. Creo que ya ha sido suficiente por hoy, les he pedido que me guíen hasta la dirección de mi apartamento, y han accedido con gusto. Al llegar allí me he despedido de ellos y entre al edificio, según lo que me dieron a entender era uno de los peores edificios de Japón, pero era el equivalente de un 7 estrellas estadounidense, no se que pensar de estos cambios, por mas que la población este muriendo lentamente, siguen progresando de manera increíble. Me han dado la tarjeta de acceso a mi departamento, esta en el piso 24 y llegar allí me ha tomado menos de 10 segundos, son nuevos elevadores, con una velocidad 20 veces mayor y con un sistema de antigravedad, para no sufrir daños por la velocidad. He ingresado a mi apartamento y les aseguro que era mas grande que mi casa, espero que este sea el fin de las sorpresas, sino dentro de poco empezare a confundirme sobre como comenzar mi investigación, al llegar he encontrado 2 capsulas de energía, por lo visto se llaman energix, o creo que esa era la marca, lo importante es que al ponerla en el panel de control de mi habitación a activado toda la electricidad dentro de el departamento, me siento como si estuviera 10 años en el futuro, creo que me iré a dormir para comenzar temprano con mi trabajo.

Día 2: En la noche hubo un silencio eterno, la ciudad esta muy calma, ya no es lo mismo que antes, no he contraído el virus gracias al filtro de aire que llevo en mi nariz, pero debo cambiarlo cada día, de lo contrario podría ocurrir un accidente. Salí del edificio temprano y me dirigí al centro de investigación de Tokio, me han comentado que han investigado y lo único claro, es que existe un sola cepa de la enfermedad y que se transmite vía aérea. Me he encontrado con mi compañero de

trabajo, aparentemente es un argentino que quedo atrapado aquí cuando ocurrió la catástrofe su nombre es Gustavo, y es muy amable, mide 1,80m cabello castaño claro, ojos marrones, de contextura mediana. Se ha ofrecido a enseñarme el establecimiento y yo he aceptado, hemos empezado por la sala de incubación, me explico que es donde los científicos tratan de procrear por distintos métodos, sin éxitos todavía. Luego pasamos por la sala de investigación, nuestro lugar de trabajo, me tuvo que enseñar a usar varios elementos, ya que eran muy avanzados para mi, lo mas impresionante a sido una especie de láser con un recipiente, que se usa para recoger células y moléculas individualmente, me he puesto un traje antirradioactivo y me ha enseñado a romper un núcleo, el no se ha puesto el traje, lo cual reitera que ya aceptan que están condenados a morir, solo falta saber cuando. Luego me ha mostrado la sala de descanso y los sanitarios, probablemente en mi descripción suene como un lugar muy pequeño pero cada cuarto descripto era inmenso, 942 personas trabajan este centro, incluyéndome. Hemos comenzado a analizar el virus, me ha mostrado varias muestras de sangre y todas las cepas eran iguales, me ha informado que los síntomas (cansancio, fiebre muy alta las primeras semanas, estrés y un agotamiento mental casi absoluto) se muestran en la primera semana, luego de esta semana la persona queda estéril. Hemos empezado con la creación de un antídoto pero creo que es demasiado precipitado y un posible fallo absoluto, así que he decidido seguir investigando mientras el pensaba en un antídoto.

Día 3:

He dormido en el laboratorio, a primera hora de la mañana empecé a investigar sin resultados, este virus es distinto a cualquier otro que me haya enfrentado anteriormente, he salido a por la ciudad y he escuchado un anuncio del presidente, por decisiones de los demás países del mundo, encerraran a Japón en una "esfera" según el lo ha expresado, esto pasara dentro de 5 días, así que debo apresurarme si quiero salir del país antes de que esto suceda. Me he hecho una amiga, Katori Sama, es la dueña de un bar, y luego de charlar esta dispuesta a enviarme toda

la información del exterior que consiga, asegura que ella no esta contaminada, pero creo que solo es que no se ha dado cuenta todavía de que la enfermedad esta en su interior. He vuelto a mi apartamento y se ha roto mi traductor, lo he pisado por accidente y será complicado repararlo, sin esto no entiendo una palabra a nadie, excepto a Gustavo, veré si el me puede ayudar, ahora debo descansar.

Día 4:

Gustavo me ha ayudado con el traductor, aunque perdimos casi todo el día en eso, ya nos vamos resignando y aceptando la victoria de la enfermedad por sobre nosotros, no creemos que haya cura, no por lo menos aun.

Día 5:

Cambios importantes, hemos descubierto una forma de prevenir el virus, estamos creando una vacuna, cuyo objetivo es contrarrestar el virus por medio de una autodestrucción del mismo, hacer que el virus cuando empieza a influir en el sistema, a través de un método que inserta anticuerpos específicos en el ser humano, el virus pase a producir sus propios anticuerpos, siendo así destruido, todo esto es una teoría, no esta comprobado aun, el proceso para terminar es largo y nos llevara mucho tiempo. Las noticias viajan muy lento en Japón, en las áreas limítrofes recién se han enterado de mi llegada, esto se debe a que las nuevas tecnologías no son compatibles con las viejas, por lo cual algunas ciudades no pueden comunicarse entre si, el presidente a anunciado que la orden de encerrarnos a sido aceptada, y será ejecutada en 3 días, justo cuando empiezo a progresar me encuentro entre la espada y la pared, me enfrento a la decisión de quedarme atrapado aquí y contraer la enfermedad con el tiempo, o escapar y terminar con la investigación, los filtros de aire no son infinitos, solo tengo 10 mas. Me he encontrado con Katori, me ha informado que solicitan comunicarse conmigo desde Estado Unidos, eso es imposible ya que todas las líneas de comunicación están cortadas, ella me ha comentado que tiene amigos que pueden filtrar información al exterior e interior del país, espero que funcione, no puedo esperar por comentar mi progreso positivo, y la duda de que querrán comunicarme me

inquieta. He llegado a mi casa y me he encontrado con Gustavo, me ha dicho que tuvo que irse de su hotel por razones administrativas y si se podía quedar conmigo, yo acepte, y luego de reflexionar lo comprendí todo, Gustavo trabaja gratis, el solo quería ayudar a la población, no tenia ningún fin lucrativo todo esto para el, esto no significa que yo solo pensara en el dinero, pero si que descubrir además de un cambio positivo socialmente, nos hará ricos, y nos hará marcar nuestros nombres en la historia, pregunto si esto es codicia, o es el deseo de todo hombre, marcar su nombre en la historia.

Día 6:

Katori me ha presentado a sus amigos y me he comunicado con Estados Unidos, han hecho importantes avances y me requieren allí de inmediato, dicen que enviaran un avión mañana para sacarme del país y que luego de mi salida serán aislados, les he pedido que eviten esta medida, pero la comunicación se ha cortado, le he dado las gracias a mi amiga y he partido al laboratorio. Gustavo no estaba allí, luego media hora después, le pregunte que ocurría y no me respondió, trabajamos como si no hubiera pasado nada, los progresos realizados ese día fueron determinantes, hemos estado a punto de combatir el virus, pero mientras mas cerca estábamos, mas nos alejábamos, llegamos a pensar en la conclusión que esto era una utopia, que no tenia cura de ninguna forma. Luego en casa, he notado muy preocupado a Gustavo, y me ha contado todo, el ha realizado investigaciones aparte, y a expuesto el virus a distintos estímulos y ha observado que el virus puede cambiar dependiendo la zona, o las condiciones en las que se encuentren, esto no aporta nada a la investigación, o al menos eso pensábamos, luego me a expuesto lo que el pensaba sobre la situación, todos morirían tarde o temprano y no tendrían nada que dejar al mundo, ni siquiera un hijo, esto lo ha perturbado mucho, ya que el vino con su esposa y su hijo a Japón y ambos murieron en el terremoto. Mañana se cumplirán 3 años de su muerte, quedaron muy heridos y eso los mato tiempo después. Me ha contado como han muerto y me parece algo perturbador para incluirlo en este relato. Nos dirigimos al

centro de investigación para retirar todos los avances así mañana los llevar a Estados Unidos para crear la cura, espero que de resultado.

Día 7:

Hoy parto hacia Estados Unidos, Gustavo ha insistido en que me quede en mi casa hasta que venga el avión a buscarme, pero le insistí en que vayamos al laboratorio a ver que podíamos hacer, he volcado sin querer una muestra del virus sobre una mesa, y la descontaminación se ha activado, hemos salido y sido descontaminados por agua, luego el laboratorio se ha incendiado, pregunte que pasaba y dijeron que ese era el método mas seguro para evitar que cualquier virus se expandiera, ha sido una lastima, aunque no se han efectuado perdidas importantes. He ido a despedirme de Katori, Gustavo a ido conmigo, siento que se llevan muy bien para ser la primera vez que se ven, ella a prometido filtrarme información de lo que pasaba en el país de vez en cuando, y el me ha prometido seguir investigando hasta que muera, hemos ido juntos al aeropuerto, pero ellos no pudieron pasar la entrada, he salido del país y les he deseado suerte y espero que si al fin son encerrados, que haré todo lo posible por inventar la cura y liberarlos. He partido desinfectado.

Día 8:

He llegado a Estados Unidos, he informados mis descubrimientos, y he dado un poco de información sobre la nueva fuente de energía, con respecto a la cura se ha empezado a trabajar y estamos mas cerca que nunca, espero que todo acabe pronto, he vuelto a ver a mi familia, los extrañaba un montón, hacia mucho tiempo que no me sentía tan feliz como cuando nos reencontramos. Me han puesto al tanto de todo lo que paso en este mes en el vecindario, y hemos pasado el resto del día juntos.

Día 15:

No demuestro síntomas de estar infectado, esto ya era sabido, pero confirmarlo es un alivio, la cura ya ha empezado a probarse y esta dando resultados positivos, aunque no una cura total, me comunicare con Katori cerca de la noche y espero tener buenas noticias de ella y Gustavo. Nos hemos comunicado por telefonía

visual, sus amigos cada vez descubren nuevos métodos para comunicarse, nos han informado de que todo sigue igual, pero las esperanzas son mayores que nunca. Ellos están en pareja y les he presentado a toda mi familia, pasamos 2 horas hablando y actualizándonos de la situación de cada uno.

Día 25:

Soy portador del virus, recordé las palabras de Gustavo, el virus se adapta, he creado una nueva cepa trayéndolo a Estados Unidos, el virus probablemente allá ingresado en la descontaminación, el agua debe haber debilitado la acción del filtro y ha estado incubando todo este tiempo debido a la diferencia notable entre Estados Unidos y Japón, estoy contaminado de una cepa totalmente distinta a la estudiada, si la cepa cambia debido al lugar, creo que no hay nada que hacer, mas que investigar cientos de veces una cura, lo peor de todo, es que acabo de infectar a Estados Unidos y miles de vuelos han despegado en este mes.

Todo paso contrario a como lo esperaba, el nombre de John Richardson figurara en la historia como el científico que salvo al mundo de la esterilidad, en contrario, ahora figurará como el hombre que llevo el virus y contagio a todo el mundo, todo lo que pase de ahora en mas, será culpa mía.

Fin

Mención Especial Categoría A

Autor: Martina Maricel Arias Beas

Seudónimo: Marti

UNA HISTORIA PARA SER RECORDADA

Era una mañana, en Argentina, en un pueblo de Córdoba, que era un pequeño paraíso que pocos tenían el placer de disfrutarlo, de un día donde todo parecía estar sin un signo de vida; los árboles estaban como si no existieran, silenciosos, observantes de las pequeñas gotas que iban cayendo de un cielo cubierto de niebla; los pájaros, en su más profundo silencio expectantes a que aparezca, tras esa sábana blanca de niebla que había allá en lo más alto del cielo, allá donde todo puede ser, un pequeño hilo de luz que pudiera atravesar todas esas sabanas y todo aquello que les impedía esa tan esperada luminosidad que los llenaba de vida, los impulsaba a volar y los obligaba a cantar con tanta voluntad, que el sonido que emitían se convertía en deleitoso para cualquiera que los pudiera escuchar. Todos eran espectadores de ese espectáculo. Con un amanecer, de esos que uno espera ver cuando se aleja de la gran ciudad, de los ruidos, del humo de los autos, de la gente cansada de todos los días tener que enfrentarse con una situación que no les es placentera ni deseosa pero que resulta necesaria, de esos de donde proviene una luz con un color inigualable que no tiene referencia alguna por ser tan inefable, maravilloso e inenarrable, que se apodera de nuestra atención, nuestras miradas son llamadas por aquella imagen y por un instante todo lo que conocemos se vuelve insignificante con aquel fenómeno. Así es como veía el día Isabel, pero no siempre lo vio de esa manera.

Isabel era una chica adolescente de unos 14 años, que vivía en el centro de la capital, iba al colegio, estudiaba, jugaba en su casa, tenía una vida normal. Ella vivía con su madre y veía casi nada a su padre ya que éste trabajaba y nunca estaba en casa, tampoco tenía hermanos, pero sí tenía un fiel compañero al cual le tenía un gran

afecto y era casi inseparable, su nombre era Bonifacio. Bonifacio era un perro viejo que la había acompañado durante toda su niñez, era de una contextura grandota con un pelaje gris platinado con negro y blanco. Ellos desde siempre fueron inseparables, pero el día en que Bonifacio ya no estuviera nunca más, iba a llegar en algún momento y esto Isabel no lo tenía en cuenta ya que ella no tenía muchos parientes y nunca había tenido que pasar por una situación de fallecimiento de algún ser querido. Así pues, el día en que Bonifacio partiría para siempre, había llegado. Un día, Isabel llegaba del colegio, de una caminata de unos diez minutos, que era lo que se demoraba en llegar a su casa desde el colegio y se encontró con que Bonifacio no vino a recibirla, siempre la esperaba en la puerta para que cuando llegara, la recibiría con saltos, ladridos, besos, y mucha felicidad de que su dueña había vuelto, pero ese día no fue así. Preocupada fue rápidamente a preguntarle a su madre dónde estaba Bonifacio que no la había venido a recibir, y la madre, que estaba cocinando, sin responderle, la abrazó tan fuerte que la dejaba sin respiración. No hizo falta que nadie le explicara lo que había ocurrido, ya que resultó muy delatador el ambiente en el que se encontraba la casa, se percibía la angustia en el aire, la tristeza predominante del ambiente y el silencio ensordecedor que rebalsaba por todos los rincones de la habitación. Isabel enseguida se dio cuenta de lo que había ocurrido y se le presentó una ola gigantesca de sentimientos que nunca había sentido y ante el rechazo de aceptar esto, de sentir la pérdida de un ser querido, hizo como si no hubiera pasado nada, como si todo lo que vivió hasta el momento fuera tan insignificante que no merecía su esfuerzo de enfrentar este sentimiento.

Pasaron varios años, Isabel ya tenía 17 años y crecía cada vez más. Pero lo que también crecía era la preocupación de su madre por las actitudes de su hija. Así, como toda adolescente, pasaba por una edad difícil de entender y comprender, pero el cambio en la manera de ser de su hija nunca le gustó y pensaba que con el tiempo sus actitudes cambiarían, pero no fue así. Isabel era una chica a la que le gustaba compartir sus cosas y sus pensamientos con todos, sobre todo con su mamá, pero

ahora algo había cambiado que hizo que su manera de pensar fuese diferente, su forma de ser, sus gustos, su hablar, y demás cosas. Ahora en vez de estar en el patio jugando, se encerraba en su habitación todo el día, escuchaba música con su mp3, prendía el televisor, sin importar el canal que estuviese, y ponía la radio en alguna emisora que la locutora estuviera hablando, pasaba horas con su computadora chateando, hablaba con sus amigas todo el tiempo por el celular. Frente a esto que ocurría su madre decidió que sería bueno que pasara unos días con su abuelo. Ella no hablaba mucho con su abuelo ya que sentía que no había temas en común para hablar con él. Recogiendo la mesa después de almorzar, la madre decidió que era el momento para decirle cómo serían sus vacaciones en los próximos días y le contó que la llevaría unos días a la casa de su abuelo para que estuviera con él. Inmediatamente su actitud fue negativa, no quería ir, pero terminó aceptando que tendría que ir, no causó mucho problema ya que pensaba que se alejaría de la madre por unos días. Isabel ya había armado su bolso y esperaba que la madre la llamara para partir.

Con varias horas de viaje en la madrugada, al fin habían llegado al lugar, era muy temprano, como las 8 de la mañana, ya que habían viajado de noche, y allí las estaba esperando el abuelo. Cuando Isabel vio el lugar, se dio cuenta de que era muy distinto a lo que era su barrio, no había calles de cemento, las casas no tenían puerta y lo único que se veía a kilómetros era campo abierto con mucho pastizal. Saludó a su abuelo, con muy poco esmero comparado con la alegría que tenía su abuelo de que estuviera allí; él vivía con su mujer, la hija que había tenido con Rosa su mujer y con un nieto de otro de sus hijos, éste era primo de Isa pero no tenían relación alguna. Así, entonces, el abuelo le mostró la casa. Isabel eligió su habitación y despidió a su madre que ya se estaba preparando para regresar; ésta antes de irse le dijo que algo iba a cambiar en su vida y que aprendiera de todo lo nuevo que se le presentara. Isa la miró e ignoró lo que su madre le dijo, ya que estaba segura de que en ese lugar no aprendería nada nuevo. Al irse su madre, de repente, se dio cuenta de que estaba sola y comenzó a caminar por el lugar, pero claro para tratar de que su celular consiguiera

señal. Caminando encontró que su abuelo estaba con Ramón, su primo, salando carne y le preguntó para qué hacía eso y le dijo que era para que la carne no se echara a perder, enseguida Isa le preguntó por qué no lo ponía en la heladera, siendo ésta el mejor conservante a su parecer y el abuelo le sonrió muy levemente y siguió salando la carne; entonces Isabel siguió caminando tratando de encontrar una antena, pero lo único que encontró fue una lagartija, la cual la asustó e hizo que saliera corriendo para la casa; entró rápidamente y se encontró con Rosa, la mujer de su abuelo, ella estaba lavando la ropa en un pozo de agua y cantaba al mismo tiempo con Estela, su hija. Isa se acerca y le pregunta si no conoce un aparato al cual la gente llama lavarropas. Rosa paró de cantar y le respondió, con su tan dulce forma de hablar, que sí, que una amiga del pueblo tenía tal aparato y una vez se lo ofreció, pero le dijo que no lo necesitaba; ésta agarró el cepillo, miró a Estela y siguieron cantando. Isabel, sin entender por qué no necesitaría un lavarropas, si se encontraban lavando a mano, se dirigió a su habitación, para ver si podía encontrar algún rayito de señal para que funcionaran sus aparatos, pero se resignó al final ya que no había lugar donde no hubiera intentado y esto significaba sin mp3, ni celular, ni computadora, por unos días que se le iban a hacer largos. Salió a caminar por el campo de atrás de la casa y se dio cuenta de que venían hacia ella Ramón y Estela, éstos eran más chicos que ella, pero con muy pocos años de diferencia. Juntos comenzaron a caminar y le mostraban el camino a Isabel, en esto Isa se dio cuenta de que al campo había que terminar de alambrarlo y en algunas zonas había que arreglar el alambrado roto. Ramón le contestó que hay mucho trabajo por hacer y no les da el tiempo para cosas como éstas, que nunca se fijan.

Así luego llegaron para la cena y los estaban esperando, luego de comer cada uno se fue a su habitación y Ramón le dijo a el abuelo que no se había fijado, pero sería bueno terminar de alambra el campo y éste le preguntó quien tuvo la idea y le respondió que fue Isabela, así el abuelo le dijo que ya iban a ver qué hacen con el alambrado y se fueron a dormir. Al otro día, Isabela estaba cambiándose para ir a desayunar y se da cuenta de que al lado de su cama había algunas herramientas y un

rollo de alambre, entonces va hacia donde estaba su abuelo y le pregunta quién ha dejado todo aquel equipaje en su habitación y le dice que ha sido él para que arregle el alambrado de atrás, que las cosas no se hacen por sí solas y a Ramón se le escapó una carcajada. Isabel, entendiendo la situación, lo mira y se dirige a su pieza con la idea de no hacer lo que le habían pedido, pero la carcajada de Ramón le hizo sentir que la estaban subestimando y que no creían que lo podría llegar a hacer, entonces agarró todo lo que le habían dejado en su habitación, cortó unos jeans y se fue al campo de atrás a poner el alambrado, con la intención de probar que ella puede hacerlo. A la noche, antes de la hora de cenar, Isabela se encontró con que su abuelo y Esperanza estaban terminando de lavar una ropa que había sucia, ella se le acercó y le dijo que cuando viniera la madre le pediría que trajera un lavarropas que había en su casa en desuso. Éste la miró y le dijo que por qué es tan difícil de entender, Isabela enseguida preguntó qué cosa y su abuelo le respondió que lava la ropa a mano no porque no tienen lavarropas sino por el hecho de que son esas pequeñas cosas que los mantienen unidos en familia, ya que sus chicos cada vez se hacen más grandes y se irán a la ciudad a empezar sus vidas y eso es lo que deben hacer, pero no deja eso de ser un poco triste para el abuelo de Isa ya que no tendrá más a sus chicos en casa, cuando éstos no estén acá, será la hora de usar el lavarropas y una heladera, diciéndole esto al final se sonrió, Isabela respetando su opinión le sonrió también y se fue adentro.

Así pasaban largos días de trabajo de mucho calor. Uno de los días se había cortado con el alambre, tenía cicatrices por todos lados, moretones porque se golpeaba con los palos y hasta picadura de bichos porque se quedaba hasta muy tarde en el campo. Era uno de esos días de trabajo cuando Isabel se percató de la brillante puesta de sol que había frente a sus ojos, que la hacía sentir espectadora de un gran espectáculo. Rápido lo llama a Ramón para que viera la puesta de sol y éste le pregunta por qué se sorprende si es la misma que aparece desde que llegó. Isabel queda sorprendida de cómo no le había prestado atención antes a algo que le causaba tanta admiración. Más tarde oscurece y llega la hora de la cena, y en la mesa estando

todos presentes Isabel cuenta de lo que había sido espectadora esa tarde, y el abuelo la mira a Rosa sorprendido de la manera en que Isabela había descrito aquella puesta de sol y le sonrió a Rosa mostrándole el cambio que producía el trabajo por mano propia, sin ninguna ayuda de cualquier máquina moderna, a cualquier persona.

Así, Isabela, cuando menos se dio cuenta, habían pasado dos semanas desde que estaba en ese lugar y de pronto se dio cuenta de que al alambrado sólo le faltaba un palo más y estaba listo, y cuando lo terminó, y miró todo lo que había hecho, se dio cuenta de que ese sentimiento que sentía al principio de, una vez finalizado el trabajo, ir a refregarles en la cara a todos que lo había hecho sola, se fue desapareciendo, de pronto se dio cuenta de que lo estaba haciendo por ella misma y que encontró a una Isabela que había quedado en el pasado atada a un sentimiento de dolor y angustia del que había preferido escaparse pero se dio cuenta de que en realidad debió aceptar la muerte de Bonifacio, ya que éste ya había cumplido con su vida y era la hora de partir. En realidad, el miedo que ella tenía era qué pasaba después de aceptar que había muerto ese gran compañero que tenía, si lo olvidaría o quedaría como el recuerdo de un recuerdo y cada vez lo olvidaría más y más, pero al animarse a enfrentar que ya no estuviese su leal perrito, le hizo dar cuenta de que es imposible olvidar algo que te hizo tan feliz, siempre queda algo, aunque sea un gesto, un sonido, una palabra o un momento. Al comprender esto sintió una libertad que le nacía de adentro, era ese sentimiento de tristeza y de miedo a lo que no conocía, que era ya no tener a alguien que amó mucho, era ese sentimiento que estuvo encerrado por tanto tiempo. Así unos días más tarde su madre la fue a buscar y ésta se encontró con lo que esperaba ir a buscar, lo que ella más quería, a su verdadera hija de vuelta. Enseguida notó el cambio en ella, desde su sonrisa hasta sus gestos manera de hablar y por todo lo que le contó que hizo. Todos salieron a despedirla, deseándole buenos deseos y mucha suerte, Isabel de igual manera los saludó y agradeció por todo y les dijo que volvería pronto y que le vayan guardando alguna tarea para hacer cuando ella esté por allí, todos se rieron por su buen humor y la despidieron finalmente. Llegando a casa fue a ducharse

y luego, cambiándose en su cuarto, se acordó de que tenía su celular, computadora, radio, televisor, que ya estaba en su habitación de vuelta, en ese momento se puso a escuchar música con su mp3 y mirando por su ventana, mientras acomodaba su pieza, vio que estaba su mamá tendiendo la ropa en el patio y en ese momento pensó en lo que le había dicho su abuelo de esos pequeños momentos que unían a la familia, enseguida se quitó los auriculares y los desconectó de su celular. En el patio, la madre de Isa colgaba la ropa cuando, de repente, siente que alguien le quita una prenda de las manos. Era Isabela que la quería ayudar a tender la ropa, la madre le dice que se le había descompuesto el secarropa, que ahora tenía que tender la ropa pero que dejara que lo hacía en un momento e Isabela le contestó que no, que ella la ayudaría ya que es bueno estar juntas y compartir estos pequeños momentos. La madre sin entender cómo se puede disfrutar tendiendo la ropa, la mira a Isabel y ésta le sonríe y la abraza muy fuerte.

Desde el regreso de Isabela, de lo que ella llamaba, el pequeño paraíso de Córdoba, sólo utilizaba sus dispositivos electrónicos cuando está sola o cuando su madre trabaja porque los momentos que no lo hace los aprovecha para estar con ella haciendo pequeñas cosas pero que crean grandes momentos. En su computadora, creó una página Web donde hay una sección de diario íntimo, donde las personas escriben lo que sienten en algunos momentos y lo pueden compartir con los amigos que deseen. Ella, como primer comentario en su página Web, escribió acerca de ese día en el que nunca había valorizado tanto un día nublado y un amanecer que la hacía sentir tan insignificante. En ese momento pudo valorar todo junto, sus sentimientos, la participación de ella con la sociedad, la utilización de la tecnología para un bien que le puede servir a mucha gente, que pasó o esté pasando por un momento, como el que ella había vivido hace un tiempo atrás y esa persona tenga un espacio para ser escuchada y mostrar cómo se siente.

Primer Premio Categoría B

Autor: Fernando Montes de Oca

Seudónimo: Green Leaf

LEOPOLDO

A los técnicos de Obras Públicas de 1940

I

Leopoldo se recibió de técnico nacional en el colegio Otto Krause de Buenos Aires. Hijo de un emigrado gallego dedicado a la talla de la madera y un ama de casa criolla, vivía en Ciudadela, a orillas del arroyo Maldonado. En el año treinta, con veintiún años de edad, entró a trabajar al Ministerio de Obras Públicas. Lo mandaron a dibujar planos. Cuando demostró habilidad con el tiralíneas, le dieron lugar en el cálculo de estructuras. Tuvo que refrescar el manejo de la regla de cálculo, la herramienta de interpolación más eficiente de aquel tiempo. Todas las mañanas tomaba el tren a cinco cuadras de su casa. Camino a la estación se cruzaba con gallinas escapadas de los cobertizos. Cuando regresaba, por la noche, caminaba hacia el único farol del caserío. Entonces cruzaba comadreja.

Leopoldo estuvo todo el año corrigiendo planos de una misma obra. Un sistema de diques proyectados para el sur de la provincia de Córdoba. El plan venía de la época de Ramos Mejía y tenía como objetivo normalizar el régimen de crecientes de algunos ríos, exigencia de los ingenieros ingleses para ejecutar los ramales ferroviarios. Luego el proyecto se hizo más complejo y se convirtió en un tándem de usinas hidroeléctricas.

Con el dinero de aquel empleo Leopoldo se compró una motocicleta. Rugía en el porche de su casa el motor Norton de cuatro cilindros. Recorriendo el barrio

conoció a María, costurera, hija de italianos.

En varios pisos del edificio del Ministerio de Obras Públicas, recientemente inaugurado pero inconcluso, había gente ocupada en el proyecto de las usinas. Varias direcciones nacionales estaban involucradas. Hidráulica, Vialidad, Energía, Irrigación. Unas evaluaban el uso de suelo, otras las consecuencias hidrográficas, otras la materia prima y su transporte. Los planos eran visados por responsables técnicos y aprobados por ingenieros. Las jefaturas estaban ocupadas por profesionales formados en Europa, pero la masa de técnicos venía de universidades nacionales, escuelas de oficios, y colegios industriales.

La del cuarenta y uno fue su primera navidad en casa de María. El padre de la muchacha se ocupó de que todos los familiares supieran dónde trabajaba el pretendiente de su hija. Leopoldo fue bien recibido, pero después de medianoche, cuando nacieron charlas de sobremesa, un tío de María dijo que lo que estaba haciendo el gobierno en infraestructura era para favorecerse a través de testaferros. Otro dijo que todas las dependencias estaban llenas de alcahuetes de Justo, pero pronto se llenarían de coroneles. Leopoldo, atragantado, se defendió diciendo que él había rendido examen para ingresar. Sabía que muchos cargos habían sido ocupados por partidarios de regímenes recientes, pero eso no tenía relación con su compromiso hacia el trabajo. El tío de María volvió a atacar diciendo que los favorecidos por la obra pública eran contratistas alemanes amigos de los nacionalistas argentinos, y que eso pronto traería problemas con la guerra. Leopoldo esquivó la acusación y se limitó a explicar que el último dique de Córdoba era el más alto de Sudamérica, un orgullo para el ministerio. La tecnología usada era en buena parte alemana, sin duda, pero quién podía negar el liderazgo de aquel país en turbomaquinaria y generación de energía. Podían discutirse cuestiones económicas, pero Leopoldo explicó que solo con los años se podría evaluar la utilidad de aquella inversión. La discusión se diluyó cuando apareció María con una fuente de ensalada de frutas.

Ese año lo enviaron a inspeccionar obras a Córdoba. La etapa civil del dique de

Embalse del Río Tercero ya estaba concluida, pero se había iniciado la construcción del sistema de embalses niveladores. También estaba en etapa de planificación y mensura un complejo turístico para trabajadores.

Leopoldo había asistido a la construcción del edificio del Ministerio. Allí los sistemas de cloacas estuvieron bajo su control. Pero nunca había observado una obra erigida en la naturaleza. Los macizos de hormigón saliendo de la montaña. Los cerros fragmentándose con dinamita, la detonación, la nube de polvo. Los bloques resultantes utilizados para construir paredones inmensos.

Leopoldo escribió a María apenas logró asentarse. Le contó que extrañaba los paseos por el barrio de Flores, donde ella trabajaba. Recordaba cuando se detenían en los jardines a robarse alguna flor. A ella le gustaban los higos de tuna. A él le gustaba hablar de la arquitectura de los pórticos.

Por aquel tiempo ocurrió un conflicto entre el General Pistarini, Ministro de Obras Públicas, y el ingeniero Fitz Simmons, a cargo de las obras. Los vaivenes de esa complicación trajeron desplazamientos orgánicos. Las tareas de Leopoldo y su cuadrilla se centraron a partir de entonces en la “Central hidroeléctrica Nº 2 del sistema de aprovechamiento del Río Tercero”. Tuvo suerte de que no lo mandaran a los Altos Hornos de Zapla, en la provincia de Jujuy.

En Segunda Usina descubrió un campamento obrero y multirracial, con una colonia de trabajadores yugoeslavos. Oculta entre ondulaciones asomaba una aldea moderna y progresista. El complejo tenía escuela, enfermería, almacén, policía, comedores. La infraestructura de obra estaba compuesta por un depósito de materiales, talleres mecánicos y de carpintería, herrería, tornería, compresores de alta potencia, y un polvorín para depósito de explosivos. Allí Leopoldo simpatizó con Edgardo Fuentes, único maestro de la localidad. Intercambiaban libros y compartían el gusto por la pintura y el dibujo a mano alzada.

Al tiempo que controlaba que el avance no se apartara del proyecto, Leopoldo tenía tiempo para escaparse a ver cómo se instalaban componentes electromecánicos

en la usina de Embalse. Lo hacía en su motocicleta, que había llevado a Córdoba en una de sus licencias. Pasaba a buscar al maestro Fuentes y encaraban juntos hacia el dique grande. Asistieron al montaje de las turbinas, que llegaron con los ejes embalados para no sufrir el deterioro del óxido en su viaje marítimo. Técnicos europeos controlaban la limpieza de los alojamientos, la perfección de los encastrés.

Terminado el tramo eléctrico de aquella obra, Leopoldo dedicó su tiempo libre a la naturaleza y a pintar acuarelas del paisaje. Las encuadraba con marcos de yeso y enviaba a sus familiares. La más bella, el paisaje del arroyo debajo del vertedero, se la envió a María con una carta en la que contaba que había hecho gestiones para recibirla en una casa para huéspedes.

María aceptó la invitación y se dispuso a visitarlo cerca de año nuevo, pero no había vacante de pasajes. Consiguió asiento veinte días después.

Mitad de enero. Atardecer caluroso y húmedo. Leopoldo hervía de entusiasmo. Al día siguiente llegaría su enamorada. Leopoldo se tomó un minuto para mirar las montañas. El cielo se tornó anaranjado y aparecieron estrellas. Estaba seguro de que María quedaría encantada con el lugar. Las chicharras aturdían con su canto, presagio de calor. Titilaban faroles en las playas de pescadores.

Leopoldo ocupó su puesto en la casilla del obrador. Si todo salía bien, al día siguiente estaría con su novia. Entonces, pensó, podrían almorzar en alguna cantina de lugareños. Después tomarían un baño en el río. ¿Aguantaría la piel de María, tan blanca, el reverbero del sol en aquellos remansos?

De repente Leopoldo escapó del ensueño. La casilla estaba temblando. Crujían ruidosamente los chapones laterales. Los frasquitos de tinta rodaban hacia el piso. Leopoldo salió al aire libre. Afuera el gancho de la pala mecánica a vapor oscilaba a tres metros del piso. Sus compañeros se habían agrupado a la intemperie.

Cerca de medianoche escucharon una noticia que les enfrió la sangre. Lo que habían sentido fue una lejana consecuencia de la más desastrosa catástrofe natural que viviera el país.

II

María se bajó del ferrocarril en Río Tercero. La terminal estaba desierta. Solo un cuidador, un perro dormido, y alguien que escapaba de una cantina que cerraba sus puertas. Subió al colectivo que la llevaría primero a Almafuerite y luego a Embalse. Amaneció. Pasando Despeñaderos se largó un chaparrón y el chofer tuvo que aplicar un trapo embebido en orín sobre el parabrisas. De esa manera, dijo, el agua de lluvia resbala.

El campamento obrero estaba agitado. María pensó, en su ingenuidad, que sería así el dinamismo de la obra, o acaso la idiosincrasia de la región. Luego reflexionó. Parecía zona de guerra. Los hombres corrían a reunirse en las playas de maniobra, donde estacionaban decenas de colectivos. ¿Habría ocurrido un nuevo golpe de estado? Lástima no poder sintonizar radio Colonia para enterarse. En un cruce con una mujer conoció la noticia. La ciudad de San Juan había sido destruida por un terremoto.

El maestro Fuentes reconoció a María en el alboroto. Estaba tal cual la fotografía que le diera Leopoldo. La llevó a su casa. Allí estaba la moto de Leopoldo cubierta con una frazada. El maestro contó que la movilización de personal había empezado apenas llegaron noticias del desastre. No quedaba claro quién estaba a cargo, si Perón, Pistarini, o Perlinger, pero todo el Ministerio de Obras Públicas se había movilizó.

A esa hora Leopoldo llegaba a Río Cuarto. Había hecho lo posible por esperar a María y cruzar con ella algunas palabras, pero las maniobras de emergencia se llevaron a cabo con disciplina castrense. Enseguida completaron un tren y partieron hacia Mendoza.

La formación llegó a destino al amanecer del día siguiente. Apenas descendió Leopoldo, apareció un tren con heridos. Sobre un colchón de paja descansaban,

maltrechas por aplastamiento, decenas de personas. Una caravana de camionetas cargó con ellas hacia el Hospital Central. El tren giró en punta de línea y partió nuevamente hacia San Juan llevando cargamento sanitario y personal médico. Se comentaba que el hospital Rawson y el Colegio Nacional habían quedado en pie y se habían transformado en centros de atención a heridos. Era necesario proveerles pertrechos.

Leopoldo fue llamado a dependencias mendocinas del ministerio. El grupo de técnicos esperaba su turno para entrar a la zona de emergencia, apenas terminara el operativo de salud. Sus jefes recibían órdenes de Buenos Aires e intentaban organizarse. La prioridad sería el agua potable. Luego, el emplazamiento de la nueva ciudad y el formato de la vivienda de emergencia, que debía maximizar la cantidad de unidades con un mínimo de insumos. Tanto el clero como la oligarquía bodeguera presionaban para obtener privilegios durante la reconstrucción. Pero el mandato del gobierno era iniciar un plan de emergencia que diera techo a los habitantes, para que pudieran esperar en condiciones de vida aceptables la reconstrucción definitiva.

En tanto Leopoldo pudo observar cómo en los playones se acopiaba material de campaña para cargar los primeros trenes disponibles. Retretes, casillas, duchas, y carpas, en cantidades nunca vistas.

Orden de embarcar. El tren partió a media mañana. A la par del ferrocarril viajaban camiones del ejército, transportando casillas y carros aguateros. El regimiento 22 de montaña se había movilizado. Fueron los encargados de los primeros socorros y de implantar la ley marcial.

San Juan apareció lentamente, sucia de polvo y herida de muerte. Leopoldo no se sorprendió tanto por la destrucción material como por la postura fantasmal de los sobrevivientes, mendigos de piedad en un desierto de escombros. Ambulancias y automóviles recorrían las calles asistiendo a vecinos o preguntando por la suerte de familiares.

El personal de Arquitectura desembarcó equipaje y partió hacia los galpones

de Obras Sanitarias, mientras en las playas de la estación Pacífico comenzaban a habilitarse vagones para dormitorio de los habitantes sin techo. En el camino Leopoldo tomó contacto con el infierno de estructuras vencidas y techos fracturados. Observó movimiento alrededor de una Escuela Normal, que parecía albergar algún tipo de comité, y cómo un grupo de personas montaba un hospital de emergencia. Eran médicos que habían llegado en ferrocarril vía Chepes – Cruz del Eje.

Inmediatamente partieron zanjeros a ejecutar cañería y desobstruir acequias, técnicos viales a enripiar calles, mecánicos ferroviarios a reparar durmientes. Personal administrativo se ocupó de clasificar el material que llegaba de todo el país.

Leopoldo salió en un camión Ford 1937 a relevar los voladizos peligrosos que pudieran venirse abajo con réplicas del temblor. Para que el vehículo avanzara tuvieron que moverse detrás de una topadora que barría los escombros. El camión llevaba en su caja un grupo de operarios y un paquete de vigas de madera, para apuntalar mampostería. Los seguía una cuadrilla de demoliciones. Como se hiciera lento el avance de la máquina pesada, Leopoldo se acercó a ver qué ocurría. Y es que con cada desplazamiento de material asomaba un nuevo cadáver. Leopoldo asistió consternado a la recolección de uno de los cuerpos, pero no pudo soportar la imagen de una familia que quedó a la vista cuando removieron una fachada.

Por la noche el acantonamiento se llenó de llanto y vómitos. A los descompuestos por exposición a la alta temperatura se sumó una masa de espíritus quebrados por la contemplación de imágenes desgarradoras. Leopoldo sobrevivió esa noche perplejo y con la sola visión ralentizada de una caminata junto a una mujer de rasgos finos, piel blanca, ojos azules. San Juan era tierra de faroles y fantasmas.

El segundo día llegó la llovizna y una orden del ministro Pistarini. El operativo debía reconstruir la ciudad antes de los primeros fríos. Se estableció como fecha tope el treinta de abril. Con esta misión fue creado el Departamento Técnico para la Reconstrucción de San Juan, dependiente del Ministerio de Obras Públicas, al cual se subordinarían todas las dependencias autárquicas asentadas en San Juan.

No obstante los esfuerzos humanitarios, subsistía la amenaza de que la descomposición de los cuerpos pudiera traer pestes, y la sugerencia militar de bombardear apenas se transportara a los refugiados. El interventor evaluaba entre asistir a los sobrevivientes en la ciudad destruida o mudarlos a Mendoza para su tratamiento. La escasez de alimentos obligaba a trasladar gente a otras ciudades. En días siguientes partirían trenes con huérfanos hacia Buenos Aires.

Las cuadrillas de obras públicas continuaron con los trabajos iniciados la jornada anterior, solo que al regresar por la noche al campamento, encontraron que se había restablecido la energía eléctrica. Los técnicos de la Compañía Eléctrica de los Andes habían cumplido su misión y ahora repartían comida entre los damnificados.

Recién al tercer día Leopoldo pudo escribirle a María. Le contó de su desesperación, obligado a recorrer calles repletas de escombros de los que asomaban brazos y piernas. Leopoldo se largó a llorar en plena redacción. Lloró un rato, pero llegó un compañero a abrazarlo. Le ofreció vino. Era una botella que había encontrado entre los escombros de una bodega. Se la bebieron toda. Al rato Leopoldo tomó coraje y finalizó la carta. Prometía casarse apenas pisara Buenos Aires.

Esa noche, mientras cenaban, un capataz de vialidad contó que durante un recorrido suburbano había visto cómo los militares llenaban fosas con cadáveres y las cubrían con cal viva. Otro contó que removiendo los restos de la iglesia de La Concepción, encontró destrozados a los asistentes a un casamiento. Se destacaba la novia, con un vestido blanco que le sirvió de mortaja.

Enero finalizó con la inauguración de dos barrios provisorios, contruidos con casillas tipo vialidad y tiendas de campaña. Leopoldo había dirigido la ejecución de los servicios sanitarios.

Limpas las calles de escombros, se reducían las posibilidades de cruzarse con cadáveres. Eso facilitaba el trabajo de los arquitectos. Pero una nueva tragedia sacudió al personal movilizad. Se estrelló en la cordillera un avión chileno que transportaba médicos, heridos, y asistentes. Duelo entre las enfermeras, muchachas

que conformaban la avanzada de humanidad y dulzura en aquella región de tristeza.

María contestó a principios de Marzo, cuando se restableció el correo gracias a la intervención de un avión sanitario brasileiro. Dijo que al regreso de su frustrado viaje los padres la recibieron con los diarios de aquellos días. Luego pudo ver en Sucesos Argentinos algunas imágenes de la destrucción. Para sentirse cerca de Leopoldo asistió a los funerales que se oficiaron en la Catedral de Buenos Aires. El Secretario de Trabajo y Previsión, Juan Perón, había iniciado una colecta para ayudar a las víctimas. Muchos actores y actrices colaboraban con ella, incluso Eva Duarte, una actriz que a María le gustaba mucho. El personal femenino de ferrocarriles colectaba juguetes para los huérfanos. Nada decía del casamiento.

Terminada la demolición de ruinas, llegó la hora de la construcción. Se armó una planta de preparación de hormigón en cada barrio. La escasez de nafta por la guerra y la enorme demanda obligaron a centralizar la producción del insumo. Obreros, mezcladoras, tanques de agua, bolsas de cemento. A esas labores se asignaron los albañiles que llegaban de todo el país.

Pero la construcción con metal desplegado y vigas reticuladas avanzó a mejor ritmo que la mampostería. Se adosaron galpones metálicos a las viejas estructuras de los hospitales Rawson y San Roque. La catedral de emergencia fue construida con chapa de zinc bajo las palmeras de la plaza. Leopoldo tomó nota y se propuso comprar una soldadora apenas volviera a Ciudadela. Necesitaba ejercitarse en el manejo del metal. Esa noche, atormentado por la presión de economizar cemento, tuvo una idea.

El campamento se durmió escuchando por Radio del Estado una alocución del Secretario de Trabajo, que decía: “Os confieso, señor presidente, que esta suma, que pasa de los treinta y tres millones de pesos, puede muy bien motivar el orgullo de todos los argentinos, porque en la elevada cifra está contenida la honda emoción de humildes y pudientes, de viejos y jóvenes, de mujeres y niños, que por igual han sentido en carne propia la enorme desgracia de nuestros hermanos de San Juan.

Por la mañana el jefe de Leopoldo escuchó lo que su subalterno tenía para

decirle. Se rascó la cabeza. Otros técnicos se miraron. La única forma de satisfacer la demanda habitacional era recurrir a una construcción experimental que combinara los tres materiales básicos: áridos, metal, y madera. El producto final estaría por debajo de los requerimientos de la clase alta, pero el deber del estado era dar pronto techo a toda la sociedad, sin fijarse en caprichos sectoriales. Las casas experimentales tendrían un zócalo de ladrillos hasta el metro y medio, columnas, vigas, y cabriadas standards de maderas, y cerramientos de chapa. Serían simples, de rápida fabricación, antisísmicas. La producción en serie de las piezas de carpintería reduciría tiempos y costos. Luego quedaría en manos del gobierno otorgar créditos para que los propietarios pudieran realizar mejoras.

A fin de Marzo se construyeron los prototipos y se evaluó su desempeño. La construcción en la nueva tipología cubrió toda la ciudad. Abril transcurrió con los barrios experimentales en construcción sobre zona segura, a un kilómetro de las ruinas.

Leopoldo se animó a escribir una vez más. Había rumores de finalización de las obras. Contó a María que a causa de los nervios había empezado a perder el pelo. Quería saber qué pensaba ella del casamiento, pues en su carta no había dicho nada. Finalizaba contando que habían recibido la visita del presidente Ramírez y que iban a derribar una de las torres de la catedral, por el riesgo a que se derrumbara sobre la calle.

.....

La infraestructura ejecutada al vencimiento del plazo fijado por el ministerio permitía levantar la emergencia y encarar una reconstrucción definitiva. El Departamento Técnico para la Reconstrucción quedaría a cargo de las obras, pero desprendiéndose del personal convocado de urgencia. Desde días antes las tareas de los arquitectos se habían limitado a dotar de carácter antisísmico a edificios públicos. Nuevos rumbos reclamaban la mano de obra del ministerio: las usinas de Córdoba, las rutas y caminos del norte, el aeropuerto internacional de Buenos Aires.

En cena de camaradería el interventor reconoció el esfuerzo de los cinco mil obreros que construyeron una ciudad provisoria en cincuenta y seis días, empleando tiempo récord y tecnología experimental. Habían ejecutado más viviendas de las que se había construido el año anterior en Buenos Aires, y sin tocar un solo peso de las colectas, solo con el presupuesto de Obras Públicas. Abrazo generalizado entre los constructores. Los hombres de la emergencia podían volver a sus hogares, victoriosos en su batalla contra la destrucción.

Leopoldo apretó con fuerza su bolsillo. Allí descansaba la carta en que María aceptaba casarse con él siempre y cuando regresara con algo de cabello, y en tanto cumpliera con llevarla cuanto antes a bañarse en el arroyo cordobés que había pintado con acuarelas.

Bibliografía

- www.fundacionbataller.org.ar
- www.hemerotecadigital.com.ar
- www.inpress.gov.ar
- www.wikipedia.org
- www.diariodecuyo.com.ar Informe 60 aniversario del terremoto
- “**Obra de Emergencia en San Juan**” 1944 – Publicación del M.O.P. de la Nación.
- Documental “**La Grieta**”, de Daniel Bosque y Enzo Velazco.
- “**Memorias, datos y comentarios para la historia de la Villa Segunda Usina**” – Ernesto A. Chiavassa. Edición de Autor.

Glosario:

Cabriada: Estructura reticulada triangular que permite distribuir las cargas

ejercidas sobre ella en los dos vértices de su base. Elimina la necesidad de construir columnas centrales.

Estación Pacífico: Nombre antiguo de la estación sanjuanina de ferrocarriles. Luego, en algún momento de la historia, pasó a llamarse Estación San Martín.

Fitz Simon (Santiago): Ingeniero argentino, alumno de Cassafousth y Bialet Massé, constructor de varios diques en las provincias de Córdoba y San Luis, junto al ingeniero Juan Carlos Alba Posse.

Perlinger (Luis César): Ministro del interior de los presidentes Ramírez y Farrell.

Perón (Juan Domingo): (1895 – 1974). Líder argentino, tres veces presidente de la nación. Fundador de la doctrina y el partido justicialista. Al momento del terremoto era Ministro de Previsión y Trabajo, y al final de la reconstrucción era Vicepresidente de la Nación.

Pistarini (Juan): (1882 – 1956). Militar. Ingeniero. Ministro de Obras Públicas de Justo, Farrell, y Perón. Luego ministro de Marina.

Ramos Mejía: (Exequiel). (1852 – 1935). Abogado. Ministro de agricultura de Roca, Figueroa Alcorta, y Sáenz Peña, luego ministro de obras públicas, todo ello a principios del siglo XX.

Sucesos Argentinos: Noticiero audiovisual cinematográfico. No hay certeza de que haya emitido imágenes del terremoto a poco tiempo de haber ocurrido éste, como sugiere el cuento, pero sí es cierto que entrado el 44, con Perón como

vicepresidente, fue utilizado para difundir las noticias de la reconstrucción.

Tiralíneas: Lápiz a tinta china utilizado en dibujo técnico.

Segundo Premio Categoría B

Autor: Lucía Céspedes

Seudónimo: Irene Adler

“EL FLORECIMIENTO DEL GENIO”

Ah, ahora sí, qué bien se está acá. La tierra es blanda, el agua es fresca, el viento leve, y el tímido sol inglés que amaga a salir alcanza para entibiarnos a todos. Sí, definitivamente, encontré un lugar donde echar raíces.

A veces los otros me miran raro, pero es que digan lo que digan, me encanta observar a las personas. Son fascinantes, tienen algunos aspectos interesantísimos. Por ejemplo, ¡el sol los amodorra! Nunca falta quien se tienda a mis pies y se quede quieto por horas. Yo no sé, a mí la fotosíntesis me reactiva. Me llena de una energía que me recorre de punta a punta, y es una delicia tal que me estiro lo más posible para captar hasta el último rayito de luz. Pero a ellos el sol parece tumbarlos. Es más, para echarse a descansar prefieren buscar la sombra. Cosas de la especie...

Mi vida se mide en ciclos. Florecer, madurar, marchitarse, hibernar, renacer y volver a florecer. De cada estación rescato algo, todas tienen su encanto. La primavera es un vértigo de perfumes; el verano trae un verdor sin igual; los sabores dorados del otoño; y en invierno, la quietud y el cobijo. En este tiempo me conocí con mis compañeros: robles, álamos y otros frutales como yo. Ah, y las personas, por supuesto. El señor de la casa es un buen hombre, trabaja mucho y cuida la finca. La señora pasa más tiempo dentro y todos la atienden; parece que lleva una semilla muy especial que florecerá en unos meses. Estoy ansioso por verlo.

Este invierno está siendo triste. El señor murió hace unos meses. La señora no parece haberse repuesto, pero ahora tiene otras cosas en qué pensar. Anoche, mientras las campanas de la iglesia sonaban incesantemente, nació el retoño que esperaban. Lo vi cuando ella se acercó a la ventana. Es muy pequeño, muy frágil. Espero que tenga la fuerza suficiente para crecer como se debe. Por lo que escuché (y

esta es otra manía de las personas, la necesidad de ponerse y ponerle nombres a todo, como si sin una forma de decirles se olvidaran de qué es cada cosa), lo llamaron igual que a su padre, Isaac.

He llegado a encariñarme con el niño. Su madre lo deja pasear a sus anchas por el jardín. Me cae muy bien, es amable con los animales y con nosotros. Eso sí, sigue siendo delgado y no muy fuerte; a veces trata de treparse a mí o a los robles y sólo logra llegar a las ramas más bajas. Se cae bastante seguido, pobre. Pero cuando está en el suelo, con el pelo lleno de hojitas, veo algo más que frustración infantil en él, más que empeño y perseverancia, este chico quiere entender por qué se cayó, qué le salió mal, cómo conseguirlo la próxima vez. Y lo intenta de nuevo. Y trata de otras formas. Se sigue cayendo, pero no le importa. Alguna vez conseguirá trepar a lo más alto.

¿Es que las personas no pueden establecerse? ¿Ni siquiera en este lugar encantador? ¿Ni siquiera por otra persona? Isaac sólo tiene tres primaveras y se ha quedado sin padres. La señora se fue en el carro de un hombre, llevando cuantos baúles le fue posible. No la hemos vuelto a ver.

A veces, niños de granjas vecinas llegan hasta nuestro jardín. Admito que me encanta ser cómplice de sus travesuras, pero al mismo tiempo, siento algo de tristeza al ver que Isaac (se me está pegando el asuntito de los nombres) nunca se les une. Se está volviendo cada vez más retraído. No parece sentir ningún cariño por su abuela, que quedó a cargo de la casa y de criarlo. Ahora que está más crecido, le asignan tareas en el campo que lo fastidian, puedo notarlo. Por suerte, sigue paseando por el patio, buscando alejarse de los demás. No sólo está solo por no estar acompañado, está solo por dentro, solo consigo mismo. Sin embargo, por más marchita que esté su mirada, todavía tiene una gran curiosidad por todo lo que lo rodea. Observa, piensa, reflexiona. ¿Conversará con él mismo? ¿Se bastará para resolver los enigmas con los que sueña? ¿Podrá responder esas preguntas más grandes que él, que yo, que todo lo que conocemos?

La soledad siempre pesa. La indiferencia, también. El resentimiento se va

construyendo. Entonces, ¿cómo se puede actuar ignorando tanto tiempo de abandono? Hoy la madre de Isaac volvió a la granja. Trajo aún más cosas de las que se llevó al partir. Lo que más me llamó la atención, dos niñas y un niño vinieron con ella. Isaac, por su parte, cuenta ya con doce primaveras y se ha forjado un carácter particular, por lo que la llegada no fue una escena agradable. Hubo gritos, protestas, acusaciones, peleas... parece haberse desatado una tormenta exclusivamente en este rincón de la tierra.

Insisto: las personas no saben estar quietas. No sé si es que no entienden la dicha de sentir propio un pedazo de suelo, de formar parte de la tierra, de pertenecer a un lugar y cambiar juntos. O tal vez sus angustias son tan profundas que sólo moviéndose pueden intentar enfrentarlas. De todas formas, no creo que nadie de la casa sienta una angustia mayor que yo: esta vez es Isaac el que se va. Saber que no era feliz acá no alcanza a soslayar el deseo egoísta de que se quede, o la incertidumbre de si lo volveré a ver algún día. Me resistí a dar fruta en señal de protesta.

Estoy acompañado, pero me siento solo. Si bien los niños nuevos me alegran un poco, los días pasan uno tras otro, sin sobresaltos, monótonamente. Extraño las sorpresas que me deparaba la mente de Isaac cuando intentaba comprenderla.

Tengo un nuevo amigo: el viento. Me trae noticias de lugares lejanos, me distrae y entretiene. Me cuenta de grandes ciudades, increíbles descubrimientos, máquinas colosales, guerras dentro y fuera de las iglesias, teatros donde las pasiones de los hombres se muestran en escena... en fin, cosas de la especie.

Isaac nació una noche como esta hace catorce primaveras. Lo cuento en primaveras, pero en realidad fue en invierno. Algo especial debe tener esta fecha para las personas, porque la iglesia toca las campanas todo el día, los niños de la casa cantan canciones, y preparan la comida con el mayor esmero. Las personas celebrarán algo importante; yo no puedo más que recordar a Isaac y preguntarme dónde estará y en qué se habrá convertido.

Hoy el viento me contó de una escuela en un pueblo cercano. Me contó que uno de los alumnos sobresale del resto porque es el primero de la clase, si bien es tímido, silencioso y solitario; que se entretiene armando extraños dispositivos mecánicos; que tiene habilidades que los demás envidian y una mente que los demás no entienden. Ahora, por mis vasos circula savia y alegría.

Pasé los últimos ciclos conversando con el viento. Me hizo darme cuenta de que el mundo es mucho más grande y complicado de lo que jamás hubiera imaginado (y cómo podía ser de otra manera, si está controlado por las personas). También me aficioné a mirar el cielo. De allí vienen cosas buenas, como la luz y la lluvia; y cosas malas, como los rayos y el granizo. Es profundo, lo noto sobretodo de noche, cuando no hay luz para mostrar ningún camino. Pienso que si pudiera hundir mis raíces hacia arriba, entendería mejor de qué se trata.

Estoy más feliz que naranjo en flor: Isaac volvió. Creció, las ramas que antes no podía alcanzar trepando ahora tiene que apartarlas del camino al pasar. No parece entusiasmado con el regreso a la granja, pero al menos reconoció el jardín y estuvo cosechando fruta con una cálida nostalgia en el rostro.

Por primera vez estoy de acuerdo con la señora: ella pretende que Isaac se quede en la granja permanentemente. Como era de esperar, el reencuentro entre los dos no fue precisamente alegre. Isaac no quiere saber nada de convertirse en un granjero de tiempo completo. Va a buscar irse lo antes posible, lo presiento. Mejor aprovechar el tiempo que lo tenga conmigo.

Hay un hombre que está viniendo bastante seguido. Isaac lo trata con aprecio y la señora con respeto, supongo que será algún pariente. Se la pasan conversando sobre estudios y universidades. A Isaac le brillan los ojos cada vez que tocan el tema. Tendré que ir preparándome para despedirme de él de nuevo.

Isaac se fue ayer. Convencieron a su madre de que está hecho para algo más que nuestra pequeña finca. Y estoy de acuerdo, soy el primero en darme cuenta de que lo esperan cosas grandiosas, pero eso no hizo más fácil o menos doloroso el verlo

partir. La tarde anterior había dado un paseo por el jardín, ensimismado en sus papeles (este último tiempo era raro verlo sin una pluma en la mano, tomando notas febrilmente). Al anochecer me acarició como despidiéndose, y yo le encargué al viento que lo siguiera.

El viento tardó en encontrarlo. Isaac está lejos, en una imponente universidad sobre un río. Dice el viento que lo vio deambular solo, evitando la compañía, escribiendo como loco, leyendo a los más brillantes pensadores del momento. Yo que lo conozco bien, sé que eso es todo lo que quiere.

Noticias desalentadoras vienen del este. Mientras Isaac está ayudando a desentrañar los secretos del universo, en las grandes ciudades se propaga una plaga que ataca allí donde haya muchas personas juntas. Parece irreal que en este pacífico condado los agricultores todavía se ocupen de la cosecha y las mujeres sigan tejiendo mantas sin saber que la peste negra está asolando a todo el continente.

¡Isaac está en camino! El viento lo vio irse de la universidad. Todos los estudiantes y profesores la dejaron por precaución contra la plaga. No puedo esperar a que llegue. Si sigo inclinándome para espiar la ruta voy a desplantarme.

¿Cuánto puede llegar a escribir una persona? Isaac llegó hace unas horas y todo lo que ha hecho es descargar y organizar cajas y cajas de papeles llenos de su letra diminuta. Textos, diagramas, tablas, dibujos y cálculos, muchos cálculos, números, operaciones, incógnitas. ¿Todo esto produjo mientras estuvo fuera?

Isaac también trajo muchísimas cartas. No creo que sean personales, sino relacionadas con sus estudios. A decir verdad, debería decirles “investigaciones”, porque hace tiempo que dejó de ser un simple estudiante. Cuando se sienta bajo mi sombra a releerlas, me entero de la admiración que despertó en sus maestros y colegas. Está logrando el reconocimiento que siempre mereció. ¡Finalmente!

Si algo he aprendido, es que cada persona es distinta, así como no hay dos árboles iguales. Cada uno se inclina en una dirección diferente, incluso los hay algo retorcidos. Isaac debe ser un poco retorcido en los términos de las personas. Por eso

es tan brillante y único. La universidad sigue cerrada por la enfermedad, pero él decidió continuar con sus investigaciones acá mismo. El otro día hizo algo sorprendente. Sostenía alguna clase de grueso vidrio triangular, y lo colocó cerca de la ventana en una posición que estuvo largo rato midiendo. Cuando un rayo de luz lo atravesó, se dividió en siete rayos de colores. Fue algo de extraordinaria belleza, era como ver todos los colores conocidos liberarse al salir de la luz blanca. No sé cómo lo hizo, pero Isaac creó en una pequeña habitación lo mismo que se ve a todo lo ancho del cielo cuando el sol sale después de llover. Voy a empezar a creer que tiene algo de mago.

Según el viento, nadie en ninguna otra parte jamás hizo lo que Isaac con la luz. Me extraña. ¡Él lo hizo parecer tan fácil! Desde que observó el rayo blanco dividirse en colores, escribe como nunca. Uno de sus papeles lleva el título de “Opticks”. ¡Quisiera ver cómo reaccionan los sabios de la universidad ante esto!

Después de varios meses de intensa actividad, Isaac parece haber bajado el ritmo. En realidad me parece algo bueno, también tiene que cuidar su cuerpo y sus nervios. Últimamente había estado muy celoso de sus trabajos e ideas; está bien que se tome un descanso. De todas formas, se cae de maduro que sus eternas preguntas no van a dejar de acosarlo. Digamos que acordaron una tregua.

Isaac estuvo paseando por el jardín. Se sentó a mis pies, como tantas veces, y se puso a mirar el cielo. Era una tarde despejada, no diferente a tantas otras, nada indicaba que fuera a pasar algo extraordinario. Pero con Isaac cerca, nunca se sabe. El viento soplaba suavemente, y me contaba no sé qué sobre un alemán y órbitas elípticas.

Una sola manzana se desprendió de mi rama y cayó al suelo.

No puedo explicar lo que pasó a continuación. Isaac se quedó mirándola con demasiada intensidad, yo no entendía qué podía ser tan interesante. Su expresión se fue transformando de un modo indescriptible; podía sentir su ansiedad, los agitados pensamientos que de repente se encontraban y conectaban en su mente, de pronto la

comprensión, el caer en la cuenta, y la posterior incredulidad, ¿podrá ser que...? Ladeó la cabeza y con el dedo trazó en el aire el recorrido de la manzana: una perfecta línea recta de mi rama al suelo. Luego se levantó apresuradamente y la tomó, sosteniéndola como si nunca hubiera visto algo tan hermoso. Se dio vuelta y me miró, su mirada recorrió todo mi follaje y después se clavó más allá. Repentinamente parecía capaz de penetrar en el enigmático mar azul que se extendía sobre nosotros, y que en el horizonte comenzaba a teñirse de otoño. “Key to secrets of the universe...”¹ murmuró a la roja manzana, y lentamente se fue hacia la casa sin dejar de hablar para sí.

Todavía no entiendo el episodio de la manzana, pero debe haber sido muy significativo. Isaac se obsesionó con eso. Todos sus esfuerzos se dedican a explicarlo. Lleva escritas páginas y páginas que no deja que nadie lea. Por otra parte, está llevándose mejor con su madre. En buena hora.

Al parecer la plaga terminó, porque Isaac volvió a irse a la universidad. Espero que comparta con alguien sus ideas, con alguien que pueda entenderlas, preferentemente.

El viento dice que Isaac ya es profesor (aunque no el más popular) y que es una de las personas más importantes de la universidad. Recibe visitas de colegas con frecuencia, pero no tiene problema en no atenderlos si está ocupado meditando sobre alguna cuestión, lo cual ocurre la mayor parte del tiempo. Se dedica a perfeccionar los métodos de cálculo y a construir alguna clase de cilindros con los que observa detenidamente el cielo nocturno. Existe en la gran ciudad una sociedad de sabios a la que Isaac regaló uno de estos cuando fue elegido como miembro. Creo que en ese grupo encontrará a sus verdaderos pares.

Hay tantas noticias de Isaac en el aire que mi mensajero amigo no tiene que esforzarse en buscarlas. En todo debate sobre la naturaleza, Isaac está presente. “Debate”, casi podría decir “peleas”, porque la defensa que hace de sus ideas es feroz. Son suyas, de nadie más. El viento (quien también está prestando atención a los

¹ “Clave para los secretos del universo”, inscripción en el pub The Isaac Newton, Cambridge, Inglaterra

nombres, debe ser una costumbre contagiosa) lo escucha mencionar a Robert Hooke como su archirrival. ¡Y aún no publicó nada!

Volví a ver a Isaac, aunque sólo por unos meses y por otra pérdida en su vida. Su madre murió. Toda la granja parece mustia, incluso yo mismo me siento decaído. Ya no hay nada que lo ate a este lugar, es libre de irse para siempre a difundir su genio por el mundo.

Nunca antes había habido tal revolución en el conocimiento, según se dice. Alentado por un tal Halley, Isaac publicó lo que para él son los principios matemáticos de la filosofía natural. El libro desató una locura, se agotó, tuvieron que reimprimirlo. Los investigadores de todo el país y el continente de repente tienen en sus manos la explicación de cómo se mueven el mundo y el cielo. Isaac se está haciendo más y más famoso y reconocido. Sigue discutiendo con cualquiera que critique su trabajo o le lleve la contra. Aunque son cada vez menos.

LAS-PERSONAS-NO-PUEDEN-ESTABLECERSE. ¿Nunca se conforman? Lo último que supe de Isaac es que dejó la universidad y se mudó a la gran ciudad capital. ¡Y es evidente que no fue un buen cambio! El viento me cuenta rumores de que no duerme, está deprimido, se siente perseguido, lo creen inestable. Ya no se centra en los problemas físicos exactos, sino que pasa mucho tiempo leyendo y haciendo raros experimentos con sustancias desconocidas. ¿Para qué?

Felizmente, el viento me trajo la noticia de que Isaac logró salir de su crisis. En la ciudad le encargaron dirigir la producción de monedas. Además (como yo había predicho hace tantos ciclos), llegó a lo más alto de todo: es ahora el presidente de esa sociedad de científicos o investigadores. No hay otro como él, es la máxima autoridad en ciencias que ha habido. Los demás se miden según sus parámetros; su sistema de interpretación del mundo domina el escenario del saber. Publicó su trabajo sobre la luz, lo que no hizo más que incrementar su fama. Todavía sostiene debates y polémicas (un matemático llamado Leibniz es su nuevo contendiente), pero su reputación y su poder ya son demasiado grandes para que alguien pueda superarlo.

Ahora incluso lo llaman “Sir Isaac”.

El tiempo pasa inexorablemente. El tiempo es igual para todos los seres. Yo mismo ya no soy una plántula. ¿Hace cuánto que me instalé en este patio? Mis anillos de crecimiento dicen que fueron muchos ciclos. Así como me siento decaer lentamente, sé que el cuerpo de Isaac también se deteriora. Me quedo con dos imágenes: la del chiquillo curioso y la del pensador incansable.

El viento llevó algunas de mis flores al funeral de Isaac. Dice que fue esplendoroso, las personalidades más renombradas asistieron formando un cortejo digno de un rey. Fue enterrado en la abadía de la ciudad con los mayores honores posibles. ¿Triste? Sí, por supuesto, voy a extrañarlo muchísimo. Pero al mismo tiempo sé que voy a seguir teniendo novedades tuyas, su nombre va a seguir siendo pronunciado, sus ideas están más allá de nimiedades como vivir o morir; gracias a sus ideas, Isaac ya es inmortal.

Pasaron 100 ciclos desde la muerte de Isaac. Generaciones de laboriosos granjeros se hicieron cargo de la casa y los campos. Nos cuidan muy bien y cada tanto realizan injertos para preservarnos cuando ya no estemos. Esos pequeños vástagos, que no saben dónde serán plantados, son parte de mí y llevarán mi legado adonde se instalen. Tal vez, alguno de ellos deje caer una manzana que inspire a otra mente privilegiada.

Hubo una tormenta que me venció. Fue demasiado fuerte para este árbol anciano. Quedé destrozado pero mis raíces siguen aferradas a esta tierra que tanto amo. No me van a derribar fácilmente, por más viejo que esté. Las personas juntaron mis ramas caídas y se las llevaron con algo parecido a la reverencia.

Mis vástagos están partiendo. A través de ellos conozco el mundo. ¡Qué inmenso, abrumador, vertiginoso es! Ciertamente, las cosas han cambiado. O las personas las han ido cambiando. Y a cada lugar que voy, se nombra a Isaac como una de las personas más influyentes en el pensamiento que jamás haya habido. Me atrevo a añadir, y que jamás habrá.

Estoy en todas partes. Las personas hablan de distintas maneras y me dan muchos nombres. *Malus domestica*, Flower of Kent, apple tree... pero mi favorito lo escuché cuando llevaron a uno de mis hijos a un país lejano, muy al sur. Lo plantaron en el jardín de una biblioteca, en un instituto de investigación y enseñanza. La frescura del aire, el cielo límpido y el cercano lago cristalino me recuerdan a mi tierra natal. Lo que más me gusta, sin embargo, es que en los jóvenes estudiantes que se pasean distraídos, concentrados o preocupados veo vivo a Isaac. Es más, hace poco, uno de ellos le comentaba a una chica que venía de visita: “Y de los árboles podés sacar la fruta que quieras. Vos cagate de risa, pero el que más da es *el manzano de Newton...*”

Mención Especial Categoría B

Autor: Loss, Nicolás Augusto.

Seudónimo: Hans Herschell

EL DESCARGO

El límite de mi lenguaje es el límite de mi mundo.

Ludwig Wittgenstein

Sé que se han comunicado con usted, Director; sé que una carta enviada a su despacho denuncia mi proceder. Sé que se me acusa de enrevesar el lenguaje, de forzar los términos, de ser el causante de que el libro de quejas ocupe un sitio fijo sobre el mostrador. Y sé también, porque además de llegarme los rumores he leído la copia de la carta que circula por las galerías, que el redactor del mensaje afirma hablar en nombre de los visitantes; dudo, sin embargo, que los mentores de su prosa hayan sido los niños.

Y es que ellos no saben conspirar; apenas les llega el pulso para garabatear alambres de colores. No dominan la escritura y menos aún son capaces de generar consenso en mi contra. De hecho, carecen de prejuicios; hasta arriesgo el postulado de que disfrutan de mis palabras.

Por ello descarto la conjetura de que hayan sido ellos los promotores de la denuncia. Durante los años que he ejercido este oficio jamás he recibido ofensas de su parte. Puedo reprocharles su alboroto, su aliento a caramelos, pero de ninguna manera atribuirles la intención de perjudicarme. Y eso que me apodan, Director; reparan en mi vocabulario y a menudo me califican con sustantivos que desestiman mi cordura; se miran entre ellos y se hacen rulos en las sienes con el índice acusador; no obstante, si bien tales insinuaciones respaldan la tesis de mi detractor, bien las

interpreto como bromas infantiles y no como una prueba irrefutable para desacreditar esta defensa.

Y le diré por qué, Director: día tras día, cuando ascienden las escaleras y atraviesan las puertas y desbordan de murmullos la antesala vacía, soy el primero en presentarme para pronunciar el discurso de bienvenida. Aquel contacto rutinario, en donde además les explico la mecánica de la visita, me basta y me sobra para darme cuenta de que ya los he perdido: son insensibles a mis palabras; están pendientes de las vitrinas, de las luces ambarinas, del esqueleto de megaterio que devora invisibles árboles; poco les sugiere el prólogo del desconocido cuyos dedos extendidos señalan hacia la rampa para invitarlos a transitar los eones del asombro. De modo que no son ellos sino sus tutores los únicos atentos a mis directivas; son los adultos y no los niños quienes advierten el carácter de mi lengua y se me acercan sigilosos y me reiteran las edades de los pequeños, como dando a entender que cierta terminología podría confundirlos y convertir así al itinerario en una telaraña de incomprensión. Yo los dejo hacer; asiento con la mirada mientras cuento las cabezas fugaces que van pasando bajo mi mano, y luego me adelanto a la fila y chasqueo los dedos para despertar a los más rebeldes de la hipnosis de la dispersión. Entonces doy inicio al recorrido; me dirijo hacia la rampa; cruzo el punto de partida y tras mi espalda se encadena una estela de aprendices de blanco guardapolvo. Van tomados de la mano, ligeros y sonrientes, como siluetas recortadas en un acordeón de papel.

Ahora bien, Director, no es el protocolo del ingreso lo que incomoda al denunciante. Hasta ese momento, según refiere, el curso de los hechos se ajusta a sus expectativas. Sólo una variable queda por fuera del horizonte de sus antelaciones, y en la carta afirma habérmela nombrado, aunque aprovecha también los renglones para despacharse y adjudicarme una dudosa disposición para escuchar. De modo que los párrafos siguientes son los más ricos en críticas; relata el itinerario sirviéndose de una prosa autocomplaciente: una vez desoídas sus advertencias señala cómo sus presunciones se vieron ciertamente ratificadas. A través de sus observaciones- meras

lentes selectivas- el recorrido es juzgado como un paseo ininteligible, una clase extracurricular cuya jerga académica es imposible de entender.

Y le demostraré que no es así, Director, aunque debo admitir que la rampa conduce a una galería de difícil descripción. A la izquierda de los visitantes, detrás de una mampara de vidrio, se advierte un paisaje precámbrico donde los apelativos se acaban y comienza el derecho de la ciencia a nominar el mundo con nuevos términos. Y no es soberbio mi comentario, menos aún pretencioso mi reclamo; durante siglos y siglos los investigadores se han empeñado en descubrir las antiguas edades de la tierra, y el tesón de sus esfuerzos no merece a mi criterio ser traducido al lenguaje corriente. De modo que les explico a los presentes con las manos tras la espalda que lo que observan detrás del cristal corresponde a un paisaje hadeico de páramos de zircón, el amanecer violento de un planeta caliente cuyos mares de hidrógeno bañaban litorales de cuarzo- como pueden ver en la imagen central- y que si bien a todas luces parecía un entorno ajeno a las condiciones de la vida, en los cráteres ensopados de sus ciénagas de azufre ya bullía la base de nuestra actual existencia. Es ésta la instancia que más intriga a los niños: estampan sus manos y narices contra los vidrios, se olvidan de sus juguetes, de los dibujos animados, sus miradas reflejan el resplandor rojizo del panorama de cascadas de magma de basalto y sus tímpanos se estremecen con el lejano estruendo de las olas que estallan en acantilados de espuma de cenizas; tiembla ante sus ojos el hipotético y primigenio supercontinente de Vaalbará. Y claro que no descubren la ficción; son demasiado ingenuos como para desconfiar; es tan minuciosa la puesta en escena de aquella detallada impostación, que desconocen que los volcanes son de puro cartón de utilería, y la lava de bicarbonato, y el sol un reflector anémico cuya gravedad no alcanzaría ni para poner en órbita a una simple polilla. De todas maneras, es tan hechizante para ellos la labor de los maquettadores, que cuando cambiamos de período ya han perdido el contacto con la realidad.

Sólo algunos tutores suelen acompañarlos en la siguiente etapa, aunque mi

detractor pertenece a la categoría de quienes prefieren observar detrás de los vidrios. Los niños, sin embargo, han celebrado con agrado el hecho de quitarse las zapatillas, y me siguen callados a través de un estanque de algas verdes que semeja las riberas de Pangea. A los pocos minutos van dejando huellas ciegas en un estero de niebla sin horizontes, apenas distinguen la lejanía cenicienta, sus talones aplastan colonias de vetuvícolas, sus tobillos rozan cardúmenes de trilobites, y cuando se atreven a sospechar que las medusas son de silicona y sus filamentos cintas de celofán, sus pisadas encuentran resistencia en un fango cargado de crustáceos que se revuelve tibio y más cargado de vida a medida que más aumenta la humedad. Son testigos de la explosión cámbrica, el nacimiento masivo de criaturas marinas, cuya prolífica existencia quedó grabada para siempre en cientos de fósiles apretujados en lajas de caliza. Es una pena que el ochenta por ciento de tales criaturas se haya extinguido en la glaciación- les comento al pasar-, y con muy buen acierto de la lógica pero con un mal sentido temporal suelen preguntarme si estoy hablando de la misma glaciación que extinguió a los tiranosaurios. Entonces río, algo saben de paleontología; doy un suspiro de corrección y les aconsejo que no se dejen engañar por los documentales, que los dinosaurios son un placer arqueológico pero también un negocio de las jugueterías, y que de las cinco extinciones masivas que ocurrieron a lo largo de la historia yo me refería a la *primera* y la de los dinosaurios fue la *última*. Así que imagínense- prosigo- la cantidad de floras y faunas que han quedado por fuera del imaginario popular por no aparecer en la literatura o la cinematografía. De todos modos- aclaro- no hay que temerles a las extinciones; son una oportunidad para el surgimiento de nuevas formas de vida. Y si no me creen- remato, pisando tierra firme- les presento a los jardines del Devónico.

Al contrario del Cámbrico, donde la fauna marina era la reina por excelencia, lo que caracteriza a este período es la abundancia de flora. El suelo es una alfombra de raíces, y la ligera marcha que emprendemos por este paraíso de calor se ve entorpecida por una insólita vegetación sin hojas. Nos rodea una jungla de rhynias, de

variadas alturas, que se multiplican hacia todas partes a través de un pantano bien retratado en los murales del horizonte. Es una instancia donde los niños suelen preguntarse dónde están, los asalta el conjuro de la sugestión, van caminando como sonámbulos entre gigantescas horquetas amarillas y se sienten sofocados, embestidos por ráfagas de vapor, y aunque fingen valentía y continúan esquivando ramas de rizomas y juncos de esporangios, bien les vendría el alivio de darse cuenta de que son de plástico las rhynias y de telgopor las esporas. Al final, un paisaje infranqueable los hace darse por vencidos. Han llegado a una charca típica del Devónico Inferior, un ámbito olvidado en el continente de Gondwana en cuyo oleaje de manglar apenas se filtra la claridad.

Y es aquí cuando sobreviene el meollo de mi descargo, Director, porque mi detractor me tomó de sorpresa cuando hicimos un paréntesis para reflexionar. Me senté sobre las piedras y tomé un trago de mi cantimplora y les recordé a los presentes que una vasta distancia temporal aún nos separaba de los Grandes Saurios. Ni siquiera habíamos llegado al Carbonífero, millones de años restaban para el Pérmico, y ya se desplegaba la vida como un abanico de especies de las más variadas. Entonces me dispuse a mostrarles una en particular, una que merecía la atención de todos por ser el eslabón entre el océano y la tierra, y hundí mis manos en la charca y atrapé un ejemplar de *tiktaalik*. No había acabado de sacudirlo para desprenderle el fango de las eras cuando vi al hombre detrás de los niños.

Hago memoria, Director, pero me resulta difícil recordarlo porque estaba a contraluz de la claridad. Tenía los brazos cruzados, las piernas separadas, y si bien los tutores tienen permitido el ingreso a la sala, admito con sinceridad que me desconcentraba que su zapato derecho retumbara sobre la alfombra y que su vista reparara una y otra vez en el reloj. Ya lo había visto antes, primero en el hall de entrada, luego cuando me aconsejó que adecuara mi lenguaje al de los niños, y hasta había sentido su vigilancia cuando nos siguió paralelo a los vidrios mientras caminábamos por el estanque. Y ahora aparecía, insistente y con aires de supervisor,

para presenciar una definición a cuyo vocabulario yo no estaba dispuesto a renunciar. De modo que lo ignoré, Director, debo confesarle que pestañeé con indiferencia y volví a reparar en el *tiktaalik* que sudaba lodo por los poros, y les expliqué a los niños que aquí tienen a su tatarabuelo, amigos: cordado, vertebrado, tetrápodo, pulmonado, branquiado, sarcopterigio, transicional, y así continué, detallé sus articulaciones sin escatimar vocales ni consonantes, y tomé un cortaplumas y le abrí las vísceras para que nadie se quedara sin palpar sus órganos artificiales. Si usted hubiera visto a los niños, Director, maravillados de estupor, extendían sus manos, se amontonaban a mi alrededor, se peleaban entre ellos para hacerse espacio, y la mirada desprevenida del testigo de porte de cemento tomaba nota de cada una de mis palabras, aunque le aseguro, y si no quiere creerme no me crea pero sea cómplice de mi mentira, que yo no las pronunciaba letra por letra como un modo de provocación. De todas maneras, así lo debe haber interpretado, se debe haber sentido desafiado en algún recóndito estamento de sus prejuicios, porque con un silbido de comando reunió a los niños en fila y dio por acabada la experiencia.

Sé que no es culpa mía, Director, aunque admito que tengo una cuota de responsabilidad. Los niños se quedaron sin ver las libélulas del Carbonífero, los dimetrodotes del Pérmico, los placodontes del Triásico y las macrauchenias del Holoceno. Alcancé a gritarles a través de la perspectiva de la galería que regresaran cuando quisieran, que faltaban las eras más corrientes y trilladas, pero su tutor ya se había inclinado sobre el libro de quejas y dejaba constancia de la necesidad imperiosa de revisar el vocabulario y adecuarlo al nivel de niños de jardín de infantes.

Un hombre sin asombro, Director.

Como si la ciencia sólo tuviera que ver con las palabras.

Mención Especial Categoría B

Autor: Franco Rafael Mir

Seudónimo: Martín Aranga

DE AMOR Y DE CIENCIA

*A Alan Turing. Matemático, informático y filósofo inglés,
padre de la computación y de la teoría de la morfogénesis de los seres
vivos.*

*Condenado por la Corte Británica a una castración química por su
homosexualidad en 1952,
se suicidó dos años después comiendo una manzana envenenada.*

Los haces de luz que el rabioso sol de enero proyectaba aquel mediodía se escurrían irrespetuosos por las rendijas de la persiana de la habitación principal de una restaurada casa de principios del siglo XX. Las doradas partículas de polvo levitaban indiferentes hasta ser alcanzadas por las ráfagas de viento que un ventilador de metal, estratégicamente ubicado al pie de la cama, arremolinaba con violencia en esa atmósfera caliente y cargada de olor a sexo. Dos cuerpos desnudos, sudorosos y extenuados yacían plácidamente, fundidos en un abrazo entre las sábanas blancas de algodón. El silencio de la típica siesta de barrio Güemes sólo era invadido por el tunga-tunga de una canción de La Mona que sonaba desde la radio de los obreros de la construcción de al lado. Martín jugaba con los pelos del pecho de un Ezequiel de ojos cerrados que no podía dejar de pensar en lo mucho que había disfrutado cada caricia, cada beso, cada roce de la lengua de su amado durante ese encuentro que le confirmaba una vez más el inmenso amor que se tenían. Y se recordó de niño.

Se recordó en su Sacanta natal. Se recordó en el patio de su abuela jugando inocentemente con sus hermanos. Una vieja solera floreada, los retazos de telas de

colores colgando de la falda y unas alas de cartulina rosa lo ponían en la piel del hada madrina de un bosque imaginario. Un bosque mágico de grandes naranjos que perfumaban el aire de azahar. Se recordó inocente, despreocupado, libre, ajeno a las absurdas imposiciones familiares y sociales que desencadenarían más tarde ese oscuro sentimiento. El chasquido estridente de la cachetada y la bronca e incertidumbre en el rostro de su padre que, transformadas en un grito demoledor, le dictaminaron un "¡sacate ya ese vestido, maricón!" lo sacaron del trance, obligándolo a abrir los ojos y a tragar con urgencia el nudo amargo que rápidamente subía por su garganta.

Un beso húmedo en la barbilla y la hermosa sonrisa de satisfacción de Martín que lentamente se quedaba dormido en sus brazos le devolvieron la tranquilidad. Entonces acarició los retorcidos bucles de su cabeza y recorrió suavemente uno a uno los incontables, aunque conocidos de memoria, lunares que, cual salpicaduras de la paleta de un pintor surrealista, se distribuían caprichosamente por su espalda. Nunca había experimentado sentimiento más puro, fidedigno y real en sus jóvenes treinta y cuatro años.

Lo más cercano al amor que había vivido fue el platónico y jamás revelado sentimiento que en su dulce adolescencia le despertaba su compañero de banco en el colegio secundario.

David era su amigo, su confidente, su incondicional defensor ante los ataques verborágicos e hirientes de la manada de intolerantes que pululaban en la escuela, en el barrio, en la plaza. Cómo le dolían esos insultos, cómo le molestaban los cuchicheos insolentes que las vecinas, escoba en mano, compartían en la vereda; odiaba terriblemente las miradas despectivas que suscitaba su caminar. Le preocupaba enormemente no encajar y deseaba cada mañana al despertar sentirse común, igual al resto. Pero al mirarse frente al espejo, la realidad lo golpeaba duramente devolviéndole el reflejo de alguien distinto a los demás. Ni todos los años de psicoanálisis, ni las culpas que el terapeuta proyectaba sobre el padre ausente y la madre sobreprotectora lo convencieron del origen de su "anormalidad". La vergüenza

irreparable que su padre sentía por el menor de sus seis hijos varones, el rechazo tajante a una vida incompatible con la moral de la sociedad pequeño burguesa de su pueblo y los reproches reiterados por "su elección" lo motivaban a querer abandonar, lo antes posible, aquel infierno grande en el que se había convertido el minúsculo Sacanta.

Él era un alumno excelente, quizás por la falta de actividades extracurriculares, quizás por quedar al margen de las juntadas de los chicos de su edad, pero con seguridad por su capacidad y su espíritu curioso; adoraba leer cualquier texto de biología que llegara a sus manos. Lo apasionaba el siempre controversial origen de la vida, los mecanismos evolutivos que dieron lugar a la vasta diversidad de organismos que poblaron y pueblan la tierra. Le obsesionaban los retorcidos vaivenes de la mente humana, la pluripotencialidad de un órgano tan fascinante como es el cerebro y las interminables maravillas que en su biológico accionar millones de neuronas eran capaces de crear. Lo había decidido, al terminar el secundario iría a Córdoba a estudiar Ciencias Biológicas. En su afán de achicar las dilaciones que lo separaban de su vida en la gran ciudad, pasaba horas y horas tendido en su cama, imaginándose inadvertido entre los miles de transeúntes de las calles, entre la infinidad de historias que cada uno acarreaba y en la intrascendencia para el resto que la suya representaría. Ya no habría comentarios a sus espaldas, ya no necesitaría encajar: sólo veía en su futuro la tranquilidad del anonimato.

Había decidido también que no iría a su fiesta de egresados. A pesar de la insistencia de David, a pesar de los antojadizos deseos de su madre, él no tenía motivos que lo impulsaran a asistir. Su decisión, como siempre, era inapelable. El tiempo no dejó de transcurrir y la noche de la velada llegó. Eran las doce de la noche, él estaba en el comedor de su casa, haciendo un zapping enfermizo por los tres canales de aire que su televisor recibía, cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie, ¿quién podría ser en la noche misma del evento del año en el pueblo? Al abrir la pesada puerta de algarrobo, David, de punta en blanco con su traje negro como la noche, una

sonrisa enorme y con dos botellas de champaña en la mano le dijo: -Más vale que me ayudes a tomarlas, gil, no me quiero poner en pedo solo. Imposible le resultó no llorar; imposible, no reconocer ese gesto de apoyo e incondicionalidad; imposible, no abrazar ese cuerpo delgaducho; imposible, olvidar ese rostro marcado por el acné juvenil; imposible, separar sus almas que en ese sencillo acto sellaban una amistad que duraría por siempre.

Martín se dio vuelta y abrazó la almohada sumido en un profundo sueño. La serenidad de su rostro y su tersa piel lo incitaban a besarle los anchos hombros que Ezequiel tanto adoraba. Contuvo el fuerte impulso por temor a interrumpir su descanso. Entonces lo miró con ternura y repasó el día exacto en el que lo conoció.

Fue mientras dictaba clases de Fisiología de los sistemas nervioso y endócrino de la que Martín era alumno. Ezequiel lo vio sentado en la primera fila y cuando sus enormes ojos negros se clavaron en los suyos, supo que estaban destinados a una relación más profunda que iría más allá de lo académico. Al terminar de cursar la materia Martín le pidió su teléfono con la excusa de interiorizarse, charla mediante, sobre el tema de tesis doctoral de Ezequiel: *Diferenciación sexual del cerebro*.

Así fue que se citaron en un bar tranquilo de la Cañada una tarde de octubre, cuando la primavera estallaba en el aire pintando de verdes retoños y flores multicolores el gris cemento de la ciudad. Mientras, los lapachos, las tipas y los palos borrachos florecidos engalanaban el paisaje de una docta que se abría paso a la estación más romántica del año. Era una tarde como esas donde se siente el romance en la piel, como electricidad en el aire. Ezequiel no podía esconder los nervios que el encuentro le generaba, y al ver al muchacho pocos años menor que él sentado a una mesa con dos sillas, mirando la gente pasar, sintió aflojarse las piernas. Se saludaron con un beso y después de comentar la benevolencia del clima estival, pidieron una cerveza para amenizar la charla. Martín estaba distendido, relajado, sonriente y no mostraba nervios o signo de inhibición alguno.

Ezequiel le contó que en su proyecto de tesis estudiaba a nivel celular los

mecanismos responsables de convertir un cerebro bipotencial, es decir, con igual capacidad de dar origen a un cerebro masculino o femenino, en uno con características distintivas como las conexiones neuronales, la cantidad de neuronas en ciertas áreas cerebrales y el funcionamiento propio de uno u otro sexo. Le contó que los cerebros de machos y hembras, hombres y mujeres difieren en muchos aspectos tanto en la arquitectura y funcionamiento, como así también en los procesos asociados a las acciones cerebrales lo que conduciría a diferencias en el comportamiento y en la forma de ver y asimilar el mundo que los rodea.

Martín escuchaba absorto la discursiva de su profesor que se explayaba sobre las distintas hipótesis que manejaba la comunidad científica para explicar el origen de dichas diferencias, mientras hacía hincapié en que la que tenía el mayor consenso era la hipótesis hormonal. Ésta postulaba que la responsable de formar un cerebro del tipo masculino era la testosterona, hormona sexual masculina que, liberada desde los testículos del feto en formación, orquestaba los cambios anatómicos y fisiológicos que darían origen a las diferencias con el cerebro del tipo femenino. Por ende, éste se produciría por la ausencia de esa hormona durante la gestación de un feto hembra. Así, le comentó de experimentos en los cuales se inyectaba la hormona masculina a cobayas embarazadas, logrando luego que su descendencia hembra presentara algunos comportamientos y estructuras cerebrales de macho. Es más, de manera análoga cuando se castraba a cobayos machos recién nacidos, éstos presentaban de adultos conductas y anatomía cerebral típicamente femeninos. Le explicó también que existe un período crítico en el cual el cerebro es sensible a la diferenciación sexual mediada por la testosterona cuya duración comprendía la gestación y los primeros tiempos de vida posnatal. El rostro de Martín denotaba cada vez más interés, y en sus ojos podía vislumbrar que muchas preguntas vendrían a continuación. Le contó que en general, y salvando las diferencias, alteraciones hormonales que se dan en determinados casos durante la gestación de los seres humanos producían en mayor o menor grado un efecto similar.

Y fue entonces cuando Martín lo interrumpió diciendo: -¿Entonces la homosexualidad puede explicarse por cambios hormonales en la gestación? Ezequiel lo miró fijo y respondió que no, que en los seres humanos hay muchas variables que podrían determinar la orientación sexual y que no hay una relación directa de causa-efecto en ningún trabajo publicado hasta el momento. Le señaló que si bien se han hecho grandes avances para dilucidar los determinantes de la orientación sexual no hay pruebas concluyentes en ningún sentido, pero que la mayoría de los científicos concuerdan en que es determinada durante la gestación y los primeros años de vida y que estaría afectada por factores genéticos, hormonales y ambientales. Dijo también que durante mucho tiempo se persiguió y juzgó de inmorales a los homosexuales por considerar que "elegían" ese estilo de vida, como si de un día para el otro una persona pudiera dejar de gustarle un sexo y empezar a gustarle el otro, así nomás por decisión, como pasar de ser bostero a ser gallina. Pero que a la luz de las evidencias científicas esa concepción se había dejado de lado, y que se consideraba que la orientación sexual era algo innato y no impuesto culturalmente. Mientras le contaba esto no podía dejar de recordar sus precoces intereses por juguetes de niñas, la fascinación que le provocaba probarse los tacos altos de su mamá, y la culpa muy probablemente infundada que el psicólogo de su niñez repartía entre sus padres.

Ezequiel continuó hablando y citó un trabajo que postula la hipótesis del "efecto del orden fraternal". Esa hipótesis propone que a medida que aumenta el número de hermanos varones aumentan también las probabilidades de homosexualidad en los varones menores por un proceso conocido como inmunización maternal. En el momento del parto existe una mezcla de la sangre fetal y materna quedando esta última expuesta a las proteínas que el feto varón produce, incluidas aquellas cifradas por el cromosoma Y que la madre no tiene, ya que sólo posee dos cromosomas X. Como con una vacuna, en donde el cuerpo produce defensas contra las proteínas de agentes patógenos, al exponerse a las proteínas masculinas ajenas a ella, la madre generaría anticuerpos anti-proteínas del cromosoma Y. Como el sistema

inmune tiene memoria, al reconocer estas proteínas en el próximo hijo varón, esos anticuerpos las "atacarían" interfiriendo en el desarrollo del feto y provocando cambios en la masculinización. Ezequiel siguió, diciendo que otros trabajos muestran también que el cerebro de varones homosexuales se asemeja en algunos parámetros morfológicos y funcionales al cerebro de mujeres. Martín lo miraba meditabundo, tratando de armar todos esos esquemas en su cabeza. Ezequiel cerró el tema diciendo que de todas maneras naturalmente, y no en pocos casos, existe preferencia sexual por compañeros del mismo sexo en muchísimas especies además del hombre, entre las que se puede nombrar aves, ovejas, vacas, monos, ratas, perros, etc. y que en su opinión personal, como en casi todos los parámetros que los científicos miden, en la naturaleza existen gradientes. Es decir, hay personas muy altas y personas muy bajas, un gradiente de altura, aunque la mayoría se encuentra alrededor de un valor medio. De manera similar existen personas exclusivamente homosexuales y personas exclusivamente heterosexuales y en el medio distintos grados de atracción por el mismo sexo o el sexo opuesto y que todas forman parte de la hermosa y necesaria diversidad de la conducta humana, por más que en promedio haya más personas con determinada orientación sexual. -¡Viva la diferencia!- exclamó Martín y los dos rieron al unísono. La conversación derivó luego en temas varios y quedó pendiente una ida al cine para el próximo encuentro.

A la mañana siguiente y como todas las mañanas desde hacía tres años, Ezequiel llegó temprano al laboratorio donde realizaba su tesis, preparó unos buenos mates amargos para despabilarse y cuando abrió su casilla de e-mail se encontró con un correo de Martín:

Ezequiel, no sé si serán las hormonas, no sé si serán los anticuerpos que generó mi vieja o vaya a saber qué loco capricho de la naturaleza hace que desde ayer no deje de pensar en vos. No sé cuál será el origen, pero me gustás, y mucho :P Nos vemos el viernes?

El corazón le dio un salto en el pecho, una sonrisa pícaro se le dibujó en el

rostro y desde ese viernes se convirtieron en uno para el otro.

El llanto del bebé despertó a Martín, -dejá, voy yo- dijo Ezequiel que se levantó de un salto de la cama y entró al pasillo que separaba la habitación y el recibidor. Por el vitreaux de la puerta del zaguán, el sol de verano se colaba impertinente coloreando las pálidas paredes y parte del piso de baldosas blancas y negras. Al llegar a la habitación repleta de juguetes y figuras infantiles, Nicandro lloraba desnudito en su cuna. Con delicadeza paternal Ezequiel tomó al niño en sus brazos, besó tiernamente sus ojos y enjugó sus lágrimas con los labios. Meses después de haberse casado, la adopción del querubín los había transformado en padres. Mientras miraba el rostro del pequeño que entre sus brazos encontraba la calma, Ezequiel recordó a sus cinco hermanos mayores, la inocencia de su infancia en Sacanta, los vestidos de colores de sus juegos infantiles, la vergüenza de su padre, la amistad de David, los insultos en la calle y sonrió. Ya no estaba solo, ya no había necesidad de ser anónimo, ya no quería ser igual al resto, ya no tenía ese sentimiento de "anormalidad" que lo llevó a cuestionarse el significado de su existencia. Sabía que más allá de las respuestas que la ciencia pueda dar a la extraordinaria naturaleza humana, su hijo crecería en una sociedad más justa, tolerante y respetuosa de las diferencias. Por primera vez la sociedad, por primera vez el Estado reconocía el legítimo derecho de las personas a conformar una familia basada en el amor, reconocía lo que la constitución pregona en sus estamentos, igualdad de derechos para todos.

Martín entró a la habitación y los abrazó. La figura de esos tres cuerpos desnudos, naturales por dentro y por fuera se dibujaba a través de la claridad de la ventana. El sol abrazador de enero calcinaba la siesta cordobesa de una familia como cualquier otra, mientras en la radio de al lado sonaba *beso a beso, me enamoré de ti...*

Mención Especial Categoría B

Autor: Isis Victoria Montellanos Oliva

Seudónimo: Dara

EXISTIR

Enzo no era un chico normal, Enzo no era un niño, decían; Enzo era poco más que un inmueble, un decorado en la casa.

Enzo no veía el constante llanto de su madre, la impotencia de su padre, los golpes en el rostro de su hermano.

Cuando Enzo nació por parto natural, Verónica sonrió entre lágrimas, lo acunó en sus brazos y le besó la pelusa de su cabecita. Gerardo, su padre, había entrado apresurado a la sala cuando la enfermera se lo permitió, trayendo consigo al primer hijo de ambos. Cuando él nació...nadie pudo suponer el riel que tomarían sus vidas.

No fue sino hasta el segundo año que vieron las señales, Enzo era poco más que un juguete vivo. Verónica lloró, Gerardo enmudeció y Leo odió a su hermano. Intentaron negarse, no creer, intentaron cambiarlo. No pudieron, no era posible.

El no jugaba con los demás niños, tampoco reía, no hablaba, no preguntaba. Enzo gritaba y gemía en las noches. Tal vez para su extraña forma de ser era divertido gritar hasta la afonía, romper las prendas de color rojo de su madre, quebrar las puntas de los lápices de su padre, dejar abiertos los cajones del armario de su hermano en meticulosa forma escalonada.

En aquella casa no entraban invitados, Leo jamás pudo volver a llevar amigos desde que su hermanito había nacido, primero porque eran pequeños y la curiosidad fácilmente podría llegar a volverse un desafortunado accidente. Pero luego... luego fue porque Enzo reaccionaba a lo desconocido con golpes y mordidas, con chillidos dementes.

Nadie sabía si Enzo era feliz, pero su familia definitivamente no lo era.

Cuando su hermano había cumplido los 16 sus padres le regalaron una computadora; PC, monitor, mouse y teclado eran negros. Leo nunca llegó a alegrarse demasiado por su regalo, ya que al volver del instituto a su casa, vio a su hermanito sentado tecleando en aquel ordenador, apagado. No hubo forma de sacar al niño de ahí, así que decidieron simplemente dejarlo tranquilo; tal vez porque para todos fue muy fácil sacrificar esa computadora a cambio de un poco de paz y cordura en sus vidas. Enzo ya no gritaba a todas horas, ya no se tiraba por la escalera que conectaba con el segundo piso, ya no miraba interesado los cuchillos de cocina de su madre. Su rutina se había vuelto inofensiva para él y para su mundo: se levantaba temprano, se ponía una sudadera celeste enorme y bajaba a la sala, se sentaba en la silla ejecutiva del escritorio y comenzaba a teclear sinsentidos mirando fijamente el monitor apagado de la computadora, hasta que a base de gritos y caricias que no necesitaba lo llevaban a desayunar, para luego volver a su sitio frente al escritorio.

-“Es un niño tímido”- les habían dicho al comienzo. – “Tiene reflejos, comenzará a hablar muy pronto” - pero nunca había sido así. No había aprendido a hablar, ni a señalar, ni a abrazar a su padre o besar a su madre, no pedía que lo alzaran, había gateado hasta los 4 años.

Como en una pesadilla los médicos dejaron muy pronto de asegurar que el niño era tímido.- “Está enfermo, tiene mal el cerebro”.

Habían visto muchos pediatras intentando ignorar la posibilidad de una causa grave.-“Autismo” – había sido el veredicto.- “Trastorno o desorden del desarrollo de las funciones del cerebro”.

Nadie, prepara a un padre para que le digan eso, nadie pudo quedar sin reaccionar, sólo Enzo.

-“Es un caso bastante complejo, ¿no balbucea, dice?” – les habían preguntado con ojos serios.

- “No, sólo grita”- había respondido lacónico Gerardo.

- “Interesante”- No, no era interesante. Era triste, era agobiante, era

desesperante, era muchas cosas, pero para esa familia no era nada interesante. Era un golpe demasiado duro, era pura desesperanza.

Una mañana de jueves, mientras Gerardo trabajaba y Verónica cuidaba el jardín, Leo fue hasta su hermano, le acarició la cabeza y suspiró viendo sus dedos índices teclear fascinados como el primer día. Con una idea bullendo en su cabeza prendió por primera vez la PC, esperaba que Enzo chillara y le rasguñara, pero el niño siguió tecleando. Cuando la pantalla se iluminó los ojos claros de Enzo se abrieron expectantes, y sus dedos cesaron en su actividad. Lentamente el adolescente tomó el mouse y abrió una ventana “Nuevo Documento”; arriesgándose demasiado esta vez Leo tocó la letra “A” del teclado y un jadeo de sorpresa salió de los pequeños labios de su hermano.

Verónica llamó a su hijo mayor y éste dejó al niño con la mirada fija, sin pestañear todavía.

Enzo no reaccionaba nada bien frente a los tratamientos, así que en familia decidieron dejar de visitar a un especialista, por lo menos hasta que creciera un poco más. Intentaban cada día tener una vida normal, y cada noche intentaban olvidar que no podían.

Tener un hijo enfermo en la familia fue un golpe muy duro para todos, pero Verónica era la que peor lo llevaba. Rechazada por su hijito; sin poder tocarlo o besarlo, sin poder enseñarle a hablar o hacerle cosquillas. Todo el amor que llevaba dentro solamente por ser madre...era inútil. Aquel fruto de su vientre la despreciaba, como despreciaba a todo mundo, como vivía solo por sí mismo, ignorando el sufrimiento que causaba, sin ser realmente culpable de causarlo.

Gerardo por el contrario decidió ser el sostén de su familia, se decidió a mantener los pedazos resquebrajados de su hogar en el lugar al que correspondían, aunque no pudiera pegarlos. Trabajaba horas y horas y se esforzaba por volver a casa con una sonrisa, intentaba consolar a su mujer y dar el ejemplo a su hijo. Intentaba portarse como el hombre que era, pero había veces en que la desesperanza le atacaba

y se permitía ser débil, a los ojos de nadie.

Y Leo...él trataba de vivir una vida normal, jamás hablaba de su hogar pero cuando se cruzaba los viernes en el Club donde jugaba al fútbol con su vecino, rogaba inútilmente por que mantuviera su boca cerrada, por que no se atreviera a hablar de su familia. Nunca pasaba. Y entonces cada viernes volvía algo golpeado, a veces con una mirada de triunfo, otras de odio e impotencia.

La vida de todos giraba alrededor de Enzo, pero Enzo solamente giraba sobre si mismo...

Poder comunicarse con él fue para todos un milagro; y desde entonces cuando Verónica limpiaba la sala y miraba aquel rincón donde el escritorio oscuro llevaba encima la computadora, sonreía sin melancolía y sin lágrimas en los ojos. Enzo les había hecho felices.

Tal vez era un medio artificial, tal vez su hijo nunca le hablaría como Leo lo hacía, tal vez no era normal. Pero era real, y era el maná del que se alimentaba su corazón herido, el oasis del que sus ojos bebían cuando le faltaban fuerzas para continuar.

No le importaba cuánto le reprochara la gente, diciendo que dejaba a su hijo consumirse frente a ese monitor, porque eran justamente aquella pantalla y aquel teclado, los que le daban fuerzas para continuar, para llorar de alivio y tristeza. Porque el dolor, la impotencia y el desasosiego mermaban cuando veían a Enzo teclear con dos dedos. Porque cuando ese niño tecleaba “mamamamamamama” o “papapapapapapapapa”, incluso cuando escribía “eo”, Verónica veía dentro de aquella pequeña caja de carne, piel y huesos a su hijo.

Y sólo quizás esa era su forma de decir: existen.

Ganador Primer Premio Categoría C

Autor: Federico Lavezzo

Pseudonimo Rick Deckard

BOLA OCHO

Parecía una broma del gordo Borelli. Un viejo loco lo había llamado por teléfono y por no rechazarlo de plano me lo había endosado. Sin embargo, el aparente desvarío de Assante me hizo sospechar que tal vez se tratara de otra cosa, algo que me atreví a considerar cuando ya era tarde. Antes de desaparecer como había aparecido, hizo su jugada y yo me la tragué. Me quedé mirando cómo iba buscando la puerta, entre las mesas, cómo se detuvo y se calzó el sobretodo, empujó la giratoria y salió a la calle. A través de los vidrios, vi el gesto con el que abría el paraguas y se metía en la lluvia, se perdía en la avenida. Sobre la mesa había quedado el libro. No hice por alcanzarlo, para devolvérselo. No sé por qué. A lo mejor eso había querido, que me lo quedase.

El día anterior, en la redacción, habíamos estado tratando de resolver la pauta para el suplemento y no estuvimos de acuerdo en la nota miscelánea. El gordo quería algo sobre H.G. Wells y la influencia de la publicación de *The Time Machine* en el desarrollo posterior de la ciencia ficción. Como siempre, en las antípodas de Borelli, yo prefería una nota relacionada con el *no-fiction*, quería escribir sobre Walsh y *Operación masacre*. Tal vez la clave de nuestra larga amistad –agravada por años de trabajo compartido en el diario– fuera precisamente que estábamos discutiéndolo todo, y que lo resolviéramos en algún tipo de amigable contienda. Esa vez había sido una moneda al aire. El gordo se salió con la suya. Antes de irse de la redacción hizo una seña, vuelvo en un rato, dijo. Cualquier cosa estoy en el Porto.

Pero no volvió. Yo me pasé la tarde buscando información sobre Wells y su máquina del tiempo. No había leído nada suyo y la ciencia ficción no era lo mío. Pero

necesitaba juntar un material que seguramente el gordo conocía de sobra y que no iba a facilitarme. De eso se trataba elegir la nota. De esa eterna, renovada y amable disputa en la que esta vez Borelli llevaba ventaja. Pasé por el Porto antes de ir a casa. El mozo de la noche me dijo que el gordo se había ido media hora antes de que yo llegara.

Llamó bien tarde, según su costumbre, cuando estaba a punto de irme a la cama. Nada que no hubiera podido decirme al día siguiente en la redacción. Que había arreglado para que nos reuniéramos por la tarde con un profesor de literatura que conocía bien la obra de Wells y los inicios de la ciencia ficción. Comentó que el tipo había escrito un ensayo específico sobre *The Time Machine*, con algunas reflexiones suyas sobre los viajes en el tiempo. Pero desde un punto de vista filosófico, agregó. Era todo un gesto del gordo (“desde un punto de vista filosófico”) para congraciarse y despertar en mí alguna curiosidad por una nota que no me interesaba escribir. Sabía que yo sabía, y no por eso dejaba de decírmelo, ni yo de interesarme un poco. Además, en tres días saldría el suplemento. El encuentro con el profesor sería a las cuatro, obviamente en el Porto.

La mañana de la reunión con el profesor Assante el gordo estuvo con la nota central, y yo en unas reseñas de libros, así que casi no conversamos del tema. Tenía cierta curiosidad por saber de dónde había sacado el dato de ese profesor. De hecho, iba a preguntarle durante el almuerzo, pero se fue antes. Cuando se hicieron las cuatro, yo estaba en el café, en la mesa contra la ventana que daba a la avenida, sabiendo de algún modo que Borelli no llegaría, y que la nota tendría que escribirla yo solo. Había empezado a llover.

Assante entró puntual. El bar estaba lleno, pero como si me conociera vino directamente hasta donde yo estaba. Usted debe ser Tomás, dijo sin dudar mientras se sentaba. Tendría, calculé mientras acomodaba su sobretodo de cuero negro en la silla de al lado, unos setenta años. Era delgado, de mi altura, y tenía la cabeza totalmente gris, igual que la barba. Todo prolijamente rapado a la misma altura. Algo en la ropa

era discordante. La polera negra, no; tampoco los pantalones: las zapatillas de correr. Medio freak, el viejo.

Pedimos café. Assante miró la hora y después buscó sus cigarrillos en el abrigo plegado en el respaldo de la silla. Me preguntó si podía fumar. Claro, le dije, y acepté el convite. El Porto era una especie de anexo a la redacción del diario, y los inspectores municipales parecían no estar interesados en desmentirlo. Llegaron los cafés y seguimos en silencio por un rato más, en un acuerdo tácito de esperar a Borelli lo que durara el cigarrillo. Ambos sabíamos, de algún modo, que el gordo no iba a llegar.

Sin más, el viejo empezó a hablar. Sabía por Borelli que íbamos a publicar una nota sobre Wells. Hace algunos años, comentó, escribí un ensayo sobre *The Time Machine*. La novela le había resultado particularmente atractiva para desarrollar un análisis sobre la factibilidad de viajar en el tiempo.

La expresión “viaje en el tiempo”, dijo Assante, surge en la literatura de fines del diecinueve. Es curioso que no haya sido Verne el primero en encarar el asunto.

Mientras hablaba, Assante miraba hacia la avenida. Me daba la oportunidad de estudiarlo más libremente, de hacer memoria. Junto a la certeza de haberlo visto por primera vez en mi vida cuando entró en el café, estaba la sensación incómoda de no recordar de dónde más podría conocerlo, qué me resultaba familiar en él. La manera de expresarse, tal vez. O esa forma de hablar mirando a la calle, que Borelli tanto me reprochaba.

Pero bueno, retomó, tampoco fue Herbert Wells.

¿Wells no había sido el inventor de la máquina del tiempo?

No quise que supiera que no sabía nada de Wells, que no había leído *La máquina del tiempo*, y que mi interés sobre el asunto no iba más allá de algunos datos, apenas lo necesario para una nota de sesenta líneas. Dejé que actuara el oficio, la cara de póquer. Esperé. Trataba de imaginármelo al gordo Borelli cuando supiera que estaba perdiendo su ventaja.

Assante hurgó nuevamente en su sobretodo. Esta vez sacó un libro y lo puso

sobre la mesa. Era un volumen pequeño, encuadernado en tapas duras forradas en cuero. Una antigüedad razonablemente conservada. El silencio del viejo, su gesto expectante, sólo podían significar que quería que mirase el libro. Lo tomé. Era un hermoso ejemplar, una novela con grabados que ilustraban el comienzo de cada capítulo. *El Anacronópete. Viaje a China-Metempsicosis*. La portada decía que era una edición de la Biblioteca Artes y Letras, de Barcelona, de 1887. El autor, Enrique Gaspar. Las ilustraciones, de Francesc Gómez Soler. Me interesó sobre todo la viñeta en el dorso de la portada. En el grabado podía verse una especie de casa, de planta cuadrada, el techo a dos aguas, rodeada en sus cuatro lados por un pasadizo protegido con barandas. En las cuatro esquinas de la casa, oscura (el grabado había conseguido dotarla de carácter), asomaban cuatro enormes trompas que superaban la altura del techo y apuntaban hacia afuera. En la base del frontis triangular de la fachada, un cartel rezaba, en letras blancas un poco art nouveau: “Anacronópete”. El artefacto parecía flotar entre las nubes.

Enrique Gaspar, dijo Assante con un dejo de satisfacción, se adelantó varios años a Wells. La primera máquina del tiempo de la ciencia ficción no fue inglesa.

Me explicó también que la “casa” —el Anacronópete— era de hierro fundido y que en su interior los ocupantes viajaban hacia el pasado, movidos por la energía eléctrica que el artefacto producía y que alimentaba las cuatro palas o trompas. Un relato de viajes, escrito en forma de zarzuela, influido indudablemente, remarcó el viejo, por Verne. Anacronópete, por *ana*, hacia atrás, *cronos*, tiempo, y *pete*, el que vuela. El autor había resuelto con habilidad otros detalles del viaje. El Anacronópete producía en su interior el “fluido García”, que evitaba a los viajeros el rejuvenecimiento que el trayecto hacia el pasado podía ocasionar. Assante siguió dando datos técnicos del aparato y peculiaridades de la narración, pero mi atención decaía. Debí notarlo.

Con Gaspar y *El Anacronópete* sucedió lo mismo que con Rodolfo Walsh y *Operación masacre*, dijo Assante. El cánón le adjudicó a Capote la invención del *no-*

fiction. Pero cuando Capote publicó *A sangre fría*, en el '66, ya habían pasado nueve años de la primera edición de *Operación masacre*. Lo mismo que con Gaspar y Wells. Interesante paralelo, agregó. *El Anacronópete* es de 1887. Ocho años después, en 1895, se publicó *The Time Machine*.

Assante sonrió. Por segunda vez el viejo había conseguido interesarme.

A partir de ahí, su narración derivó en la exposición de sus propias especulaciones sobre viajes en el tiempo, habló de Einstein, la teoría de la relatividad, el presentismo y el eternalismo. Su relato se intensificó, o debería decir, se hizo denso en cuestiones técnicas. Pensé que había empezado a desvariar. Parecía la revancha del gordo Borelli. Encendí otro cigarrillo y di una pitada larga, en busca de paciencia.

¿Y la paradoja del abuelo?, dije, por decir algo de lo poco que sabía del tema. Eso probaría que el viaje en el tiempo es imposible, puesto que si viajara al pasado podría asesinar a mi abuelo, y así evitar que engendrara a mi padre, con lo que yo no habría nacido. Entonces, ¿cómo podría yo haber viajado en el tiempo, llegado hasta mi abuelo y matarlo? Me repugnaba además la posibilidad de que el libre albedrío fuera una mera apariencia o ilusión psíquica, como sugería la perspectiva eternalista en la versión de Assante.

El viejo volvió a sonreír. La paradoja del abuelo había sido desmontada por David Lewis (un filósofo), a partir de la idea de auto-consistencia. La solución estaba en que los fenómenos de causa y efecto fueran consistentes, pero en un marco mayor de acontecimientos. A esa altura, yo estaba nuevamente dispuesto a escuchar. Más que su relato, me interesaba el personaje y cómo lograba, cuando quería, captar mi atención. Como si supiera lo que yo estaba pensando.

Imagine, dijo Assante, que está frente a una mesa de *pool*.

Imagine que las dos troneras de uno de los extremos de la mesa están conectadas entre sí y forman una máquina del tiempo. Un agujero de gusano, lo que prefiera poner allí. Pero consideremos que entre esas dos bocas, la de la derecha y la de la izquierda, hay una conexión: un dispositivo para viajar en el tiempo. Podremos

ver qué le sucede a una bola, la número ocho, por ejemplo, en viaje a su pasado. La bola debería traer un impulso y una dirección que la llevaran directamente a entrar en la tronera de la derecha, a ingresar en la máquina del tiempo. Siguiendo este modelo (le aclaro que no es mío, dijo Assante, sino de un físico, Kip Thorne) la bola ocho debería aparecer por la boca de la izquierda, en su pasado. Digamos, unos segundos en su pasado, precisamente los segundos previos a su entrada por la boca derecha. ¿Qué ve ahí, dígame? Ve a la bola ocho rumbo a la boca de la derecha, y a la vez, a la bola ocho recién salida de la tronera izquierda. Hay un momento en que hay dos bolas ocho sobre la mesa, una por entrar a la derecha y una saliendo de la izquierda. Aunque son la misma, vea. Pues bien, la paradoja del abuelo sería como si la bola que visita su pasado (la que acaba de salir por la tronera izquierda) impactase en la bola que va rumbo a la máquina del tiempo, de modo tal que impidiera su ingreso. Allí hay una inconsistencia lógica, que usted acaba de notar: no puede salir de la máquina si no ha entrado nunca. Pero habría una posibilidad (que Thorne desarrolla de manera brillante) de que la bola ocho se encuentre con su ser futuro, incluso de que interactúen, y que todo ello sea auto-consistente.

Assante hizo una pausa, dio una pitada larga. Me miró.

Sería el caso siguiente. La bola ocho está, como dijimos, destinada a entrar en la tronera de la derecha. Pero su trayectoria trae un error, pequeño, que le hará marrar la entrada. Antes de que eso suceda, la bola ocho salida de la izquierda (de su futuro) toca apenas a la que va hacia la derecha, un roce digamos, que corrige el error en su marcha y consigue que finalmente ingrese en la máquina del tiempo.

Es decir, concluyó, que no usted no pudo matar a su abuelo, porque está hoy aquí. Pero sí pudo —o podría— haber encontrado a su abuelo en el pasado y evitado, por ejemplo, que muriera en un accidente prematuro, que hubiera impedido que naciera su padre, y usted mismo.

Assante se detuvo y ahogó la colilla en un resto de café. Miró la hora y se puso de pie.

Escriba, si quiere, sobre *The Time Machine* y la influencia que evidentemente tuvo la novela del Wells en el desarrollo de la ciencia ficción. Pero no mencionar a Enrique Gaspar y *El Anacronópete* sería imperdonable. Piense en eso.

Y se fue. Afuera empezaban a encenderse las primeras luces, el frío casi se podía ver. Me quedé mirando cómo iba buscando la puerta, entre las mesas, cómo se detuvo y se calzó el sobretodo, empujó la giratoria y salió a la calle. A través de los vidrios empapados creí ver el gesto con que abrió el paraguas y se metía en la lluvia, se perdía en la avenida. Sobre la mesa había quedado el libro. No hice por alcanzarlo, para devolvérselo.

Estaba paralizado. Como si el viejo hubiera estado, en realidad, hablándome de otra cosa. Tuve una sucesión de ideas absurdas. Una en especial, la más delirante, me retuvo en la silla del Porto con el peso del mundo. Miré el libro, el cenicero. La lluvia, afuera. Era irracional, redonda, irresistible. Como un recuerdo sin tiempo, y por tanto, sin sentido. Las piezas que faltaban parecía aportarlas el propio Assante, argumentando todavía, en mi cabeza, su empeño por cambiar el rumbo de una nota que aún no había escrito.

Como sentir el roce de la bola ocho, torciendo apenas, su propia trayectoria.

Mención Especial Categoría C

Autor: Julia Franziska Tügel

Seudónimo: Soledad Maikén

DÍA DEL MAESTRO

Estaba absorto en la contemplación de la inmensidad del paisaje que lo rodeaba y del profundo azul del cielo cuando de repente lo invadió la sensación que éste era realmente su día...

Aquí, a pocos metros de la descarga de la turbina el agua ya corría tranquila y transparente como si su curso nunca se hubiera interrumpido. Marcelo fijó su mirada en la sala de máquinas que se encontraba clavada en la pared de la montaña a una altura que aseguraba que las crecientes más feroces no pudieran dañarla. Era pequeña, construida por ellos mismos con piedras y barro. Antes siempre había creído que las turbinas implicaban unas instalaciones enormes y que funcionaban solo con ríos caudalosos como aquellas que les mostraba en los libros de geografía a sus alumnos. Él de tecnología no entendía demasiado pero había sido solamente cuestión de que se lo expliquen: Había que multiplicar el caudal por la altura de la caída. Eso era la potencia que podía dar la turbina. Durante la mayor parte del año el caudal del río era más bien pobre pero la cámara de carga estaba ubicada a casi noventa metros por encima de la sala de máquinas. Recorrió con la mirada la cañería forzada que subía hasta la cima de la montaña y luego el canal abierto que la acompañaba, casi en paralelo escoltado por los cardones hasta que se perdía de vista. ¿Qué estarán vigilando los cardones inmóviles, con sus espinosos brazos en alto? ¿Su obra hidráulica que tanto esfuerzo les había costado? ¿O acaso la llegada de los agrimensores de la minera?

Una sombra oscureció su mirada: No quería pensar en eso, hoy no.

Había aprendido a amar este lugar. No quería que aquí suceda lo mismo que en Cerro Molido. Ahora hacía cuatro años que había llegado de allí, con la moral por el piso. Había presenciado la euforia de las personas cuando se asentó la minera, llenos de esperanzas de conseguir trabajo, salir de la miseria y de poder construir un futuro. Había escuchado las promesas de los políticos: hospitales, escuelas, viviendas... A diez años del comienzo de la extracción la realidad era la opuesta: Solamente noventa lugareños trabajaban en la minera, la mayoría como contratados, agua, suelo y aire estaban contaminados, los animales morían, las plantas no crecían... La miseria era peor que antes y la minera tratando de comprar a las personas con dádivas. Lo peor era que se llevaban toda la riqueza fuera del país como en épocas de la conquista. Cuando izaba con sus alumnos la bandera en la escuelita muchas veces no podía dejar de pensar en ello y se le llenaban los ojos de lágrimas.

"Tenía Ud. razón, máistro". La llegada de Aldo lo sacó de sus cavilaciones. Éste había tomado los valores de tensión y frecuencia confirmando que el regulador estaba funcionando perfecto y ahora se encontraba a su lado, hundiendo las manos en el agua helada para luego tomar a grandes sorbos. Marcelo lo miró intrigado pero antes de que se le ocurriera como preguntar a qué se refería, el silencio fue nuevamente interrumpido, esta vez por una voz de niña que venía de al lado de la laguna.

"¡Máistro, máistro, dice Doña Clema que ya está todo listo!"

Los dos hombres emprendieron el regreso, callados. Teniendo que cruzar el río repetidas veces, saltando de piedra en piedra y trepando cuevas era imposible mantener una conversación. Aunque el sol quemaba sin piedad a la sombra se notaba que el aire estaba helado. A Marcelo le gustaba el olor a humedad que había en las cercanías de la laguna. Eran los únicos árboles de la zona. Después todo era pura jarilla y cardón.

Razón. ¿Razón de qué? Aldo había sido quién más había defendido a la minera cuando él quería advertirles acerca de los desastres que podía producir el asentamiento minero en este lugar. Hacía poco que vivía aquí cuando llegaron los

geólogos y agrimensores de "Aguas Limpias". Bonito nombre para una minera... La gente de Los Cardones albergaba las mismas esperanzas como los habitantes de Cerro Molido, pero Aldo sabía hablar mejor que los demás. "¿Qué quiere Ud., máistro?", le había dicho. "Este lugar se está muriendo, todos se están yendo. Con la falta de lluvia del verano pasado hasta los cardones se han secado. ¿A quién le va a dar clase Ud.? ¿A las piedras?" Le hubiera gustado preguntar si creía que iba a mejorar la situación con una mina que consumía 66.000 litros de agua por minuto pero prefirió no responder nada: Sabía que no dependía de ellos que se produzca o no el asentamiento minero y en aquellos tiempos tampoco tenía una alternativa que proponer. Conocía demasiado las necesidades y la miseria que se vivía aquí.

Pasando la loma ya se podía ver el mástil de la escuela con su bandera desteñida por el sol. Más allá el techo de su aula transformado en colector solar para el secadero de pimientos. Era el único techo de chapa del pueblo. Antes siempre le había envidiado el techo fresquito de cardón a la Señora María aunque había que fumigarlo seguido por la vinchuca. Ahora él y sus alumnos eran privilegiados. Entre los paneles aislantes colocados por debajo de la chapa y la corriente de aire que circulaba por encima el lugar era agradablemente fresco en verano y menos frío en invierno. Para el tiraje habían aprovechado la topografía del lugar. La cámara de secado se encontraba en la punta de la loma, albergando también la trituradora, la tolva para el envasado y el depósito. Lo único que molestaba a la vista eran esos grandes ductos aislados que llevaban el aire del colector a la cámara.

"¡Qué hambre!" Los hombres se miraron. El viento que subía del Oeste había traído el aroma de carne asada. Al mismo tiempo pudieron apreciar una mancha colorida que contrastaba con los diferentes tonos de gris y marrón a los que estaban acostumbrados. Alguien había adornado con globos el techito de jarilla que habían construido al reparo del aula de la señora María para realizar reuniones y festejos. Había muchas personas. La mesa larga había quedado chica y habían arrimado piedras para sentarse. Estaban todos los pobladores salvo don Pedro que había ido a la ciudad para

comprar insumos para la cooperativa. Aquí el año lectivo recién comenzaba pero a pesar de que algunos alumnos no habían bajado del cerro todavía ya habían triplicado su número con respecto al año anterior. Claro, siete no es un número difícil de triplicar pero eran cuatro las familias que habían vuelto y dos más habían anunciado su regreso. La gente ya no se iba. Estaba volviendo. En la ciudad habían vivido en su mayoría de planes sociales y renunciado a sus costumbres. La luz, el modesto confort conseguido, la oportunidad del trabajo con la perspectiva de un lento pero sostenido crecimiento habían hecho de Los Cardones un lugar para quedarse. Quizás era algo prematuro pero había que ir pensando en una escuela secundaria.

Cuando se acercaron a la multitud lo recibieron con aplausos. "Feliz día, máistro, feliz día, señorita"... Allí estaba también su compañera, compañera maestra, compañera de lucha. Ellos no eran pareja. Cada cual tenía su familia en la ciudad y solamente la veían los fines de semana. Sufrían las mismas ausencias y compartían la docencia que tomaban como vocación porque solo así se podía justificar semejante sacrificio...

Los ubicaron en la cabecera de la mesa con la vista hacia la cocina solar que estaba junto al mástil. Estaban sacando empanadas de charqui y las servían bien calentitas. "Nosotros no usamos tecnología presente embargando el futuro. Pasamos de la tecnología del pasado directamente a la tecnología del futuro". A él se le había ocurrido esa frase y le pasaba por la cabeza cada vez que miraba a la cocina. Era su niña mimada. Con ella había comenzado todo. La había traído una escuela de Córdoba. Se acordaba con gusto de aquel encuentro. Habían podido compensar la generosidad ofreciéndoles su hospitalidad y su hermoso paisaje. Y luego el destino quiso que ese haya sido el origen de otras oportunidades y ellos no las habían desperdiciado.

No había sido fácil al principio. Los campesinos se habían mostrado desconfiados frente a esas tecnologías extrañas, pero más desconfiados eran entre ellos. Este pueblo era pueblo al fin. Había chismes, intrigas que por un pelito no pasaron a mayores. Sobre todo en contra de Aldo y eso a pesar de que nadie había

hecho tanto por el pueblo como él. Tal es así que había prestado una habitación de su casa y el terreno para que la escuela funcionara. Pero era como si no encajara. Ya por su aspecto parecía diferente: Cutis más claro que los demás, anteojos que le daban aire de intelectual y se llamaba Aldo. ¿Qué campesino tenía un nombre italiano? Y era cierto: No le gustaba mucho trabajar la tierra. Pero tenían muchas habilidades que ahora tenían su aplicación en la cooperativa.

Había resultado ser una ardua tarea reunir a las personas, hacerles comprender que solamente en conjunto podían producir, invertir, presentar sus productos en el mercado y defender sus derechos. Tenía el apoyo de la señora María. Ella hacía el trabajo con las mujeres y fue más exitosa al principio. A pesar de que en estas sociedades las mujeres están más relegadas se mostraban más abiertas a los cambios. Quizás tenía algo que ver con su instinto de defensa de la especie...

Y ahora allí estaban, todos juntos. Antes hubiera sido impensable. Comían, y mucho, conversaban, reían. Bueno, don Cosme no hablaba pero él era así: Tenía la cara muy arrugada y curtida por el sol y ojos despiertos y amistosos. El maestro no recordaba haberle escuchado decir jamás algo más que monosílabos. Era hora de los discursos. Hablaron don Mario y doña Clema agradeciendo al maestro y a la maestra. Palabras breves pero emotivas. Y Aldo: "Tenía Ud. razón, máistro. Todos juntos sí pudimos hacer algo para recuperar este lugar..."

Y sus alumnos y alumnas demostraron su cariño ofreciendo canciones y bailes. Los siete de siempre eran casi como sus hijos, los nuevos se habían adaptado rápido a esta vida simple y tranquila. Para él los niños lo eran todo. Los miraba y su satisfacción y felicidad eran completos.

Cuando los grandes siguieron la fiesta, guitarreando y mateando llegó la camioneta de don Pedro. No quiso comer más que un pedacito de torta y aunque saludó a los maestros afectuosamente, Marcelo tuvo un presentimiento. Había algo en su expresión que no le gustaba. Estaba contando que la gente de Las Jarillas también quería hacer un emprendimiento. Querían fabricar sopas deshidratadas y le habían

pedido asesoramiento. ¿Podía ser tan necio don Pedro como para sentir celos que otros también querían progresar?

Después lo supo. Iban a venir de la minera para realizar nuevas prospecciones. No había nada firme pero al maestro se le venía el mundo abajo. ¿Todo su esfuerzo en vano? Ellos eran prudentes en todo. Sabían qué podían pedirle a la naturaleza sin dañarla, cuanta agua desviar en la obra de captación para no afectar a la vegetación, aprovechaban al máximo la turbina usando de día la energía para el trabajo y de noche para su comodidad... ¿Todo para que ahora vengan otros malgastando el agua, destruyendo su paisaje, contaminando todo? ¡Que maldito presentimiento el de esta mañana!

“Pero, máistro, Ud. nos contó una vez que en el Sur la gente echó a la minera. ¿No se acuerdan?” A veces suceden cosas insólitas. ¡Habló don Cosme! “Eso es lo que vamos hacer. Zumbando los vamos a sacar... ¿Qué no?”

El maestro respiró hondo. Miró a don Cosme, a sus alumnos. Luego a la bandera y a las montañas del frente que le parecieron más majestuosas que nunca.

“El progreso viene de la mano de la educación y nadie lo puede detener”, pensó. Definitivamente, éste era su día.

Mención Especial Categoría C

Autor: María del Carmen Marengo

Seudónimo: Lengua Madre

TIBIEZA EN UNA CAJA

*A todos aquellos que han salvado
y salvan vidas*

–Es una nena –dice la señora que me ayudó a salir – ¡Pero es muy chiquita!
Miren: pesa un kilo cuatrocientos...

Me tiene en sus brazos y yo grito pero apenas si se me escucha. Adelante nuestro hay un hombre que respira como agitado. Doña Lea, que así escuché que le decían, me pone en brazos de otra señora, que empieza a llorar despacito.

–Yo lamento mucho decirles, pero no se va a criar... –dice doña Lea.

–Pero ¿cómo? –el que habla ahora es un hombre que respira como entrecortado. Conozco esa voz, aunque ahora la oigo mucho más clara y mejor. No es una voz contenta como la conocí antes.

– Usted que trajo al mundo tantos chicos, ¿nunca tuvo un caso así? ¿No hay una forma?

–Lamento sinceramente, pero no la van a poder criar. Yo tengo que decirle las cosas como son. Nomás sacarla de acá el aire frío de la calle, ahora que es invierno, la va a afectar.

– ¿Y si la envolvemos en varias mantitas en vez de una? Con los otros chicos mi señora tuvo mucha leche... una vez que empiece a tomar el pecho va a engordar rápido...

–El problema es que, al ser tan chiquita, no va a tener fuerza para chupar.

– ¿Dónde puedo vestirla, aunque sea...? –ahora habló la señora que me tiene en brazos y que oigo que llora despacito. También conozco esa voz, la he escuchado todos los días como a la del hombre. Habló tan bajito que doña Lea no la oyó. Yo sí oigo cómo a doña Lea la llaman desde adentro y sus pasos que se van.

–Vístala rápido. A ver, pongámosla acá –Esta voz es nueva. Es de una señora también – Los pañales, la bombacha de goma... tiene que ser muy rápido. Después téngala bien apretada contra usted, que reciba su calorcito. Precisamos una caja. A ver, Pocha, andá en casa a buscar ésa que está arriba del ropero con remedios, sacálos y traemelá. Usted, Celestino, vaya a la farmacia de Lafourcade, que está acá al frente, y traiga cuatro paquetes de algodón grandes (si sobra no importa, después lo van a usar) y una bolsita de agua caliente.

Oigo los pasos que se van. Acá las mujeres siguen hablando.

– ¿Y su hija está bien? –dice la voz que no conozco.

– Sí, gracias a Dios... ¡Pero quién iba a decir... tan lindo embarazo que tuvo...! Sin vómitos, nada... Y usted, ¿no me diga que su nuera ya está comprando...? Claro, ella quedó de encargo antes que la mía...

– Sí, la trajimos con la Pocha, menos mal que es acá al lado, porque el Víctor está en la sodería. Pero ya le fueron a avisar.

Mientras hablaban me han ido envolviendo en unas cositas suaves y calentitas. Oigo que vuelven los que se fueron.

– Muy bien, ésa es la caja. Déme los algodones. Pocha, pediles ahí adentro que te den agua caliente, no hirviendo, y llená la bolsita. Siga teniendo a la nena así, bien apretadita, yo le digo cuando me la tiene que dar. Cuando nació mi hermana más chica, yo tenía doce años. Vivíamos en Colonia Marina y me acuerdo como si fuera ahora. También nació sietemesina y con un poco más de un kilo. Ah, acá está la bolsita, gracias. La partera la atendió a mi mamá y a ella la dejó ahí nomás basta que sea, que total, tan chiquita no se iba a criar. Entonces mi papá hizo lo que estoy haciendo yo: agarró una caja, puso una bolsita de agua caliente abajo y la tapó con algodones.

Ahora déme la nena. La ponemos así y la tapamos con más algodones. Tienen que fijarse que el agua esté siempre bien caliente y antes de que se enfríe cambiarla por la otra bolsa que ustedes tienen en casa. Después envolvemos todo con la mantita, si tienen dos, mejor.

– Y su hermana, ¿se crió? – pregunta el hombre.

– ¡Que si se crió! ¡A los ocho meses ya comía lechuga...! Ahora vive en San Francisco y tiene diez nietos. Bueno, ya está. Solamente la sacan de ahí para cambiarle la bolsita y los algodones, que esté bien limpio todo. Los pañales se los cambian ahí adentro. Denle la leche con un gotero cada tres horas, un poquito nomás, empiezan con la primera medida y después de unos días la van aumentando. Ah, otra cosa, no la saquen de la casa y que no vaya gente a verla, solamente ustedes. Claro, también llamen al doctor que la vea.

–Nosotros tenemos la pieza pegada a la cocina –dice el hombre– Hace hasta calor ahí. Capaz que tampoco haya que dejar que los chicos anden muy cerca, para no contagiarle resfríos y esas cosas.

–Sí, es lo mejor, a nosotros no nos dejaban ni acercarnos a mi hermana.

Siento que ahora me mueven, me llevan a algún lado sólo las personas que conozco, las otras se quedan. Se han despedido. Ellos les dieron las gracias de todo corazón y que Dios las bendiga y ellas les han deseando que estemos bien, especialmente yo. Llegamos junto a la mujer de donde salí. La siento cerca. Oigo las voces de todos, que le cuentan lo que pasó, lo que ya oí antes. Me siento bien.

* * * *

A veces a la hora establecida, a veces diez minutos después, a veces más, se abre la puerta. Entran todos los padres en fila, más o menos en el orden en que llegaron. Primero pasan al lavabo, para higienizarse las manos, después todos se distribuyen según los lugares asignados a los pequeñitos y se colocan las batas. Entran todos ansiosos de ese momento de felicidad. Afuera, sólo la angustia, la

incertidumbre. Sólo adentro el dolor se aplaca al ver a las criaturitas resistiendo.

* * * *

Y aquí yo estoy, en este calorcito. Me sacan varias veces en el día, algunas Sandra y otras Cristina. Primero me cambian, después me envuelven y me sostienen en brazos para darme que succione el líquido tibio y que la panza no me moleste. Todos dijeron estar muy contentos porque podía succionar. De las dos me gusta más Sandra; me toca con sus manos suaves, me habla con una voz muy bonita; no sé, hay algo que hace que me sienta muy bien con ella.

Cuando quedé solo al oscuro y la puerta no se abría, creí que los pulmones me iban a estallar. Sólo podía gritar y gritar, aunque ya no tenía mucha fuerza, porque la panza me molestaba mucho (después supe, porque escuché que acá explicaban, que las dos cosas estaban relacionadas, o sea, la falta de fuerzas y la molestia de la panza). Por suerte la puerta se abrió al fin y ahí se produjo un alboroto. “¡Qué chiquito...!” alcancé a oír, entre otras cosas, que alguien decía. Me trajeron rápido aquí y, entonces, otro alboroto más... Oía pasos de gente que corría, hasta que me pusieron en una de estas cajas calentitas y me trajeron a este cuarto donde estoy ahora. “Desnutrición”, escuché. Sé que hay otros como yo, lo sé por sus gritos en algunos momentos. Que lloramos, dicen.

Entonces Sandra empezó a cuidarme más que las otras mujeres, no porque las otras sean malas y no me quieran, sino porque cada una se ocupa de alguno distinto de nosotros. A mí me cuida Sandra cuando hay claridad que entra de afuera y Cristina cuando afuera está oscuro. Pero Sandra sola me ha cuidado y me ha querido más que la señora de donde salí.

Después se va a borrar todo esto de mi cabeza, porque escuché que no conservamos nada de lo que nos pasa en esta época y, quizás, tampoco me acuerde de Sandra. Nos sé. Me gustaría poder pensar siempre en la suavidad y la firmeza de sus manos.

– Mirá que por acá han pasado muchos bebés y he tenido a muchos a mi cargo, pero esté es especial. Con mi marido ya hemos puesto un abogado y nos dijo que no es fácil... primero la justicia tiene que hacer una investigación para ver que no sea un bebé robado, por ejemplo. Yo no creo que éste sea el caso, por el estado en que estaba cuando llegó.

– ¿Te acordás cómo estaba? ¡Al borde de la desnutrición...! Pero imaginate, si a una tía abuela mía en el campo, hace como ochenta años, dicen que había nacido sietemesina y con un kilo y medio y la sacaron adelante poniéndola en una caja con algodones y bolsitas de agua caliente... El que inventó la incubadora, pienso, debe haberse inspirado en esos casos como el de mi tía abuela.² Mirá si hoy, con toda esta tecnología que tenemos, no los vamos a poder recuperar. ..

–Es como dicen el doctor y la doctora, que, cuando un bebé tiene que nacer antes, las madres se desesperan, creen que el bebé va a estar mejor adentro de ellas, que solamente adentro de ellas puede vivir hasta el noveno mes, y no es así. El bebé va a estar mejor afuera. Hoy en día tenemos toda la tecnología y los recursos humanos para que el bebé pueda llegar a término afuera de la panza de la madre.

–Che, y tus chicos ¿qué dicen?

–Ellos están chochos con tener un hermanito. Igual, tratamos que no se hagan

² Las primeras incubadoras de que se tiene noticia fueron implementadas en 1835 por iniciativa de Johan Georg Von Ruhel, médico oficial de la zarina Fiodorovna, para el Hospital imperial de Niños Expósitos de San Petersburgo. El artefacto consistía en una especie de bañadera de paredes dobles de zinc en las que el espacio entre éstas se llenaba con agua caliente. Hacia la década de 1850, el Hospital de Niños expósitos de Moscú contaba con cuarenta de estas primitivas incubadoras. Sin embargo, el primer escrito acerca de una incubadora es de Jean Paul Denucé y fue publicado en 1857 en el *Journal de Médecine de Bordeaux*. Denucé describe un aparato similar, aunque no hace referencia alguna a Von Ruhel y la experiencia rusa. En 1878, el obstetra parisino Etienne Stephàn Tarnier desarrolló la idea de un aparato que consistía en una cámara con una tapa de vidrio y un calentador que mantenía constante la temperatura del agua. Gracias a la rápida implementación de este invento en la Maternidad de París, la mortandad de niños prematuros se redujo en pocos años de un 66% a un 38%. La incubadora de Tarnier se inspiró en las usadas en la crianza de pollos. En ninguna de las fuentes consultadas se cita como antecedente o inspiración la práctica doméstica que se refiere aquí. Fuentes: Cone, Thomas E. "Perspectives in Neonatology" en *Historical Review and Recent Advances in Neonatology and Perinatal Medicine*: <http://www.neonatology.org/classics/mj1980/ch02.html> y Morilla Guzmán, Andrés, "Historia de la incubadora": http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/pediatrica/historia_de_la_incubadora.pdf;

tantas ilusiones porque, como te digo, es complicado...

Esto hablaban Sandra con otra de las mujeres que nos cuidan mientras me daba el líquido para la pancita. Algunas de las mujeres a las que les dicen madres vienen varias veces en el día, a diferencia de otras que vienen menos. Escuché que dicen que aquellas son las que “dan el pecho”. Yo oigo cómo succionan los otros como yo y me doy cuenta por el ruido. A mí la señora de donde salí me ponía que succionara de ella pero yo no podía sacar nada. Entonces se enojaba y se iba. Por ahí me daba el líquido como acá pero mucho menos. La panza me dolía cada vez más y yo tenía cada vez menos fuerza para gritar, o llorar, como dicen. Después apareció el hombre y le dijo: “Podés irte a vivir a mi casa pero sin el chico. A ese guacho no lo quiero”. Entonces fue que me dejaron cuando todavía era oscuro y desaparecieron. Y otra gente me trajo aquí, como ya conté.

Hay días en que algunos de los que llaman padres están muy contentos y se van llevándose a uno de nosotros, al que cuidaban. Entonces yo pienso que algún día yo también me voy a ir de acá y que, entonces, me voy a ir con Sandra.

Mención Especial categoría C

Autor: Carlos Aguirre

Seudónimo: Charly_01

DIVERTIMENTO

— Ingeniero, ¿Es cierto que estamos trabajando por una apuesta con Bill Gates?

El ingeniero mira por encima de los anteojos a su joven ayudante y sonríe.

— Más o menos. Mi cliente es bastante acaudalado: digamos que es el Bill Gates local.

— ¿Y es verdad que hizo una apuesta con un doctor?

— En realidad se trata de un licenciado en física que desafió al señor Gates a construir un piso muy grande, una superficie de un kilómetro cuadrado a cubrir con losetas.

— ¡Huy, casi diez cuadras por cada lado! ¿El problema es que resultaría demasiado caro?

— No, eso no es un problema para el señor Gates. La dificultad está en ciertas condiciones que debe cumplir ese piso. Parecen requisitos comunes pero es un asunto complicado.

La mirada atenta del joven muestra claramente que espera más detalles.

— Hay dos condiciones. La primera es que cada loseta debe estar perfectamente nivelada, verificándose que no haya pendientes en ninguna parte del piso. La segunda es que dicho piso debe ser totalmente plano, sin curvaturas ni alabeos, comprobado mediante niveles láser.³

³ Un nivel láser es una herramienta electrónica para topografía y construcción que sirve para determinar nivelaciones en un plano horizontal, aprovechando la precisión del rayo láser. - http://es.wikipedia.org/wiki/Nivel_Laser

— Bueno, ¿y cuál sería la apuesta?

— Que el señor Gates no podrá construir ese piso, sin importar el dinero que tenga.

— Pero... ¡si solo se trata de un piso plano y nivelado! Con dinero suficiente se puede hacer.

— Sí, eso suena razonable, pero en realidad es imposible. Bill Gates va a perder.

El ayudante, con la boca abierta, observa como el ingeniero se aleja para ubicar el teodolito.

El terreno donde ambos hombres realizaban tareas de mensura era un amplio valle en la provincia de Córdoba, con arboledas diseminadas sobre pastizales bajos como en un campo de pastoreo. Algunas nubes blancas, voluminosas, buscaban agruparse sobre las montañas en el horizonte, fundiéndose con las masas azuladas que cerraban el paisaje hacia el oeste.

Según relata el coronel Mansilla en su notable libro sobre los indios Ranqueles,⁴ los paisanos cordobeses tenían la costumbre de utilizar el término “arriba” para referirse a la dirección oeste en vez del norte, porque en el oeste cordobés se encuentran varias cadenas montañosas que culminan en las llamadas “sierras Grandes”, con más de 2000 metros de altura promedio.

De esa costumbre proviene el nombre, por ejemplo, del departamento Tercero Arriba.

El Río Tercero cruza el territorio provincial en dirección este-oeste, y el departamento se ubica río arriba, trepando hacia el oeste, hacia las sierras Grandes.

— Ingeniero, se está nublando sobre las sierras, tenemos una hora de luz a lo sumo.

— Bueno, comencemos a guardar el equipo. Pronto llegará la camioneta a

⁴ Una excursión a los indios ranqueles - Autor: Mansilla, Lucio V. - Pág. 25
Biblioteca Virtual Universal - <http://www.biblioteca.org.ar/>

buscarnos.

El ayudante se mueve con rapidez y eficacia. Quiere disponer del máximo tiempo libre antes de retirarse del terreno, con el fin de obtener del ingeniero alguna otra explicación sobre el tema de la apuesta. Lo último que escuchó no parecía muy razonable.

— Ese piso enorme, el de la apuesta, ¿es solamente un piso plano y nivelado o hay otros requisitos para tener en cuenta?

— No hay más requisitos. Debe ser un piso de un kilómetro cuadrado, plano y bien nivelado.

— Muy grande, sin duda. Pero que sea plano y nivelado es lo usual. ¿Cuál es el problema?

— No habría problema si fuera un piso para tu casa o para un salón de fiestas, pero en una superficie de un kilómetro cuadrado no se puede hacer un piso que sea plano y que esté a nivel al mismo tiempo. Se puede hacer una cosa o la otra, pero ambas es imposible.

— ¿Por qué es imposible?

— Por la ley de Newton — responde el ingeniero sonriendo, mientras abre su cuaderno de notas. Luego con un portaminas notablemente grueso comienza a bosquejar un gráfico, e inicia un diálogo a contrapunto con su ayudante.

— ¿Qué significa nivelar un terreno, un piso o una loseta?

— Que no tengan pendiente — responde el joven con tono de autoridad.

— ¿Y qué significa no tener pendiente?

— Bueno...significa que al colocar un nivel en el piso, digamos, el mercurio estaría centrado.

— ¿Y si no tenemos a mano un nivel de mercurio?

— Mm....podríamos utilizar un líquido. Si echamos unas gotas de agua en el piso y no se deslizan, entonces el piso no tiene pendiente, está nivelado.

— Bien, tenemos un piso nivelado porque el agua no se desliza. Ahora viene la

pregunta capciosa: ¿por qué el agua no corre en este piso nivelado? ¿Qué se lo impide?

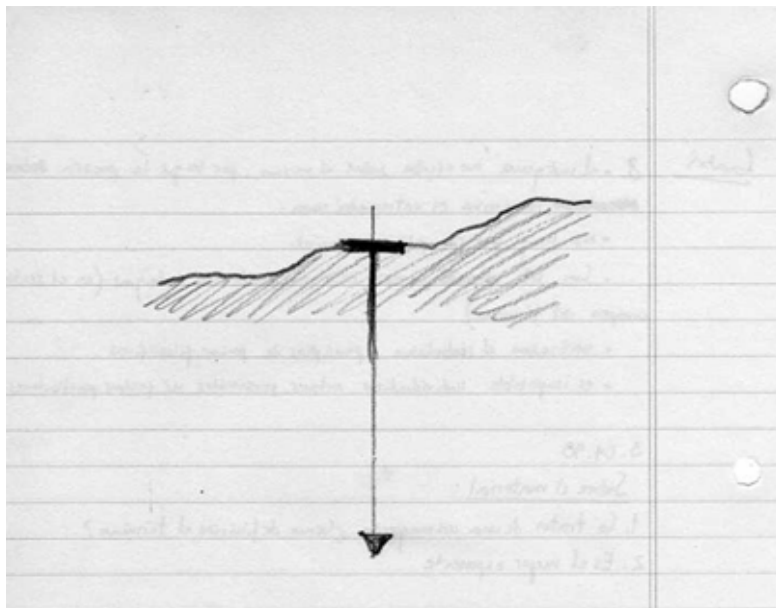
— No corre porque no está en un plano inclinado, está en un plano horizontal, sin pendiente.

— Suena muy lógico pero me temo que razonas en círculos. Dijiste que algo está nivelado porque no tiene pendiente, y no tener pendiente implica que el agua no corre. Pero si te preguntan por qué el agua no corre, no puedes responder “porque no hay pendiente”, ya que estarías dando vueltas como una calesita con argumentos circulares.

El joven sonríe, pensativo, con una mano en la barbilla. Sabe que lo atraparon.

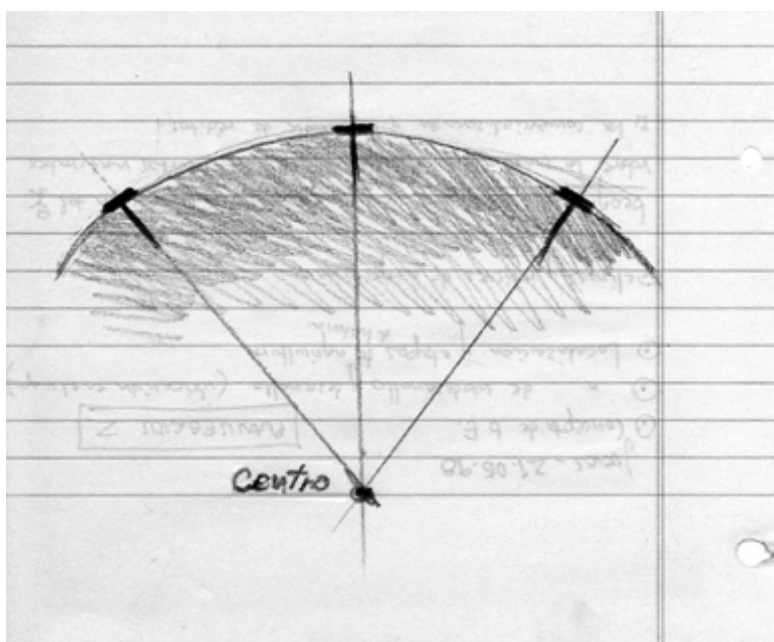
— Sí, está bien... creo que se trata del plano inclinado y una descomposición de fuerzas...pero es física del año pasado y tendría que volver a verlo. No me acuerdo.

— Así es — responde el ingeniero, sonriendo y mostrando sus gráficos —. El plano inclinado, el viejo Galileo, el señor Newton y estos dibujitos, sobre todo estos dibujitos, tratarán de explicar porqué el agua corre o no corre, y porqué el señor Gates no puede ganar.



— En un terreno con perfil irregular, si hay un tramo que es perpendicular a la vertical, decimos que ese tramo está nivelado, horizontal, sin pendientes. Tiene que formar una T con esa línea vertical, que a su vez apunta al centro de la tierra. Unas gotas de agua en el tramo horizontal de la T, permanecerán donde cayeron. En cualquier otro caso donde no haya un ángulo recto con la vertical, el líquido se deslizará y entonces diremos que hay una pendiente.

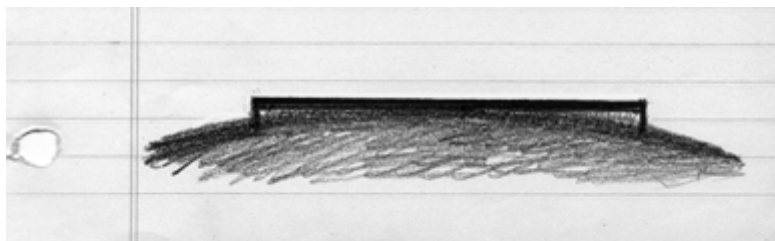
Pero la vertical, la línea de plomada, es en realidad un radio de la tierra y hay infinitos radios que salen del centro del planeta en todas direcciones. Para formar una T con esos radios sobre la superficie de la tierra, vemos que forzosamente hay que respetar la curvatura del planeta.



En suma: *para que una superficie esté nivelada, debe ser curva como la piel de una naranja.*

- Entonces para nivelar ese piso de un kilómetro, ¡hay que hacerlo combado!
- Si, pero con una comba muy suave, imperceptible a la vista.

- ¿Qué diferencia tendría con la horizontal?
- El centro estaría unos 4 centímetros más elevado que las esquinas.
- Es una diferencia pequeña, pero el nivel láser detectaría que no es plano.
- Por supuesto, en ese caso no se cumpliría una de las condiciones.
- ¿Y si insistieran en hacerlo realmente plano, sin ninguna comba?



— Si construimos un piso totalmente plano sobre un terreno curvo, con las losetas del centro bien niveladas, entonces cabe la pregunta: ¿quedaría todo el piso a nivel?

— Si el piso está bien horizontal y la parte central a nivel, diría que todo está a nivel.

— Parece obvio, ¿verdad?, pero la realidad sería muy diferente. Los bordes acusarían una pendiente hacia el centro como si el piso tuviera la forma de un plato, de un cuenco. Al verter agua en alguna de las esquinas, se deslizaría hasta detenerse en el centro, que está nivelado por construcción.

Esto contradice al sentido común: el piso es plano pero se comporta como si fuese cóncavo.

Entonces, resumiendo, solo hay dos posibilidades para construir ese enorme piso:

Si lo construyen totalmente plano, empleando niveles láser, tendrá pendientes hacia el centro. Si deciden no tener pendientes, que sea un piso bien nivelado, tendrán que construirlo curvo.

El ingeniero se quita los anteojos y cierra el cuaderno de apuntes.

- ¿Usted ha comentado algo de todo esto al señor Gates o al licenciado?
- No, no me corresponde. Es un asunto entre ellos.

— ¿Usted cree que el señor Gates no sabe que va a perder la apuesta?

— Claro que lo sabe. Tanto él como el licenciado deben conocer a fondo la cuestión.

— Pero entonces... ¡No entiendo para qué se embarcan en todo esto!

Hay algo de picardía en la mirada del hombre mayor cuando se encoge de hombros.

— La persona que llamo Bill Gates, para reservarme el nombre del cliente, es un poderoso hacendado local que tiene una amistad de toda la vida con el licenciado. Ambos encararon muchos proyectos a lo largo de muchos años, y son socios en las buenas y en las malas.

Yo creo que detrás de esta loca apuesta está el tema de la feria, de un lugar para exponer y vender lo que se produce en la zona. Un proyecto sin el apoyo oficial hasta el momento.

— ¿Piensa que en ese terreno, el de la apuesta, van a construir la feria?

— Quizás sea como el puntapié inicial. Es como decir: aquí está el terreno, ahora falta el apoyo.

— Pero sigo sin entender por qué inventaron lo de la apuesta.

— Bueno, no tengo una respuesta definitiva pero te daré mi opinión. Creo que ambos hombres se conocen mucho y lo de la feria es un asunto importante. Entonces prefieren encararlo sin ponerse demasiado solemnes. Creo que, por la forma de ser de ambos, decidieron tomar el asunto como si fuera una apuesta, como si se tratara de un juego, como un divertimento.

Una camioneta, ingresando por el sendero, hace que los hombres se pongan en marcha.

Al rato, un oscuro escarabajo mecánico se aleja trabajosamente por la inmensa llanura.

La brisa del atardecer trae oleadas de campanadas lejanas que aparecen y desaparecen en el constante murmullo de fondo de la arboleda. Es la hora mágica de

las primeras estrellas.

Es de oro el silencio. La tarde es de cristales.

*Mece los frescos árboles una pureza errante.*⁵

Apenas queda un resplandor naranja brillando encima de las montañas, y parece ser la meta de varios puntos plateados que cruzan el cielo, silenciosamente, rumbo a las sierras Grandes.

Córdoba, Marzo de 2011

⁵ fragmento del poema "Hora Inmensa" de Juan Ramón Jiménez
<http://www.arrakis.es/~rafab/poema.html>